



RUMBOS

VIAJE POR CANGAS DEL NARCEA

1928 - 1932

MARIO GÓMEZ



RUMBOS

VIAJE POR CANGAS DEL NARCEA

1928-1932



Mario Gómez

RUMBOS

VIAJE POR CANGAS DEL NARCEA

1928-1932

Edición y estudio de

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ
y ALFONSO LÓPEZ ALFONSO



Cangas del Narcea

2022

Primera edición

Noviembre 2022

Edición y prólogo

Juaco López Álvarez y Alfonso López Alfonso

Fotografías

José Manuel Collar, Alfonso López Alfonso y Juaco López

Edita

Tous PA Tous. Sociedad Canguesa de Amantes del País

(Cangas del Narcea, Asturias)

<https://touspatous.es>

touspatous@touspatous.es

Depósito Legal

AS 03125-2022

Impresión

Gráficas Summa

ÍNDICE

Aclaración y agradecimientos	9
--	---

Por los ríos del recuerdo. JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ - ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

Mario Gómez, escritor local	11
Vida de un alegre melancólico	16
El médico, el literato y el erudito	26
Rumbos	38
Nota a la edición	48

RUMBOS. VIAJE POR CANGAS DEL NARCEA, 1928-1932

Rumbos de Sierra I	51
Rumbos de Sierra II	62
Rumbo a la Corte	72
Rumbos de Sierra III	79
Rumbos del Couto I	93
Rumbos del Couto II	100
Rumbos de Rengos I	111
Rumbos de Rengos II	121
Rumbos de Rengos III	129
Rumbos de Rengos IV	137
Rumbos de Rengos V	144
Rumbos de Rengos VI	152
Rumbos del Luiña I	172
Rumbos del Luiña II	180

Bibliografía y fuentes hemerográficas consultadas	189
---	-----

ACLARACIÓN Y AGRADECIMIENTOS

En este año de 2022 se cumplieron ciento cincuenta años del nacimiento de Mario Gómez en Cangas del Narcea. Con el fin de celebrar este aniversario y recordar sus obras en pro de este concejo y sus vecinos, la Sociedad Canguesa de Amantes del País «Tous pa Tous», que él fundó en 1925, decidió organizar tres actos conmemorativos. El primero, fue colocar una corona de laurel en la casa donde nació en 1872, situada en la plaza que hoy lleva su nombre en la villa de Cangas del Narcea, el mismo día que vino al mundo: el 23 de enero; el segundo, organizar una exposición en la casa de cultura de la misma villa para dar a conocer su obra escrita, y la tercera, la publicación en un volumen de sus «rumbos», o crónicas de su viaje por el concejo de Cangas, que se publicaron en la revista *La Maniega* entre 1928 y 1932. Este último homenaje es el libro que tienes en tus manos.

Como casi toda obra humana es colectiva, esta no fue ninguna excepción y no habría sido posible realizarla sin la colaboración de varias personas. En primer lugar, Sofía Mateos Peñamaría, y Marta y Mario Gómez Marcos, nietos de dos hermanos de Mario Gómez, María y Manuel, que conservan documentación y fotografías que pusieron a nuestra disposición; María Jesús Villacorta Alonso, siempre colaboradora; José M.^a González Azcárate prestó algunas de las obras de Mario Gómez, que hoy son muy raras de encontrar, así que sin su aporte difícilmente habría sido posible el empeño; José Manuel Collar Álvarez nos acompañó por numerosos lugares del concejo de Cangas del Narcea, siguiendo los pasos de Mario Gómez, que él conoce como pocos; los integrantes del *Payar* o junta directiva del

«Tous pa Tous» decidieron confiar en nosotros para hacer realidad el proyecto; Marta Fernández Lago y Sofía Díaz Rodríguez nos apoyaron para realizar este trabajo; Marina Lobo se encargó de la gestión editorial, y algunos amigos leyeron estas páginas y proporcionaron útiles consejos: José Luis García Martín, siempre inteligente y sabio, y Cristóbal Ruitiña, atento y certero lector.

POR LOS RÍOS DEL RECUERDO

MARIO GÓMEZ, ESCRITOR LOCAL

Contra lo que se suele pensar, en la historia de la literatura no hay gran escritor que no haya sido un escritor local. Nadie más local que Cervantes, Dickens, Balzac, Rosalía de Castro, Pérez Galdós, Emily Dickinson, Dostoievski, Harper Lee, Truman Capote, John Fante o Charles Bukowski, por poner solamente algunos disímiles ejemplos. Un gran escritor es alguien capaz, como quería Eugenio d'Ors, de elevar la anécdota, siempre local, por cuanto sucede en un lugar y tiempo determinados, a categoría, siempre universal, por cuanto es capaz de ser entendida, disfrutada y asimilada por públicos de muy diversos ámbitos, cronologías, paisajes e, incluso, lenguas. Cervantes abrigó a Alonso Quijano con los pueblos de La Mancha; Dickens inundó sus novelas con el hollín que producía el carbón que se quemaba en las fábricas de la primera industrialización inglesa; Balzac describió cómo vivían los franceses de su tiempo; Rosalía cantó un paisaje desgarrador a través de una lengua propia; Pérez Galdós puso, como quería Stendhal, un espejo a lo largo del camino para reflejar con exactitud el Madrid del siglo XIX y principios del XX; Emily Dickinson exploró lo que sucedía en su casa; Dostoievski, torturado por sus monstruos interiores, aplicó ese sufrimiento a la descripción de la realidad que lo rodeaba; Harper Lee trazó un mundo sureño en aquel lugar que llamó Maycomb, un lugar, por cierto, en el que aparecía un trasunto del niño que fue Truman Capote apuntando las maneras que le llevarían a convertirse en un autor imprescindible; John Fante y Charles Bukowski no serían grandes escritores sin

Boulder (Colorado) o Los Ángeles (California). ¿Por qué, entonces, ha habido, hay y seguirá habiendo autores que se tachan despectivamente de «locales»? Sinceramente, no lo sabemos. Suponemos que la causa tendrá que ver con que no todo el mundo tiene capacidad para dar ese salto entre la anécdota y la categoría. La fórmula que convierte una obra literaria en algo que interesa mucho más allá del lugar en que está ambientada no es fácil de dilucidar, aunque parece que es una mezcla de buen hacer, ambición y honestidad.

Si hay un escritor local en la historia de la literatura de Cangas del Narcea ese es Mario Gómez. Un autor, además, que sabía hacer y era, por encima de todo, honesto y machadianamente, bueno en el buen sentido de la palabra. Un autor que circunscribió voluntariamente el grueso de su obra literaria a su concejo natal. ¿Quizá le faltó un poco de ambición o le perjudicó la dispersión? Puede ser, puesto que apuntó su obra en muy variadas direcciones: desde los problemas del reclutamiento en la España de la primera década del siglo xx hasta el costumbrismo asturiano, pasando por la erudición local y el empeño de mejorar la sociedad canguesa a través de la sociedad «Tous pa Tous» y su boletín: la revista *La Maniega*. Tenía indudable talento literario, y las páginas que aquí reunimos dan cuenta de ello porque dentro de su producción escrita son de las que mejor han resistido el paso del tiempo. Tenía curiosidad mundana, era un hombre sencillo y preocupado por todo aquello que sucedía a su alrededor. Aunque profesionalmente fue médico militar, tenía, en fin, madera de literato y facilidad para la prosa. Sus crónicas periodísticas se pueden leer hoy con gusto, han pasado muy bien el filtro del tiempo. Aun así, Mario Gómez fue, es y seguirá siendo un escritor local. El más sobresaliente de los escritores de ámbito local en Cangas del Narcea, el más conocido también.

Un artículo publicado en la última página del diario *Región*, de Oviedo, el 19 de mayo de 1934, dos años después de su muerte, con el título de «Beneméritos asturianos», reclamaba que se honrara la

memoria de este autor en las fiestas del Carmen, de Cangas, de ese año. Y en él se apuntaban algunos de los rasgos que lo definían como intelectual y como persona:

Con las dotes de escritor que le adornaban, si sus producciones se hubieran expandido fuera del recinto local, utilizando ambientes y panoramas universales, o cuando menos nacionales, su nombre hubiera repercutido más allá de la región con la misma preponderancia que dentro de ella. Pero él sacrificaba todos los honores, todos los gustos y todas las aspiraciones a su región, y especialmente a Cangas. Y sus obras estaban siempre localizadas a orillas del Narcea, cuyos paisajes dibujó de mano maestra, penetrando en los caracteres de sus conterráneos con la visión clara y certera de su gran conocimiento de la vida.

En todo momento, desoyendo muchos ofrecimientos, renunció a cargos políticos o de otra índole en que pudiera conquistar la incondicionalidad de muchos; pero también la enemiga de los que creyeran estar frente a él. Y toda su labor fue siempre para obras en las que todos sus paisanos resultaran igualmente beneficiados, persiguiendo incansable sus dos grandes ideales: el mejoramiento de los humildes y la prosperidad de su pueblo. Por eso, todos, sin excepción, agradecieron su fecunda obra y guardan un recuerdo imborrable de su férrea voluntad.

Esos dos ideales que Mario Gómez persiguió incansablemente, es decir, el mejoramiento de los humildes y la prosperidad de su pueblo, no son ajenos a ninguna de sus páginas, se ocupen del tema que se ocupen. De esto da fe el más original e impetuoso de los escritores cangueses: Gumersindo Díaz Morodo, *Borí*, quien en una crónica publicada el 1 de julio de 1916 en el semanario *El Distrito Cangués* con ocasión de la edición del libro *A Pin el Ajustador*, indicaba lo que sigue:

Entre obreros se crió Mario Gómez, y obreros fueron siempre sus compañeros de parrandas, de fiestas, de pedreas... Terminó brillantemente sus estudios, se graduó en Medicina, y, al contrario de lo que hacen muchos que al terminar una carrera creen hasta denigrante re-

lacionarse con los parias de la sociedad, él continuó fraternizando con los obreros, como en su época de estudiante.

En poco tiempo, en pocos años, subió, subió mucho, ocupando importantes puestos, llegando hasta el que actualmente desempeña, de director de un hospital militar; sin que este encumbramiento le haya afectado ni hecho abandonar ni menos olvidar sus cariños hacia los desheredados de la fortuna, hacia las víctimas de este régimen de injusticia social. Entre obreros siguió y entre obreros sigue confraternizando, conviviendo; y hasta tal punto lleva esto, que mi pluma, siempre que a él alude, se niega a poner ante su nombre los empalagosos *Don* o *Señor*, pareciéndome que en ninguna forma mejor podré expresarle cariño, el cariño que en justa correspondencia por nuestra parte él se merece, que tratarle como a *compañero*, como a *camarada*..., ni más ni menos que si perteneciese al anónimo montón de los que diariamente tenemos mucho que trabajar para más arrastrar la vida (DÍAZ MORODO: 2009, pp. 115-116).

Borí era muy consciente de las virtudes que como intelectual y como persona atesoraba Mario Gómez, pero también de las diferencias ideológicas que los separaban, de la distancia que había entre un liberal progresista, de corte paternalista, a la manera de los buenos patrones industriales de su tiempo, y el revolucionario por vocación, con cierto toque nihilista, que fue el propio *Borí*. Esa diferente concepción de la realidad también se deja entrever en el artículo mencionado:

En las cartas *A Pin el Ajustador* se nos muestra Mario Gómez iconoclasta y partidario de los *cuatro ochos* (ocho horas de trabajo, ocho pesetas; ocho horas para dormir y las otras ocho para estudiar o pasear). Me gustaría verle avanzar, profundizar precisamente en el asunto que no quiere tocar; me agradaría verle dar alguna arremetida contra la codicia capitalista.

Pero Mario Gómez no se atreve. Vacila, teme... Acaso considere que la masa obrera, de lanzarse hoy día a la lucha, llevaría gran pérdida en sus filas, en las que la metralla, ese argumento del capitalismo, abriría horribles brechas (DÍAZ MORODO, pp. 117).

Mario Gómez contribuyó con su empeño, su esfuerzo y todas sus energías a cambiar pequeñas cosas en su entorno, lo que equivale a decir que de alguna manera fue un revolucionario, puesto que no hay revolución que importe si no consigue cambios en lo que tenemos más cerca. Fue muy consciente de los problemas de los cangueses de su tiempo y trató de atajar todos los que pudo: construir una fuente aquí, sufragar unos trajes para las fiestas allá, ayudar a sus paisanos desde su posición en el Ejército, contribuir a levantar un teatro o una estatua conmemorativa, denunciar la deplorable situación de las escuelas, crear una asociación cívica y ajena a la política, implicar a todo el concejo en una revista...; muchas cosas pequeñas y concretas, esa clase de cosas que, encadenadas, hacen que el mundo cambie para mejor. Fue un idealista con empeño y capacidad para la acción. Un escritor cuyo nombre no alcanzará nunca la importancia que tuvieron los de otros miembros de su generación, porque en la historia de la literatura, como en todo en la vida, siempre ha habido clases y no se puede decir que nuestro autor juegue en la misma liga que aquellos que se definieron por la crisis de 1898, un momento histórico que devolvió a la dura realidad a una nación que veía cómo se perdían los últimos restos de su imperio colonial en una campaña a la que se refiere de pasada el propio Mario Gómez en su primer libro, *Seiscientos sesenta y cinco reclutas* (1903), donde, a través de algo que podríamos tomar como puramente anecdótico, pero que él lleva muy bien a su terreno, pone de relieve el desequilibrio entre ambos contendientes:

Nuestros enemigos en Santiago de Cuba llevaban un cepillo de dientes sujeto a la cinta del sombrero; compárese a los soldados yanquis con los nuestros, que nunca han visto un cepillo de dientes, y dígame si pido mucho al pedir bicarbonato para los cuartos de aseo (GÓMEZ: 1903, p. 7).

La generación de Miguel de Unamuno, Pío Baroja, Azorín, Valle-Inclán, Ramiro de Maeztu o los hermanos Machado fue la de Mario Gómez, un escritor local, sí, pero con los pies enraizados en

la tierra canguesa como nadie antes y después. Ojalá quienes intentamos seguir hoy su estela desde la asociación que él fundó seamos dignos herederos.

VIDA DE UN ALEGRE MELANCÓLICO¹

Mario Gómez Gómez nació el 23 de enero de 1872 en la villa que hasta 1927 seguirá llamándose Cangas de Tineo. Vino al mundo en el seno de una familia de médicos, no en vano a su casa en la plaza de la Refierta —actual plaza de Mario Gómez— se la conocía y sigue conociendo como la casa del Médico². Este entorno galeno queda muy claro en la dedicatoria que le brinda a su madre del libro *Recluta y reclutamiento* (1908): «Eres nieta de un médico, hija de un médico, sobrina de médico, mujer de médico y madre de dos médicos». En ese entorno, como narraba con sorna en el primer tomo de *Los siglos de Cangas de Tineo* (1920), fue bautizado el mismo día del nacimiento, algo normal en aquel tiempo debido a la alta tasa de mortalidad infantil, lo que implicaba que muchos recién nacidos podían morir sin cumplir con el ritual necesario para ser acogidos en el seno de la Iglesia:

Era una tarde oscura, nublada, silenciosa, de recogimiento y expectación, del día 23 de enero de 1872. Las nubes, advertidas, acudían a extender sobre Cangas un gris dosel que diese solemnidad a la escena, y sintiendo el escalofrío de lo grandioso sudaban flores que alfombrasen estas calles. Los morrillos, los poyos, las almenas, lucían blancas moñas. Vestían las casas sendos mantos de armiño. El [río] Narcea parecía

¹ Salvo cuando a lo largo del texto se indica expresamente lo contrario, para establecer los datos biográficos de Mario Gómez nos hemos apoyado en los textos que sobre él han publicado Francisco Cosmen, Mercedes Pérez Rodríguez, Toño Huerta, Manuel Álvarez Pereda, Sara Pardo Tomás y Roberto Suárez Menéndez, todos ellos accesibles en la web del Tous pa Tous (<https://touspatous.es/tag/mario-gomez/>).

² Para conocer el origen y el ambiente familiar de Mario Gómez véase José Gómez López-Braña, *Diario de un viticultor de Cangas del Narcea (Asturias), 1902-1907*, estudio y edición de Juaco López Álvarez.



Mario Gómez, h. 1882. Fotografía de Manuel Yglesias.

aquietado y tímido ante la ansiedad que notaba en sus orillas. Ni un ruido, ni una voz turbaba aquellas horas críticas para la vida humana.

Cuando más conmovidos se estremecen los cúmulos, deshaciéndose en blancos copos de nieve; cuando ya el sol se va a esconder por ocultar su emoción, una bella señorita canguesa sale de la botica y presurosa se dirige a la casa del médico. Casi en el mismo momento, pálido y vacilante, se dirige a la iglesia el cura párroco. Poco después salen de su casa en La Refierta dos médicos, y delante de ellos aquella señorita y otra dama canguesa, bella entre todas, haciendo las dos guardia de honor al tesoro de los mundos que *Pepina la Cuca* llevaba en brazos, religiosamente guardado bajo bordada capa. Llega la comitiva a la iglesia. ¡*Flectamus genua!* ¡Asombraos! Va a recibir nombre y personalidad este portento, este... *mazcayu* que tantas charlas os promete (GÓMEZ: 1920, pp. 24-25).

Mario Gómez dejó iniciadas unas memorias que no van en el relato de su vida más allá de la infancia. Son un fresco costumbrista de Cangas de Tineo en la segunda mitad del siglo XIX. Las comenzó a escribir en Vigo, en 1915, y se trata de un proyecto inacabado, pero las pocas páginas que dejó enseñan las costumbres y modos de vida de aquella villa pequeña y señorial, orgullosa y comercial. Y estas memorias son también el retrato de un hombre afable y bueno, campechano y burlón:

Mala cosa es que yo empiece estas memorias con un entierro. [...] Como no los he escogido, yo no tengo la culpa de que mis recuerdos más lejanos sean tan poco simpáticos. ¡Un entierro, una boda y un incendio: tres desgracias! (GÓMEZ: 2012)

A juzgar por lo que nos ha llegado a través de otros testigos, como el mencionado *Borí*, o lo que se infiere de los escritos propios, debió ser un niño inquieto y travieso, un joven juerguista y apasionado, pero también alguien que vivió trasplantado, puesto que pese a haber pasado por muchos lugares por motivos profesionales, siempre



Mario Gómez, h. 1900. Sociedad Artística Fotográfica, Madrid.

llevó a Cangas en la cabeza, como una perpetua melancolía del lugar de origen, al que solo volvió de forma definitiva muy al final de su vida. Cangués hasta la médula, así se describe en el poema «¿Qué quién soy yo?», de su libro *De bogayo* (1915):

Desde el Matorro al Mercado; / del Cascarín al Corral, / no hay un rincón ni un portal / donde yo no haya jugado. // Ni un aldabón respetado, / ni ventana en que asomada / alguna vieja rabiada / con furia no me riñera / al verme tirar certera / a su gato, una pedrada. // De casa de la Calea / a más allá de Arayón / no hay un pozo ni un rabión / que no sepa del Narcea. // Ni hay nogal, cuya cacea / no haya manchado mis manos, / ni perales ni manzanos / por donde no gatease, / ni pared que bien guardase / los *nisales* y avellanos. // Mozo ya, corrí el concejo / caminante y andarín / a caballo o en *pollín* / a pelo o con aparejo. // A la vera del pellejo / o de las cubas al pie / mucho bebí y más canté / en todas las romerías, / y repartiendo alegrías / alegría atesoré (GÓMEZ: 1915, pp. 4-5).

Y en sintonía con cómo él se veía, se le describe el 21 de febrero de 1903 en el periódico local *La Verdad*, dirigido por Luis González Ballesteros:

Cuánta alegría y bullicio tiene producido en esta villa con su carácter organizador y su educación esmeradísima. Es uno de los seres que la Providencia premió con el «Don de gentes» y es imposible que allí donde permanezca algún tiempo, no lleve tras de sí las simpatías de todos.

Estudió Medicina en la Facultad de San Carlos de la Universidad de Madrid, donde se licenció en enero de 1897 e inmediatamente preparó oposiciones. Ingresó en el Cuerpo de Sanidad Militar en mayo de ese mismo año, siendo destinado a un Batallón de Guarnición de Infantería en Melilla y en agosto de 1898 a la Fábrica de Armas de Trubia, en Oviedo. Tuvo una carrera militar muy movida: Valladolid, Vitoria, donde comienza a interesarse por la higiene y la



Mario Gómez, con sus padres y hermanos, de uniforme, con el grado de capitán de Sanidad Militar.

salud de los soldados incorporados a filas, lo que le llevará a publicar varios libros sobre el tema; Gijón, y otra vez Trubia, localidad en la que su paso dejaría huella al impulsar la creación del Sanatorio Obrero de Las Cruces, gestionado en origen por los propios obreros

de la Fábrica de Armas, quienes en 1907 crearían la Sociedad Sanatorio Obrero para administrar un edificio que pasó después a la Fábrica, quien lo gobierna hasta 1960. Pero además, Mario Gómez se implicó en la vida del pueblo prestando sus servicios médicos a la población más necesitada, tanto civil como militar, y en otras labores sociales. En un artículo publicado en 1907 en *El Correo de Asturias*, firmado por Patico, el autor se lamenta de su marcha de Trubia, le califica de persona «altruista y cariñosa», y menciona algunas de esas otras labores: la fundación de La Clave, una sociedad musical y de recreo, y la formación de una «sección dramática» para hacer representaciones teatrales y recaudar dinero para «socorrer al desvalido», «aliviar situaciones precarias», etc. Fue una persona muy querida por los trubiecos, y por todo todo ello, a petición de los vecinos de Trubia, el 22 de julio de 1927 fue nombrado Hijo Adoptivo de Oviedo.

Luego vendrían Pamplona, Reus, vuelta a Melilla y a primera línea de fuego en distintos campamentos de la guerra de África durante los días difíciles de la crisis de 1909, conocida sobre todo por el desastre del Barranco del Lobo, que desencadenaría la Semana Trágica de Barcelona ese mismo año. En esa batalla destacó su papel como médico, distinguiéndose en la atención ofrecida a 52 heridos. Sobre este asunto da testimonio su amigo, testigo directo y paisano Francisco Cosmen en la revista *La Maniega*:

El general Marina [*José Marina Vega*], ante unas circunstancias que no dejaban lugar a opción, había ocupado con las escasas tropas de la guarnición de la plaza una serie de posiciones que jalonaban el camino de Nador, centro de concentración de la jarca; posiciones dominadas por las crestas y laderas del Gurugú, difícilmente accesibles por el lado del mar, que era el nuestro, y muy fáciles en cambio para las cabilas del interior, desde las cuales hostilizaban impunemente nuestros campamentos con un constante *paqueo* que agotaba la resistencia física y moral de nuestros soldados; lanzándose a veces al ataque en masa, como en Sidi Hamet, Sidi Musa, Barranco del Lobo, etc.



Mario Gómez tocando la gaita en un campamento en la guerra de África, h. 1909.

Encerrado en esos campamentos, donde toda incomodidad y toda privación tenían su asiento, empezando por la penosísima del agua, curando centenares de enfermos bajo la acción muchas veces eficaz de las balas enemigas, deambulando de unas a otras posiciones en convoyes siempre atacados, para multiplicar su asistencia médica y extender los beneficios de su labor humanitaria, cumpliendo, en fin, con su penoso deber, con un deber para el cual el Mario cangués, el de las *Xácaras* y *Chilindrinas*, el *Cuntapeiru*, no admitía atenuaciones, ni titubeos, ni bromas, pues médico y militar, su salud y su vida se inmolaban por la vida y la salud de los soldados de España. En esto, la austeridad más rigurosa era la norma de su ejercicio profesional.

Yo conocía de vez en cuando sus andanzas, y estuve tan cerca de él, que es fácil que las granadas del grupo artillero donde prestaba mis servicios hayan pasado a veces por encima de su cabeza. (COSMEN: 1932, pp. 1-2).

Es también Francisco Cosmen quien nos acerca el lado humano de nuestro autor al describir con detalle cómo «organiza» su tienda de campaña. Esa descripción da idea de todo lo que pasaba por su mente, en la que convivían la gaita y los placeres populares con su trabajo como médico y el paralelo que llevaba como escritor:

En su tienda, compartida con el primer jefe del batallón, una gaita y algún «desperdicio de gochu», disputaban el sitio a gran montón de libros y periódicos; los objetos marroquíes y los recuerdos de Asturias estaban mezclados con borradores de versos, de artículos para la prensa

y de cuartillas para uno de sus libros, no recuerdo cuál de ellos; luego, tabaco, cerveza, bicarbonato..., todo en «orden de barullo». Y en una ladera próxima, aprovechando el agua de la fuente del Morabito (uno de los pocos afloramientos de agua que se encuentran en toda la zona), tenía una huerta. ¡Una señora huerta!, roturada y cultivada por él (COSMEN: 1932, p. 2).

Seguiría después el peregrinaje por nuevos destinos: Barcelona, Manresa y vuelta a África, parando en Leganés. Durante unos años participó activamente en la guerra de África y por los méritos que fue acumulando consiguió ascender. En 1914 pasó a Galicia como director del Hospital Militar de Vigo, donde estaba en 1915, cuando comenzó sus inacabadas memorias. También fue director del Hospital Militar de Carabanchel, en Madrid. Otro ascenso le llevó al Ministerio de la Guerra como comandante médico, dirigió el buque hospital *Almería* y ascendió a teniente coronel médico destinado como director del Hospital Militar de Córdoba. Después se hizo cargo del buque hospital *Castilla* y volvió a Marruecos, donde permaneció evacuando heridos hasta que se produjo el naufragio de este buque por un temporal cuando el 14 de abril de 1927 estaba amarrado en el puerto de Melilla. Este incidente supondría el último servicio del barco, que fue desguazado. Tras dos años de excedencia forzosa en Trubia, se le concedió la placa de la Orden Militar de San Hermenegildo, pasando a prestar sus servicios a la Capitanía General y al Gobierno Militar. La proclamación de la Segunda República en abril de 1931 lo devuelve a Cangas tras casi 35 años de servicio, puesto que se acoge a la *Ley de Reforma Militar* de Manuel Azaña, que favorecía la jubilación anticipada de los mandos del Ejército. En Cangas se entregó de lleno a sus aficiones literarias y a terminar la casa que había comenzado años atrás en el pueblo de Limés / L.lumés. Esta parte de su biografía también la dejó explicitada en los versos de su libro *De bogayo*:



Mario Gómez, sentado a la izquierda, en una merienda con familiares y amigos en una viña, h. 1910.

Cual si a ambulatorio sino / siempre estuviese sujeto, / siempre en marcha, siempre inquieto, / voy de destino en destino. // Mas, ya me cansa el camino. / Jadeante y anheloso / de este mar tempestuoso, / roto el timón y la quilla / va buscando mi barquilla, de Cangas, almo reposo. [...] // Solo en Cangas pienso ya. / Camino voy del retiro / y solo hacia el pueblo miro / donde mi retiro está. [...] // Sueño en la paz del hogar; / sueño al amor de la lumbre / una tibia dulcedumbre, / y un tranquilo meditar. / Sueño en la vera del llar / y en los alegres corrillos / donde con mis chascarrillos / y mis cuentos y consejas / haré escándalo en las viejas / y reír a los chiquillos (GÓMEZ: 1915, pp. 5-7).

Sobre su retiro le escribe a su sobrino Grato Gómez el 2 de mayo de 1931:

Como habrás leído en la prensa, la República está haciendo las reformas que yo esperaba y a mí me ha traído un aguinaldo dándome mucho más de lo que yo esperaba. En vista de tal bicoca ya cursé la instancia pidiendo el retiro y cuento que para primeros de junio estaré en Limés libre ya e independiente para ir donde quiera.

Del ansiado retiro en su casa de Limés disfrutó muy poco tiempo, puesto que allí falleció, a los sesenta años de edad, el 26 de abril de 1932. La noticia de su fallecimiento y entierro se recoge extensamente en el número de mayo-junio de ese mismo año de lo que fue una de las creaciones más importantes de su vida: la revista *La Maniega*, boletín de la asociación que él había fundado en 1925 con la intención de poder apoyarse mutuamente los cangueses —Tous pa Tous, es decir, todos para todos, la llamó— y contribuir a sacar al concejo de Cangas de su atraso económico y formativo. Como apuntó la escritora *Eugenia Astur* en la revista *Narcea*, de 1 de enero de 1936, en Mario Gómez no se sabe «qué admirar más, si su falta de ambición, que le hace circunscribirse al querido solar, o su gran amor por este».

EL MÉDICO, EL LITERATO Y EL ERUDITO

La labor literaria de Mario Gómez se diseminó en varias direcciones. Cultivó las temáticas militar, higienista, costumbrista, histórica y periodística. El primer libro que publicó es *Seiscientos sesenta y cinco reclutas. Estudios físico-psíquicos para oficiales instructores* (1903). Editado durante su estancia en Vitoria, en esta época colabora con artículos de la misma temática en el periódico *La Libertad* y es también en ese momento, el 11 de febrero de 1903 (*Diario Oficial del Ministerio de la Guerra*), cuando asciende a médico de primera de Sanidad Militar. Lo que pretende este libro es servir de guía a los oficiales instructores para minimizar el impacto de las enfermedades, tanto físicas como síquicas, de los jóvenes que son llamados a filas. El estudio lo hace tomando como muestra el número de reclutas del título, de los que extrae los datos necesarios para averiguar, según la procedencia y las dedicaciones previas, cuáles pueden ser las necesidades de esos soldados:

De los seiscientos sesenta y cinco reclutas que estudiamos, son labradores doscientos noventa y dos; dícense jornaleros noventa; hay trece barberos, diez y seis carpinteros, veinte zapateros, veintidós herreros,

nueves sastres, veintiún albañiles y sesenta de oficios similares a estos (carreteros, arrieros, hortelanos, etc.); hay trece empleados de comercio, quince estudiantes y son el resto obreros pertenecientes a la gran industria (tejedores, mineros, forjadores, etc.). Hacer un rancho sano y agradable para hombres de oficios tan diversos, que siguen en sus casas un régimen distinto; que proceden de población los unos y otros de aldea y de zonas bastante separadas (Santander, León, Valladolid, Bilbao, Barcelona, etc.), es un problema difícil de resolver (GÓMEZ: 1903, p. 16).

El estudio, visto hoy, ayuda a entender una sociedad que empieza a industrializarse, pero en la que más del sesenta por ciento de los reclutas tienen oficios relacionados con el campo. Menciona enfermedades que afectan a los reclutas, como la sífilis, y la manera de atajarlas, y también de que no debe abusarse de la taberna aunque el vino, en cantidades moderadas, sea saludable. Problemas que preocupaban entonces a los patronos y no podían dejar de hacerlo a quien trabajaba en el Ejército. Datos como la talla media y el peso medio en función de la región que procedían siguen siendo de sumo interés, pero además trata los resortes psicológicos del soldado, que necesita una mente sana en un cuerpo sano:

Esa educación del ánimo debe empezar con la instrucción militar, y el corregir pesimismo, animando y apasionando a los reclutas con las ideas de la patria y con una buena disciplina, es obra de los oficiales instructores y una de las partes más delicadas de la instrucción teórico militar (GÓMEZ: 1903, p. 103).

Tanto este libro como los otros dos que dedica a los problemas de los soldados de reemplazo —*Recluta y reclutamiento* (1908) y *Reclutamiento Militar. Estudio Histórico* (1910), este último, por cierto, dedicado a Cangas de Tineo, su pueblo— fueron premiados con la Cruz blanca del Mérito Militar. Y, sin embargo, pese a ser un patriota convencido, la idea que tenía de la historia española no era de exaltación, sino más bien de crítica y reconocimiento de errores en

un intento de explicar cómo se había llegado a la situación que él observaba directamente analizando a los reclutas:

Abandonando las riquezas de nuestro suelo, tampoco supimos aprovechar las de los países que conquistamos. Se guerreaba solo por guerrear; y como en el temperamento del guerrero puede más la sed de gloria que el deseo de fortuna, ni aún la fortuna que encontrábamos supimos recoger. [...] Con cualquier pretexto político que apenas debiera merecer una larga discusión, promovíase una asonada o una guerra civil; [...] Si solo un momento de sosiego nos dejaban nuestras discordias interiores, volvían a despertarse nuestros sueños de grandezas, e íbamos a África con ínfulas de conquistadores, pretendíamos luchar en Méjico o en Chile y hubiéramos ido por todo el mundo, de haber algún pueblo que nos creyese de eficaz auxilio (GÓMEZ: 1908, pp. X-XI).

Así y todo, Mario Gómez ve cierta continuidad en eso tan etéreo y difícil de definir que, con muchas reservas, podríamos denominar «carácter español». No cree, como quería Joaquín Costa en aquellos momentos, que se hubieran echado siete cerrojos sobre el sepulcro del Cid, sino que en ese sentido, bajo su punto de vista, se ha cambiado poco y lo que hace falta es realizar análisis científicos para poder atajar los problemas, aunque al realizar las valoraciones no deje de caer en algunos tópicos:

Despertados en la nación los entusiasmos y la fe en nuestra misión militar y de defensa, el primer paso para una organización eficaz y razonada, es buscar, seleccionar y repartir bien la recluta; no en montón, empíricamente y por procedimientos viejos y de épocas guerreras y azarosas, sino con fundamentos científicos: atendiendo a los datos de la antropometría, a la distinta aptitud física y distintas épocas de desarrollo de nuestras variedades étnicas; al carácter síquico de las regiones españolas; [...].

La talla y la robustez del catalán, la dureza y agilidad del aragonés, la frugalidad del andaluz, la resistencia del castellano, tienen en el Ejército distinto aprovechamiento, y el carácter disciplinado del gallego, la

fidelidad del astur, la perspicacia del valenciano, tienen en la milicia destinos muy adecuados (GÓMEZ: 1908, p. XV).

En 1910, destinado en Manresa, dedicará Mario Gómez un nuevo ensayo al reclutamiento. Si primero se había ocupado de la incorporación de la recluta y después del reclutamiento, en esta ocasión hará un recorrido histórico, desde Roma hasta el presente de principios del siglo xx, por las formas de reclutar soldados a lo largo de la Historia, deteniéndose especialmente en casos de mercenarios, ejércitos regulares o grandes levas. Lo hace movido por la ilusión que le produjo el gobierno liberal de José Canalejas y los cambios que había prometido el general Ángel Aznar, ministro de la Guerra entre febrero de 1910 y abril de 1911, y para su redacción habrá de echar mano de muchos amigos:

Culta es Pamplona, donde he tenido mi último destino, y muy culta Manresa, donde tengo mi destino actual, pero las bibliotecas de esos dos pueblos no podían bastarme para estudio tan especial cual es el reclutamiento, por eso, y aunque agobié a los amigos solicitando libros, y aunque gasté en libros un dineral, si dineral se llama a lo que pueda sobrarle de su sueldo a un médico primero, mi trabajo había de resultar pobre e incompleto.

Quédele, pues, al libro, como mérito, la intención del autor. Son estos unos estudios de orientación, y no una historia: no pretendí desentrañar de los pasados tiempos los sistemas, las modalidades, los detalles del arte de reclutar, pero puedo evitarle trabajo al que con más capacidad y más recursos intente hacerlo (GÓMEZ: 1910, pp. VI-VII).

Mientras realizaba estas publicaciones que tenían que ver con su profesión, no se olvidaba de su prurito literario, siempre ligado a su tierra, y además de actuar como corresponsal en Melilla del periódico *El Narcea*, publicó dramas en verso, escenas y monólogos. Algunos los agrupará después en sus obras *De bogayo* (1915) y *De corripia* (1923), pero otros quedarán al margen de esas recopilaciones. Co-

nocemos dos de esos dramas: *Entre dos fuegos* (1907) y *Entre la masa* (1909), aunque en esas mismas obras aparecen citados otros que desconocemos —*Pobre niño* y *Sin trabajo*— y el monólogo *¡Adiós, abuela!*, que incluiría en *De bogayo*. El personaje de Falín en *Entre dos fuegos* es una buena representación del pensamiento político y social de Mario Gómez, puesto que en esta escena teatral se produce el reencuentro entre un hijo y su padre —Luis y don Manuel— cuando el primero se ve obligado a recurrir al segundo, con quien había reñido años atrás por diferencias ideológicas. Luis es un obrero convencido de los beneficios de la revolución, que igualará a todos, y no duda en denunciar los males del mundo —«Un mundo, donde el nacer / del placer, es deshonor, / donde se compra el amor / y se vende la mujer» (GÓMEZ: 1907, p. 2)—, pero muerta su compañera y madre de su hijo Falín, despedido del taller en que trabajaba y con el niño a cargo, se ve obligado a humillarse ante su padre, pese a las diferencias de pensamiento que los separan: «Lo que predico, lo soy, / y soy lo que creo verdad; / el socorro a los hambrientos, / el fin de su explotación, / esa es mi predicación, / esos son mis mandamientos» (GÓMEZ: 1907, p. 6); don Manuel, en cambio, es un hombre conservador que no se cree esas pamplinas: «(Teoría, utopía ilusa, / que a mil crímenes les lleva)» (GÓMEZ: 1907, p. 10). En medio de esos dos fuegos está el pequeño Falín, que hará que a través del amor que ambos le tienen puedan reconciliarse.

Entre la masa, dedicado a su amigo Manuel N. Alesón —hermano de Santiago N. Alesón, director de la revista *Cultura e higiene*, de Gijón, en la que Mario Gómez colaborará con las cartas dirigidas a un prototipo de obrero que llama Pin el ajustador— es otra escena teatral en la que un matrimonio con un hijo enfermo de tuberculosis aguarda el dictamen del médico. Surgida de la experiencia del autor en las viviendas del entorno de la fábrica de armas de Trubia y de la construcción del Sanatorio Obrero de Las Cruces, también aquí el clamor social se deja sentir y, de nuevo, puesto que querer es resistir y

resistir es vencer, el pagar las cuotas del sanatorio obrero junto al amor, la concordia y el cariño en el seno familiar, podrán salvar al niño:

¡Qué vida tan miserable / es la vida proletaria! / Un trabajo que aniquila, / que sólo el capital gana, / una vivienda malsana / donde la muerte vigila, / y al lado, un mundo exigente, / una protección chismosa, / la caridad lacrimosa, / la compasión impotente / infantil, imprevisora / que selecciona y no acierta / y no pasa de la puerta / donde la miseria llora. [...]

No, por Dios, óyeme, escucha; / también los pobres tenemos / remedio cuando sabemos / prevenirnos a la lucha; / cuando en lucha nos unimos, / siempre supimos vencer; / si nos logramos querer, / logramos lo que quisimos. / No tiene fin ni lindero / nuestra paternal ternura, / no hay nobleza, no hay bravura / como la del pueblo obrero. / ¡Cuántos años el asedio / de la tisis soportamos, / cuántas desgracias lloramos / sin saber hallar remedio! / La tisis era una llaga / que a todos nos consumía / y solo, nadie sabía / defenderse de tal plaga, / mas contra el ogro terrible / un día en guerra salimos / y un castillo construimos / para el ogro inaccesible (GÓMEZ: 1909, pp. 7 y 10).

En 1915 publica *De bogayo*, una miscelánea de textos en la que hay monólogos, escenas teatrales, poemas y sainetes de corte costumbrista, como el muy divertido «La víspera del Acebo». Ya desde el título —en asturiano y que hace referencia a las castañas que caen de los erizos antes de estar maduras— el libro se puede inscribir dentro de un costumbrismo asturiano en el que estos autores usan, al decir del estudioso Antón García, «un asturiano local más o menos castellanizáu o mecen aturiano y castellán n'artículos periodísticos d'actualidá y cuadros descriptivos idealizaos» (GARCÍA: 2007, p. 191). El propio Mario Gómez, en el comienzo del otro libro misceláneo que recoge su obra más costumbrista, es decir *De corripia* (1923) —título que también se relaciona con las castañas, en este caso con el lugar donde se echan los erizos para que se abran— a su manera trató de

justificar el asunto después de recibir algunas críticas por su ortografía a la hora de utilizar la lengua asturiana en *De bogayo*:

De siempre lo sabéis, mis queridos paisanos, que solo para vos y a la buena de Dios escribo yo mis *xácaras*. Para Cangas y para los cangueses es mi buen ánimo, que no sabe tender más altos vuelos y que queda en estos valles y a la vera del llar, buscando solamente vuestro solaz y complacencia. [...]

Pues si en el hablar de cada uno de nosotros hay tamaña inconstancia, de región a región, en el concejo; de pueblo a pueblo; de los pueblos a la villa y de una clase social a otra, hay también marcadas diferencias y no es posible, por eso, escribir en una *fala* común a todos. Unos decís *uvetsas*, otros *uveyas*, otros *ouveyas*, mientras que algunos, más *deslumbraus u que anduvimos pul mundo*, decimos, muy señoritamente, *uvejas*. De Puticiella u Punticietsa pa domina *falpayar*: hay quienes dicen Xedrez, Xalón, Xavita y quienes Jalón, Javita, Gedrez; unas veces oigo decir Carbachu y otras Carbayu, Carballu o Carballo, de modo que no sé cómo escribir esos nombres a gusto de la villa y del concejo.

He creído, pues, mucho mejor, amañar el escrito según salga, siguiendo nuestras mismas arbitrariedades y procurando que su lectura sea la más fácil para todos y acomodándome, eso sí, lo más posible, a nuestras devociones eufónicas (GÓMEZ: 1923, pp. III-VI).

Un poema tomado de este libro, «Un rapaz empecatau», lo incluyó Enrique García Rendueles en la antología *Los nuevos bablistas*, editada en 1925. Y más recientemente, en 1992, tres piezas publicadas en *De corripia* se incluyen en la *Antología de la poesía clásica en asturiano* realizada por la editorial Silverio Cañada; una edición no demasiado afortunada, entre otras cosas porque uno de los textos que incluye, «Nuestra señora», es prosa, y de los dos poemas —«Un rapaz empecatau» y «¡Prubetaya!»—, del primero solo se publica un fragmento que limita mucho la fuerza que tiene la composición completa.

El mismo año que publica *De corripia*, 1915, cuando contaba 43 años, comenzaría Mario Gómez a escribir sus citadas memorias, que,

inacabadas, no se publicaron hasta 1985, fecha en la que José M.^a González Azcárate realizó una primera edición para la Asociación Cultural Pintor Luis Álvarez. En 1915 Mario Gómez residía en la ciudad de Vigo, donde fue director del Hospital Militar. Sus memorias no son íntimas ni familiares, sino unos recuerdos de la vida colectiva de Cangas del Narcea. Lo explica Juaco López Álvarez en la reciente edición que sobre la primera ha llevado a cabo la asociación Tous pa Tous y que puede leerse en su web:

En estas memorias hay datos muy valiosos sobre la historia, las costumbres y la vida cotidiana del concejo de Cangas del Narcea en el siglo XIX. Lo que escribe Mario Gómez sale de sus propios recuerdos y también de lo que le contaron otras personas mayores que él. En primer lugar, de su abuelo. Mario Gómez fue el primer nieto de Benito Gómez (1817 – 1891), el primogénito de su única hija, y ambos, abuelo y nieto, tuvieron una relación muy estrecha. Además, para conocer hechos que acontecieron poco antes de nacer él, entrevistó a personas que habían vivido personalmente algunos de esos hechos relevantes en la historia local. Menciona a tres informantes: el Tío Alonso de casa Basilio, de El Puerto de Leitariegos, al que entrevistó en Madrid, y que le habló de la arriería y la historia de Leitariegos y su privilegio; Benemérito de Llano Rodríguez-Arango que le informó de la explotación del monte de Muniellos en los años sesenta del siglo XIX y de la entrada de los carlistas en la villa el 17 de enero de 1874, y Claudia de casa Cachón, de Corias, que le contó sus recuerdos de la llegada de los primeros dominicos al convento de Corias en los últimos meses de 1860.

En *A Pin el ajustador* (1916) hace gala de sus conocimientos como médico higienista. Sigue la estela de los libros sobre reclutamiento que había elaborado para el Ejército, pero centrándose aquí en el obrero fabril y con un tono más jocoso y próximo a la narración novelada —hay trucos narrativos como el sueño o la imaginación para hacer verosímil estar escribiéndole a un personaje con el que,

en ocasiones, se está compartiendo mesa, por ejemplo—. El libro recopila veintitrés cartas publicadas en parte en el semanario *Cultura e higiene*, de Gijón, donde comienzan a salir el 26 de enero de 1913, durante el segundo año de la publicación. A petición de Santiago N. Alesón, director de la revista, realizó una obra que pudiera ser distribuida entre los socios y también por los distintos casinos y círculos obreros. El libro tuvo una segunda edición en 1919 para poder atender las demandas de escuelas, centros obreros, librerías y un pedido de 1 000 ejemplares para la isla de Cuba, hizo necesaria una segunda edición en 1919.

Analizando las cartas publicadas originalmente en la revista nos damos cuenta de que no son exactamente iguales a las del libro y de que, incluso, alguna de las publicadas en la revista no está en el libro, mientras que otras han sido recortadas o modificadas para publicarlas en libro, debido al distinto espacio de ambos formatos. Las cartas del libro están escritas con «fruición, con deleite, unas veces, bajo la tienda de campaña, si andaba por los montes del Kert, y otras a pleno sol africano, sobre la caja del botiquín» (GÓMEZ: 1919, p. 7). Todas están firmadas entre Melilla y Arcila a lo largo del año 1913. Sin embargo, las cartas de la revista están publicadas en dos series, la inicial, que comienza en 1913, y una segunda que comienza el 24 de julio de 1915, después de un parón de más de un año —el autor lo justifica por las diferencias ideológicas en torno a la guerra mantenidas con su personaje Pin—. Las cartas de esta segunda serie se alargan durante los primeros meses de 1916, en que aparece la primera edición del libro, y están firmadas en Vigo. Es probable que una parte del contenido de las cartas del libro provenga de los artículos que a principios de siglo había ido publicado en el periódico *La Libertad*, de Vitoria, y quizá también en *El Noroeste*, de Gijón, como se indica en la primera carta.

Dirigidas al joven obrero del título, el profundo conocimiento del ambiente y del lenguaje popular que manifiestan las misivas consigue esa cercanía a la clase trabajadora que fue habitual en este autor, pero

además las dota de gran eficiencia didáctica, de lo que es prueba la carta de agradecimiento que al semanario *Cultura e higiene* envió José María Palacios en el número del 22 de abril de 1916, tras la publicación de la primera edición del libro. En esta carta elogia ampliamente la obra y le dice «que poco se escribe tan práctico». Y ciertamente hay en el libro consejos sobre la higiene personal —barba, nariz, orejas—, sobre los buenos hábitos —lectura, instrucción, estudio— y sobre los malos —tabernas, alcohol, prostíbulos, malas comidas—. En cuanto a las tabernas y las bebidas alcohólicas le advierte a Pin con tono paternalista:

Voy a serte más franco. Yo, que mucho la corrí en mis mocedades, mucho he abusado del *capilé* en aquellas comidas y francachelas; pero me he arrepentido, y hoy no me canso de predicar a quien bien quiero —puedes creerme que os quiero bien a todos— las ventajas de la abstinencia, o por lo menos de sobriedad en los alcoholes (GÓMEZ: 1919, p. 145).

A lo que Pin habría podido responder: «Ejem... ejem..., don Mario».

En los dos volúmenes de *Los siglos de Cangas de Tineo*, editado el primero en 1920 y el segundo en 1925, se recoge la historia del concejo, con una introducción geológica, desde la Prehistoria a la Edad Media. En esta obra se aprecia la labor erudita de un autor al que nada de lo humano le fue ajeno y que tiene una concepción de la Historia que nos hace conscientes de cómo el pasado contribuye decisivamente a articular el presente e influir en el futuro:

Vuelvo a deciros, que nosotros no somos nosotros, sino una serie interminable de abuelos, de jornadas de vida; de extensas genealogías, de las que traemos cuerpo y psiquis; y esas caras tan bellas y nuestras picardías; y esos ojos de fuego y nuestros egoísmos; y esos cuerpos cual *blimas* y ese candor y todos nuestros afanes e ilusiones, palabras y pensamientos, todo, todo es heredado y en usufructo, y nada es nuestro (GÓMEZ: 1920, p. 8).

Pese a los errores que en ocasiones el exceso de amor exaltado a su Cangas le hizo cometer, esta obra es el mayor, e inacabado, intento de compilación de la Historia del concejo que tenemos hasta la fecha —en la actualidad continuado desde la página web de la sociedad Tous pa Tous, refundada en 2008,— y así como contiene errores y apreciaciones hoy superadas, está también repleta de detalles exactos de los que podemos seguir aprendiendo. Termina el segundo volumen en la Edad Media, pero la intención del autor era proporcionar, al menos, dos tomos más y seguir hasta las postrimerías del siglo:

Veréis la carretera y veréis llegar entonces las últimas recuas de los del Puerto y los primeros carrmatos; la villa se adornará con un hermoso edificio para escuelas; nuevas vías van a surcar el concejo; se abrirán los primeros comercios, se hará un teatro. En veinte años progresará Cangas más que en los veinte siglos anteriores (GÓMEZ: 1920, p. 24).

Pero una frenética actividad profesional le impide avanzar en esta obra al ritmo que desea. Tras la muerte de su madre busca un destino que le proporcione la mayor distracción posible, es decir, la mayor carga de trabajo:

Y tuve la suerte de que me encomendasen la dirección del buque hospital *Alicante*; estuve a bordo nueve meses, y en él traje desde los puertos de Marruecos a los de España las dolientes víctimas de una catástrofe nacional y de una reacción a ella, que empapó otra vez de sangre heroica la patria enseña. Trece mil heridos o enfermos transporté a la Península (GÓMEZ: 1925, p. 8)

Otra razón que influye en la tardía salida del segundo volumen es la escasez de ventas del primero:

Habéis de saber que la edición de mis anteriores conferencias me costó mil pesetas, mondas y lirondas, y de ella, entre la villa y el concejo, me



Mario Gómez, derecha, con su padre, hermano y sobrinos, h. 1918.

comprasteis ¡once ejemplares!, lo que fue un negocio redondo. Con tal éxito, y como no se me peta el arruinarme de una vez, comprenderéis que os dé la relación en cortas dosis, y así iré librando mi siempre flaca ochavera (GÓMEZ: 1925, p. 9).

En 1925 funda el *Tous pa Tous. Sociedad Canguesa de Amantes del País* y al año siguiente la revista *La Maniega*, a través de la cual se expresarán las inquietudes de esta asociación y se abordará la complejidad del concejo. En el primer número, de marzo de 1926, se explica cuáles serán las funciones de la asociación y de su boletín:

En los tiempos actuales se impone la ayuda mutua. Hoy solo progresan los pueblos o regiones cuyos vecinos saben asociarse. [...] Hay un motivo especial que nos invita a esa unión y el que por sí solo abona el éxito, y es el gran número de emigrantes que da nuestro concejo. [...]

¡Qué hubiera sido, qué sería hoy de nuestro país si no fuese por ese amor, por el filial socorro de los ausentes!

Pero ese socorro es muy privado. Falta uno de cooperación que alcance a todos y a todo. Falta una asociación de cangueses que, comprendiendo a los emigrantes y a los de asiento, mantenga una íntima relación entre unos y otros, que recoja los entusiasmos de todos y que atienda a las necesidades del concejo allí adonde no pueden llegar los públicos poderes. [...]

Pues esa asociación la iniciamos, y a ella os invitamos hoy mil cangueses de buena voluntad. Llamámosla El Tous pa Tous, significando ya, con ese nombre, en el falar de Cangas, el fraternal paisaje que envuelve. [...]

[El Tous pa Tous] repartirá un boletín periódico, *La Maniega*, con el nombre, profesión, domicilio y pueblo de origen de todos los socios, y así todos podremos estar al habla; *La Maniega* será para muchos un ventajoso anuncio que aumentará su clientela; para otros una guía con la que encontrar servicios de confianza; para todos un medio de relación, de consuelo o de consejo. [...]

El Tous pa Tous es ajeno a la política, y en él caben los cangueses de todas las ideas y jamás hará selección ni dará preferencias, atendiendo a la opinión o al partido de aquel a quien socorre. El Tous pa Tous sigue la ley de Cristo y hasta a las cárceles puede llegar su mano protectora.

El Tous pa Tous tiene una casa matriz o directiva, llamada El Payar, de asiento en la villa, y se divide en secciones o Facinas (Facina de la Villa, del Contorno, del Couto, de Rengos, del Luiña, del Cibeá, de Sierra, de Besullo, de Provincias, de Madrid, de Méjico, de Cuba, de la Argentina). Las Facinas se dividen en Cuelmos (distritos de Madrid y parroquias del concejo), y cada Facina nombra un vocal para El Payar o Directiva.

La Maniega fue la última gran obra de nuestro insigne personaje. En ella, Mario Gómez lo fue casi todo: fundador, director, corresponsal y articulista. La revista morirá con él en 1932. Allí publicará las populares escenas recogidas en la sección titulada «Chipi-chape», firmadas con el seudónimo de *El Cuntapeiro*, y también publicará la

serie «Rumbos», en la que relata los viajes emprendidos por el concejo y donde muestra su interés por el entorno paisajístico y humano. La prosa fluida, el estilo sencillo, la unidad temática y los lugares por los que pasa entre 1928 y 1932 —el tiempo que dura esta serie, interrumpida repentinamente por la muerte— le proporcionan a estas crónicas viajeras el suficiente interés para reunir las por primera vez en un libro.

RUMBOS

Hay quien afirma que los fundamentos de toda buena literatura están en el viaje: un viaje cantó Homero en *La odisea*, y desde entonces lo mismo han hecho cientos de autores más. El lector que se acerque a estos *Rumbos* esperando un viaje épico, en el que acecha el peligro, cantan las sirenas, se enardecen los cíclopes, se enamora Calipso y se enfurece el mar, saldrá de estas páginas muy defraudado. Es un viaje de radio corto, en el que no hay mar aunque sí los efectos no deseados de la niebla y la llovizna; es un viaje en voz baja, quizá más parecido al que el escritor y guionista James Agee y el fotógrafo Walker Evans emprendieron por las tierras de Alabama en el verano de 1936 conviviendo con tres familias de aparceros cuando el mundo era todavía víctima de la Gran Depresión, es decir, un poco después de que Mario Gómez saliera a recorrer y contar los caminos cangueses. El libro que fraguaron Agee y Evans es un clásico de la literatura y del buen periodismo y lleva uno de los títulos más irónicos, potentes y hermosos que se hayan puesto nunca: *Elogiemos ahora a hombres famosos*. James Agee murió en 1955 y según dejó escrito su compañero de viaje era un tipo que «huía de las oficinas editoriales de las revistas neoyorquinas, de las veladas sociointelectuales de Greenwich Village y, en especial, de todo el mundo cultural arrogante, bien educado y adinerado, ya fuese autoritario o libertario» (BackList, Barcelona, 2008, p. 9). Por supuesto, James Agee y Mario Gómez no son comparables por muchas razones, entre ellas porque frente al carácter

huraño y ensimismado del periodista y guionista estadounidense, el erudito cangués era alegre y expansivo y le encantaba estar rodeado de gente, ser el alma de la fiesta y organizar iniciativas sin parar, quizá para evitar estar solo. Pero ambos escribieron en los años treinta del siglo xx y ambos tenían una cosa en común: compartían su interés por ver cómo vivían los desfavorecidos, los que conforman las capas más bajas de la sociedad. Agee convivió con aquellos arrendatarios de Alabama y nos transmitió cómo dormían, cómo comían, a qué hora se levantaban, qué vestían, qué calzaban, cómo eran sus casas, cuántos hijos tenían, cuáles eran los ciclos del algodón y del resto de las cosechas y la importancia que podía haber en un porche, en unas tablas de pino, unas gallinas, un saco de harina... Algo que, de haberlo conocido, seguro que hubiera interesado mucho a Mario Gómez, al que también solían acompañar los fotógrafos Modesto Morodo, profesional, o José Bueno Cosmen, aficionado, para tomar las imágenes cuando no las hacía el propio autor.

Hay muchos tipos de viaje, y el que en estas páginas se nos cuenta es un viaje alrededor de casa, por el concejo de Cangas del Narcea: comienza en el Partido de Sierra en el verano de 1928, con el general Miguel Primo de Rivera en el poder, y termina adentrándose en el Río Luiña en enero de 1932, con la Segunda República en pleno Bienio Reformista (1931-1933) y con Manuel Azaña como presidente del Gobierno. Esta última salida se realiza después de una convalecencia del autor. Son viajes que transmiten una agradable impresión de improvisación que ayuda a proporcionarles una inimitable frescura: empieza, por ejemplo, facilitando en la primera crónica los datos demográficos de todos los pueblos por los que pasa, pero en seguida se da cuenta de que esto puede aburrir al lector y para la segunda entrega decide suprimirlos e informa de que enviará aparte a la revista esos datos. Y ya sabemos por sus libros profesionales lo importantes que le parecían los datos. No evita nunca, porque lo cree de interés y porque su vena de erudito le lleva a ello, unas peculiares



Mario Gómez (derecha), en sus rumbos por el concejo de Cangas del Narcea, en compañía de José Bueno Cosmen, fotógrafo aficionado.

aclaraciones etimológicas de los nombres de pueblos y lugares, que tuvieron mucha importancia para los lectores de su tiempo y que siguen teniéndola para nosotros.

Este viaje, además, tiene un fin práctico: se trata de conseguir

socios para el Tous pa Tous y suscriptores para *La Maniega* en el concejo de Cangas del Narcea, donde había muy pocos asociados, pues la gran mayoría de los miembros de esta sociedad eran vecinos de la villa y emigrantes en Madrid y América. Lo cuenta el mismo Mario Gómez en la primera crónica, que es el presidente de la asociación, José Uría Flórez-Valdés, el que le pide que haga esa campaña de captación de socios y ese viaje:

Hay que ir a Sierra, Mario; hay que ir a Sierra, y tienes que recorrer después todo el concejo. Debes tomar notas en todos los pueblos; sacar fotografías de todos los paisajes; ponerte al habla con todos los aldeanos y hacer con todos una intensa labor de propaganda en pro del Tous pa Tous.

Cabe detenerse en primer lugar en el título de la serie: «Rumbos», un título que se ajusta al autor como un guante de cuero. La palabra rumbo tiene dos acepciones fundamentales: por un lado, se trata de la «dirección considerada o trazada en el plano del horizonte, y principalmente cualquiera de las comprendidas en la rosa náutica»; y por otro, coloquialmente se utiliza para señalar que algo puede ser pomposo, ostentoso o costoso. La primera acepción cuadra mejor con esos viajes que tenían un rumbo y que aunque no es descartable que a algunos campesinos de los pueblos que visitaba les diera la impresión de hacerlo con cierta pompa —sobremanera cuando lo hacía en coche—, lo cierto es que el propio autor recoge testimonios que pueden servirnos para pensar lo contrario. Y vamos a poner un ejemplo: al llegar al pueblo de Monasterio del Couto se detiene en casa de Roque, y allí, cuando procedente de un pueblo vecino arriba el muirazo, el heredero de la casa, le hace saber que «había apostado cinco duros a que no, cuando allí le habían dicho que yo era el director de *La Maniega*. «¡Qué va a ser, hombre, qué va a ser! ¡A pie, de alpargatas y cubierto de barro! ¡Ese es un pelagatos, que tomó el nombre!».

Rumboso era Mario Gómez y estos *Rumbos* son un testamento literario que nos ha dejado a los cangueses. Son catorce artículos,

que se dividen en cuatro series que se fueron publicando en la revista *La Maniega*: la primera serie la constituyen tres artículos titulados «Rumbos de Sierra»; entreverado en esta primera está un «Rumbo a la Corte», que relata un viaje a Madrid; la segunda serie son dos «Rumbos del Couto»; seis «Rumbos de Rengos» la tercera; y, por último, la cuarta son dos «Rumbos del Luiña».

Encontrará el lector que en estos viajes faltan algunas zonas del concejo, como las parroquias de Besullo / Bisuyu, Las Montañas o Leitariegos; y que por otras se pasa muy por encima, sin prestarles atención, como es el caso, por ejemplo, de los pueblos que están próximos a la villa de Cangas. Esto es debido a que estamos ante una obra inacabada y que su autor pensaba seguir completando estas salidas —y así lo hace saber en algunas de estas páginas— hasta terminar su periplo por todo el concejo, pero en esos planes se interpuso la desdentada.

En estos viajes, su mentalidad de higienista le lleva a hacer un elogio abierto de los pueblos que tienen las casas encaladas y a censurar aquellos que no las tienen, así, mientras asciende por el Partido de Sierra, nos dice: «Y no nombro a muchos de ellos, que, más que pueblos, parecen toperas, aduares o cabilas del Rif. Y es más dolorosa esta incuria, cuando hace dos años se estableció una calera en el alto de los Cadavales, pudiendo traerse la cal hasta Llamas, en llano».

El «Rumbo a la Corte» sirve como intermedio en el que cambia el paisaje: «¡Cualquiera conoce ahora al Madrid de mis tiempos de estudiante! ¡Aquellos tranvías de mulas; aquella parsimonia de la gente; aquel alumbrado de gas y escaso! Hoy todos corren, y sobre todo, los miles de automóviles, todos desmandados y *turriones*».

Seguramente la insistencia de Mario Gómez en manifestar que la asociación Tous pa Tous y la revista *La Maniega* estaban al margen de la política ya entrañaba una opción política, porque nada de lo que hacemos es ajeno a nuestro posicionamiento ideológico en el mundo. Algo parecido debieron pensar algunos de sus contemporáneos, y de

ahí las tensiones que llegan a entrecruzarse en ciertos momentos y que cuenta el propio autor en estos *Rumbos*, pero de lo que no cabe duda es de la voluntad de juntar a todos y mediar entre todos de quien era querido por todos:

Aquellas injustificadas alarmas dieron motivo para que una vez más se explicase la marcha de nuestra asociación, no solo en nuestras relaciones con el Municipio, sino en todo lo que haga referencia a la política. Y si se avecinan nuevas luchas; si otra vez se ha de levantar airado medio concejo contra otro medio; si despiertan aquellas pasiones partidistas, cada socio conservará su libertad de acción y de opinión, y seguramente los habrá fogosos electoreros, pero, ninguno, ni candidato alguno podrá contar con *La Maniega* para su propaganda.

En su viaje el autor habla con la gente de los pueblos por los que pasa, para en casas de amigos, describe el paisaje, insiste en la importancia de los árboles frutales, ensalza la construcción de fuentes o la necesidad de la buena convivencia entre vecinos, analiza el estado de los pueblos y pone énfasis en las escuelas, en el analfabetismo y, sobre todo, en la necesidad de realizar comedores escolares para hacer posible que los niños de los pueblos sean alfabetizados como es debido; conjuga el *carpe diem* de las fiestas: «Son todos estos pueblos muy *festexeros*, y hacen bien, pues los días de fiesta son lo único en limpio que aquí se saca de la vida y esos son los que dan alientos para el trabajo; por eso yo cito las romerías de los pueblos»; y todo lo hace con su manera de ser y su forma de entender la vida, el periodismo y la didáctica, algo que resume en pocas palabras: «Si yo hablo en broma siempre, es para que se me lea con agrado, y así, con agrado, se aprenda». Y, por supuesto, en estas páginas hay diversión, se come y se alza el porrón de vino.

No faltan en ellas, aunque debido a la máxima deontológica de la publicación son muy escasas, algunas referencias a la situación política del momento; así, en el artículo de junio de 1930, tras la salida de

Primo de Rivera del gobierno en enero de ese mismo año, estando comiendo en el pueblo de La Regla, comenta: «¡Y caramba con los curas, todos, todos, lo bien que se encontraban con la Dictadura y el miedo que le tienen a estos desfuegos de la gente liberal y moza! Y menos mal que Nino, Benito y yo nos achantamos como zorros para no enseñar la oreja, no fuesen a quitarnos la copa y el buen habano»; y ya con la Segunda República en marcha, escribe en octubre de 1931: «Entre los muchos y grandes aciertos que ya cuenta la naciente República Española puede apuntarse el haber puesto manos en este asunto [*el de los comedores escolares*]. Una disposición reciente del ministro de Instrucción Pública dice que los Consejos Escolares y los Ayuntamientos habrán de considerar como deber principal fundar y organizar las cantinas escolares». Hombre de una mentalidad liberal y progresista, se mostraba, sin embargo, partidario del entendimiento entre la fe religiosa y la ciencia: «Yo veo con dolor que ahora en estos pueblos lo que va hacia la escuela se aleja de la parroquial, y que toman los alumnos, al salir, un camino divergente al de esta. Y no debiera ser así».

La faceta erudita de Mario Gómez aflora en estos *Rumbos* en las explicaciones de las etimologías de nombres de lugares y en el empleo de algunos datos histórico. En las primeras cita a casi una treintena de autores con el fin de aclarar el significado de los nombres de los pueblos por los que pasa. No puede decirse que haga un análisis crítico riguroso de la abundante información que maneja, y menciona autores de los siglos XVIII al XX, buscando a menudo el significado que a él le parece más sugerente. Algunos de los gramáticos, lingüistas o publicistas más nombrados son Louis Philippon (1734-1818), Lorenzo de Alemany (1779-1855), Francisco Piferrer (1813-1883), Leopoldo Eguilaz (1829-1906), Rufino Lanchetas (1842-1915), Celso García de la Riega (1844-1914), Federico Hanssen (1857-1919), Meyer (1861-1936), Eduardo Hernández Pacheco (1872-1965), Apolinar de Rato Hevia (1830-1894), José P. Ferrería Fernández (1874-1915), Albert Carnoy (1878-1961) y Ramón Menéndez

Pidal (1869-1968); utiliza con frecuencia a autores vascos: Pedro de Astarloa (1752-1806) y Resurrección M.^a de Azkue (1864-1951), y gallegos: Manuel Murguía (1833-1923) y Vicente Risco (1884-1963). En cuanto a la información histórica y etnográfica, vuelve a darse esta falta de crítica, pues se emplean autores muy dispares en el tiempo y en el rigor científico: Gil González Dávila (1570-1658), Eugenio de Salazar (1530-1602), Joaquín Costa (1846-1911) y el «festivo teósofo» Mario Roso de Luna (1872-1931), así como a algunos de los asturianos más destacados en estas cuestiones: el padre Luis Alfonso de Carballo (1571-1635), José Trelles Villademoros (1685-1765), Gaspar de Jovellanos (1744-1811), Francisco Martínez Marina (1754-1833), Ciriaco Miguel Vigil (1819-1903) y Félix Aramburu (1848-1913). Es muy singular e interesante el uso que Mario Gómez hace de correspondencias de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX para ofrecer información de esa época, en concreto de cartas escritas desde Cangas por José Fernández Flórez, regidor perpetuo de la villa y concejo de Cangas, y Antonio González Reguerín, administrador de Correos, a Lope Benito de Ron, también regidor perpetuo de la villa de Cangas y de las de Tineo y Ponferrada, cuando este se ausentaba de la villa, en las que aquellos le contaban noticias de la vida canguesa.

No es difícil que entre estas páginas cualquier cangués pueda encontrar algún vestigio relacionado con su propio pasado o el de su familia. En el caso de quienes esto escriben aparecen citados abuelos: el confitero Joaquín López Manso, establecido en la villa y socio del Tous pa Tous; bisabuelos, Saturno Martínez, de La Venta / Ventanueva, según Mario Gómez, «un verdadero genio comercial y de pasmosa actividad, que rige un surtido comercio y una fonda a la altura de las de una capital», e historias familiares, como una que tiene que ver con la casa Alfonso, de Morzó / Morzou, de donde llegó a Moncáu ese apellido Alfonso, precisamente, a la casa que todavía lleva el nombre de Morzou, de donde saldría Segundo Alfonso —bisabuelo

de Alfonso López Alfonso— a casar a otra casa del pueblo: la casa Simón. Y no deja de tener gracia que ambas casas, la de Alfonso en Morzou y la de Simón en Moncou, tengan detrás una historia protagonizada por uno de sus miembros en un viaje a Madrid. En el caso de la de Morzou la cuenta Mario Gómez en estos *Rumbos* y se trata de la historia de un insolente mozo que se va al Madrid de Fernando VII a pedirles a sus tíos, coroneles en el Palacio Real, un trabajo. No consigue arrancarles el trabajo a sus tíos, pero sí un caballo al propio monarca, con el que se vuelve al pueblo. Muy distinta es la historia de Perico Simón, de Moncou, un pobre diablo que viaja a Madrid, donde está sirviendo su mujer, quien se avergüenza de él y cuando llega lo mantiene encerrado una semana en un sótano diciéndole que todavía no había amanecido, de tal manera que, cuando por fin le deja salir, vuelve apresurado al pueblo diciendo que en Madrid las noches duran una semana.

Otro encuentro con nuestro pasado familiar se produce en casa La Pena, de Tremáu del Coutu, una de las muchas en las que el autor se detiene en su viaje por el concejo. De esta casa salió, más o menos por el tiempo en que Mario Gómez estuvo allí, Rogelia Rodríguez para ir a casar a Moncou con Valeriano Alfonso. Así cuenta Mario Gómez el breve encuentro con la gente de esta casa:

Ahora vemos el pueblo de Tremado, mimado por el río, frondoso y fértil, y con su capillita, en la que festeja a Santa Marina. Al pasar, salen de la rica casa de D. Vicente Rodríguez de la Peña a ofrecerme un caballo, y tan amables me instan, que acepto, aunque no voy cansado, y otra vez me veo hecho todo un caballero.

JUACO LÓPEZ ÁLVAREZ
ALFONSO LÓPEZ ALFONSO

NOTA A ESTA EDICIÓN

Para esta edición de *Rumbos*, de Mario Gómez, se ha regularizado la ortografía de acuerdo con las normas actuales y se han tratado de corregir las erratas evidentes conservando las peculiaridades léxicas y estilísticas del autor. Entre las primeras, tiende con frecuencia a entreverar palabras asturianas en los textos en castellano, lo que se ha distinguido poniéndolas en cursiva y actualizándolas según el diccionario de la Academia de la Llingua Asturiana cuando se trata de variantes fónicas. En cuanto a los nombres de los pueblos, hemos respetado la forma que tiene de nombrarlos el autor y añadido entre corchetes la primera vez que los menciona, el nombre del pueblo según la toponimia tradicional oficial en el concejo de Cangas del Narcea —*BOPA* del 16 de septiembre de 2008—. También se han añadido entre corchetes los apellidos de algunas personas relevantes en el relato y otras mínimas aclaraciones.

En algunos casos se ha modificado la numeración original que las colaboraciones tenían en la revista *La Maniega* para agruparlas por viajes o salidas y numeradas dentro de estos, algo que el propio Mario Gómez hizo a partir de un determinado momento —los «Rumbos de Rengos»—, pero que no había hecho después de la primera serie con los «Rumbos del Couto», de manera que seguían la numeración correlativa a la primera serie —los «Rumbos de Sierra»—, poniéndole al primer «Rumbos del Couto» el número IV y al segundo el número V. Nosotros lo hemos vuelto a numerar como I, que es el lugar que le corresponde dentro de su serie, y al siguiente como II. Son cuatro series numeradas de manera independiente cada una de ellas.

RUMBOS

Viaje por Cangas del Narcea

1928-1932

RUMBOS DE SIERRA

I

—Hay que ir a Sierra, Mario; hay que ir a Sierra, y tienes que recorrer después todo el concejo. Debes tomar notas en todos los pueblos; sacar fotografías de todos los paisajes; ponerte al habla con todos los aldeanos y hacer con todos una intensa labor de propaganda en pro del Tous pa Tous. Es un dolor que estando ya suscrita toda la villa, y cuando todos los emigrantes van acudiendo a nuestra asociación, se mantengan estas aldeas tan reacias, precisamente las que han de recibir de aquélla los mayores y más inmediatos beneficios. Ve ahora a Sierra, Mario; ve a Robledo de Tainás [Robléu de Teinás], adonde estás invitado y donde has de ser bien recibido.

Esto me decía nuestro presidente [*José Uría Flórez-Valdés*], al que hizo la boca un fraile, y el que siempre me está remoliendo con estas *comenencias*. «¡Vete tú, hombre, y no me amuelas! —le replicaba yo—. ¡Mira que a Robledo de Tainás!».

—Yo no puedo; voy para viejo; estoy muy delicado; vivo a régimen, y, además, me pican mucho las pulgas. Y otra cosa: yo soy el presidente y a mí me toca mandar y a ti te toca obedecer. Con que, ¡hala, *pa* Tainás, y punto en boca!

Y como Pepín ha de salir siempre con la suya, aunque también yo voy para viejo y también yo siento las pulgas, hube de resignarme, y ¡hala, *pa* Tainás!

Conseguí que Modesto Morodo me acompañase en calidad de amigo y maestro fotógrafo; alquilé dos caballos (ya verán la cuenta en el Payar), llenamos las alforjas, por si acaso (esto no irá en la cuenta), y a las tres de la tarde [*del 12 de junio de 1928*], víspera de San Antonio, ¡hale, *pa* Tainás!

Al montar en el corral, se rompe una correa de mi estribo. ¿Y ahora? *Pacho el Guardia* me da una gran cuerda de azote y voy tan guapamente. ¡Oh! Mis elegancias hípicas, ¿dónde se fueron?

El primer pitillo, en Curriellos [Curriel.los], a 720 metros sobre el nivel del mar. No tomo nota alguna, pues pertenece a la parroquia de Cangas y he de hacerlo al hablar de ésta. Sube que sube, que sube, y con un sol que nos abrasa las espaldas, llegamos frente a Rocabo [Rucabu], que está a 800 metros de altura, y que se agarra entumecido, desnudo de arboleda, a una ladera que mira al mediodía. Tiene dos casas revocadas; son cuatro los vecinos y veinticinco los habitantes, de ellos, once niños menores de quince años y cuatro sexagenarios, éstos los más longevos. Aquí nació un muy respetable amigo mío: el acaudalado señor D. Dionisio Peláez, benefactor del pueblo, como lo sigue siendo su hijo D. José, decano en Madrid de los agentes de Bolsa.

Rocabo tiene una capilla dedicada a San Antonio Abad, y es nombrada su romería de *Santantón de Xineiru*. Muy sombrío debe de ser el arroyo que el pueblo ve a sus pies, pues canta un refrán muy conocido que: «*Por Santantón de Xineiru entra el sol en tou regueiru, menos en el de Rucabu, que nun entra en tou el añu*».

Topamos con un pastorcillo y le pregunto a qué escuela van los niños de aquel pueblo, y él me contesta: «*Enguanu fumos a la de Rubléu, peru agora a denguna, porque facemos falta*». Premio con unos caramelos su ingenuidad y seguimos la cuesta. ¿De dónde traerá el nombre una roza de encima de Rocabo, llamada la Granxa del Doctor?

En Vegalapedra [Veigalapedra], que está a una altura de 1 285 metros, hacemos un descanso; cerca está Villanueva [Vil.lanueva], y Villagimada [Brixemada] más abajo, que son de la parroquia de San Cristóbal; ya hablaremos de ellos cuando vengamos a las romerías de Santa Bárbara o a la de San Cosme, santos a los que tienen dedicadas sus respectivas ermitas.

Bajando una cuesta suave, llegamos a Medeo [Medéu], nombre que tal vez proceda de la voz eusquera *mendi* (monte), o del latín

métula (pequeña pirámide), que dio la palabra *meda* (montón de mieses). Fue con Bornazal y Linares [L.linares] preciado coto del Monasterio de Corias, y tiene muy hermosa pradería. Son en él tan solo dos vecinos; dieciocho los habitantes; tres de ellos, sexagenarios, y doce niños. Pregunto a una mujer a qué escuela van estos, y me dice que a ninguna; que en el pasado invierno «*truxenun un rapaz de las Babias [norte de León]*». Falta les ha hecho, pues de dieciocho habitantes, son doce los analfabetos.

Cuesta abajo y cuesta arriba, nos encontramos en el pueblo de Castro [Castru Sierra], asiento indudable de algún campamento romano, pues es de admirable posición estratégica. Debe de ser pobre, pues no tiene ni una sola casa revocada; una mujer me dice que «cuando allí hay que comer, es que hay a *fartar* en todos los otros pueblos». Está a 1 150 metros de altura; los vecinos son diez, y cincuenta y nueve los habitantes, de ellos diecisiete niños y dos septuagenarios. ¡Y qué dolor, qué dolor, al saber que los analfabetos son allí treinta y siete! Castro tiene una capilla dedicada a San Bartolomé y celebra su fiesta el 24 de agosto.

¡Qué caminos estamos siguiendo ahora! Son unos resbaladizos escalones trazados en un duro *ferrial*. A pie los voy sorteando, y hasta mi caballo se queda perplejo, a veces, ante las dificultades y peligros. ¡Qué lástima no hubiese venido el presidente del Tous pa Tous! No para que se estrellase en estos andurriales, sino para oírle clamar contra los aldeanos, que durante siglos no han sabido reunirse en *estaferia* para arreglar sus caminos, o contra las corporaciones municipales o gobiernos habidos, que jamás han puesto mano en estas intransitables vías.

¡Y ésta es la vecinal! ¡Qué diremos de las veredas y senderos por los que estos vecinos suben a hombros las mieses y la yerba, y las patatas, echando los *bréfetes* con tan agobiadas cargas y tan *pinas* pendientes! ¡Cómo ha de haber en estos pueblos octogenarios o nonagenarios, si esos pesos y esas cuestas acaban con los bronquios y el corazón de estas gentes!

Al bajar a Santianes, un vecino me muestra el sitio donde un día vio mi hermano cómo resbalaba su caballo sobre una helada *chumacera* del camino, rodando luego por un precipicio hasta estrellarse en el barranco.

Frente a Castro, orientado a poniente, florón central de un frondoso tapiz, está el pueblo de Saucedo [Soucéu], nombre que procede del latino *salicetum*. Es decir, que de *sali* (sauce) y el sufijo *etum* (lugar o sitio), formáronse *salicetum* y *saucedo* (lugar de sauces, de *salgueiros*). Pertenece a la parroquia de Maganes; tiene solo una casa revocada, y una capilla dedicada al Santo *Eccehomo*; son tres vecinos, y veinticinco los habitantes; de ellos, nueve niños y tres septuagenarios; los analfabetos son dieciocho.

Y ya que a la parroquia de Maganes hemos mentado, y por si ha de retrasarse mucho nuestro viaje por aquellos pueblos, diré que aquella tiene, además de Saucedo, los de Ordiales, Luarnes [L.lugar-nes] y Valliciello [Val.liciel.lu]. Hay en el concejo infinidad de fincas con los nombres de Ordial, Ordaliegos, Ordiero, Ordalinas, etc., y a todos ellos, como a Ordiales, debemos buscarle el significado en el latino *ordeum* (cebada o centeno). Ordiales tiene cuatro vecinos, y son treinta y siete los habitantes, contando once niños y dos sexagenarios; son allí los analfabetos veintidós. La ermita está dedicada a San José.

Luarnes tiene ocho vecinos; son cincuenta y siete sus habitantes; de ellos, veinticinco niños, dos sexagenarios y cuarenta y seis analfabetos. Valliciello, ocho vecinos; setenta y ocho habitantes, dos sexagenarios, cinco septuagenarios y dos octogenarios. Mucho me creo que este pueblo ha de figurar en escala preeminente cuando hablemos de las longevidades en el concejo. En el padrón municipal figura con cuarenta y seis analfabetos.

Prosiguiendo ahora la caminata, nos encontramos en Santianes de Porley, donde están la parroquia y la antigua casa de Merás³. Es un paraje oscuro; umbría misteriosa entre follajes, hundida en un

³ Esta «antigua casa» ha desaparecido completamente.

barranco, por el que serpentea, oculto, un arroyo parlanchín. En otros tiempos, habitaban allí los señores de Merás, y aún somos muchos los cangueses que hemos conocido a las respetables señoras doña Segunda, doña Rufina y doña Manolita, nacidas en aquella casa. Hace un siglo que figuraban en la corte de Fernando VII dos coroneles nacidos en Santianes, y muy significados en la primera guerra carlista. Cuando uno de aquellos, en 1805, vino a Cangas, siendo paje del Rey, fue muy agasajado. «Hoy está aquí el hijo de Merás —decíale en una carta Reguerín a D. Lope de Ron—. Don Benito le dio gran cena y baile; Miramontes, comida, y hoy la da D. Antonio Uría⁴».

Santianes, a 600 metros de altura, solo tiene dos vecinos; son dieciséis los habitantes, siete los niños, un sexagenario y once los analfabetos. Con decir que la parroquia está dedicada a San Juan, huelga toda consideración etimológica, pues Santianes debe proceder de *Santi Yoanes*, no de *Santi Julianis*, cual se dice de Santullano, Sandillanes y Santillanes. La antigua casa pertenece hoy a doña Carlota Merás, viuda de D. Nicolás de Ron, y uno de los productos más sanos que saca de aquella hacienda son las avellanas, de las que cosecha cuarenta heminas [768 litros] anuales. Y es de notar, como prueba palmaria de la incuria y abandono de nuestros aldeanos, que allí donde acaban los linderos de la casa de Merás terminan aquellas plantaciones, y ya no se ve apenas un avellano en toda la parroquia, siendo igualmente propicia a tal riqueza.

Hablando de esto luego con el señor cura de Robledo, díjome que, atento él a lo próspero que habría de ser para sus feligreses tal cultivo, había plantado, como muestra, unos cuantos avellanos en su huerto; estos están ahora frondosos y cargados de fruto; yo los vi, y vi

⁴ El «paje del Rey» puede ser Luis Merás, que figura en el padrón de hidalgos de Cangas de 1815 como «ayuda de cámara de S.M.». La carta la escribe Antonio González Reguerín, administrador de Correos en Cangas, a Lope Benito de Ron, y menciona a José María Merás Alfonso, dueño de la casa de Santianes de Porley; Benito Fernández Saltaren; José Alfonso Argüelles, dueño de la casa de Miramontes, y Antonio Uría Queipo, dueño de la casa de Uría de Santulaya.

cómo el paternal señor ve con paciencia que a buscarlo *agatuñan* los chicos, aunque se indigna de que su noble propaganda salga baldía.

La subida a Porley [Porl.léi], que está a 750 metros sobre el nivel del mar, es *pina, pina*, y son de oír los resoplidos de mi caballo. El de Modesto, en cambio, sube como un *reguilete*, y es natural, no llevando más que cuatro huesos encima. A la entrada del pueblo nos espera Capina; hay taberna y buen vino, y echamos un tentempié. Pasa ya de las ocho.

Porley es un buen pueblo, con una flamante escuela, de la que están muy orgullosos los vecinos, y la que han de terminar en el próximo septiembre. Si a estas fechas fuesen socios del Tous pa Tous todos los vecinos del concejo, ahora podría el Payar echar una mano a los vecinos de Porley para terminar su obra; después ayudaría a los de Ridera, que están en parecido caso, y así por todos estos pueblos, que están construyendo sus escuelas.

Tiene el pueblo veintiocho vecinos, con ciento ochenta y un habitantes; son cincuenta y cinco los niños; hay seis sexagenarios, seis septuagenarios y un octogenario. ¡Ay! Los analfabetos son ciento cinco. Pregunto a un niño adónde va a la escuela, y me dice que a ninguna. «*Enguanu púsunusla a unus cuantus el mío pay y una rapaza que vienu de Madrid*». Pueblo Porley de grandes bríos, celebra una gran fiesta el 31 de enero, en su capilla dedicada a Santa Eugenia. Son algunas las casas revocadas. En los padrones de hidalguía del siglo XVIII figuraban algunos hijosdalgo, entre ellos Francisco Alfonso Marrón y un Juan [Álvarez] de Sierra, que mienta Jovellanos en su viaje a Cangas.

En la donación que el infante D. Fruela hizo a la catedral de Oviedo en 1111 figura este pueblo con el nombre de San Martino de Porlé, pero antes, y según una conjetura que hace Piferrer de otro Porley, debió llamarse Poley, derivado de *polis*, que también dio Pola y Pobla. Jovellanos y otros autores, fijándose en la terminación *ey*, deducen otra etimología griega para Jarceley, Pambley, Ovilley y Porley;

pero Carnoy explica cómo pasó a *ei* el *ui* latino, y Menéndez Pidal nos dice cómo pasó a *ey* el *oi* eusquero.

Capina nos aloja y nos obsequia, espléndido. Modesto va a visitar a un ahijadillo que tiene aquí, y cuando saca los dulces que traía en las alforjas no encuentra más que *faraguyas*, ¡tantas veces se apretaron aquéllas contra los *artos* del camino! Capina nos muestra los destrozos causados ha un año en su *payar*, cuando una mano criminal prendió fuego a sus *facinas*, en las que ardieron veintidós carros, entre centeno y trigo. La noticia me desconcierta muy dolorosamente. ¡Qué mancha, qué borrón, qué contraste con la placidez bucólica de este delicioso anochecer!

Buena cena; agradable tertulia; buena cama, con enorme colchón. Modesto dice que él sí, pero yo no siento las pulgas. Antes de amanecer despierto y me asomo a la ventana, que hemos dejado abierta. Aún velan las estrellas, pero casi apagadas, dormitando y en espera del relevo del sol. No se oye ni una *esquila*; Porley duerme desarropado entre retazos de niebla. Por el horizonte de Tainás [Teinás] clarean arboles de fiesta. Vuelvo a la cama, envidiando la paradisíaca tranquilidad con que duerme Modesto; dormo un rato, y a las ocho de la mañana; ¡hale, *pa* Tainás!

Antes de que bajemos al río Junqueras [Xunqueras], que nace en la ingente sierra del Acebal, debo apuntar que a la parroquia de Santianes pertenecen, además de Medeo, Castro, Santianes y Porley, los de Parada la Nueva, que tiene ocho vecinos, con cincuenta y siete habitantes; de ellos, veintiún niños, dos sexagenarios, seis septuagenarios y un octogenario; los analfabetos son allí treinta y cuatro; el de Rañeces [de Sierra], a media ladera, frente a Robledo de Tainás, y mirando al oriente, que tiene ocho vecinos; sesenta y siete habitantes, treinta niños, tres sexagenarios, dos septuagenarios y cuarenta y dos analfabetos, y el de La Nisal, con catorce vecinos; cien habitantes, treinta y seis de ellos niños, seis sexagenarios, cuatro septuagenarios, dos octogenarios y cincuenta y seis analfabetos.

Esbelta, solitaria, adusta hoy, porque hoy no son para ella los homenajes de los romeros, yérguese, algo apartada del camino, la iglesia de Tainás, y ahora caigo en la cuenta de que hice mal al decir que veníamos a ese pueblo, ya que nuestra visita es a Robledo. Tainás está más alto; tiene diecisiete vecinos, con ciento seis habitantes; cuenta con cinco sexagenarios y cuatro septuagenarios, y son los niños dieciocho. Como vamos de romería, no es hora de lamentaciones o censuras; pero me quedo con las ganas al ver que, siendo allí los niños dieciocho, figura el pueblo con sesenta y tres analfabetos. El nombre de Tainás tal vez proceda de *tannum* (almiar o pila de paja).

Al fin entramos en Robledo, que está a 890 metros de altura sobre el nivel del mar, reclinada en una abrupta ladera, que mira hacia poniente. Son diecinueve los vecinos; ciento veinticinco los habitantes, cuarenta y dos los niños, noventa y cinco los analfabetos; hay tres sexagenarios y un septuagenario. Este pueblo y el de Nando [Nandu] fueron donados al Monasterio de Corias por la hija de Domingo Díaz, en el año de 1112.

En la rectoral nos espera, cariñoso, el insuperable párroco D. Francisco Gutiérrez, y allí saludamos a sus tres distinguidas hermanas y a una sobrinita, que es un dechado de elegancia y belleza. Don Francisco y su familia son naturales de Avilés, y aunque llevan treinta años en la parroquia, muestran la distinción social de aquella villa. Afable, expansivo, culto y atrayente, el párroco de Tainás es el pastor ejemplar y que adora la parroquia. Su largueza puede verse hoy en su mesa, a la que asisten más de cuarenta feligreses.

Llegan el párroco de Linares del Acebo, el muy respetable y erudito D. Recaredo B. Alonso, al que debe muy bellas fotografías *La Maniega*, y llega el párroco de Santianes, muy cangués y de muchas simpatías en Cangas, y el que se significa ahora por su deje, tonillo o acento argentino, adquirido durante su larga permanencia en aquella República. Hablo de nuestro amigo D. Emilio Martínez.

Sale la procesión de San Antonio; oímos una bien cantada misa,

y disfrutamos de un suculento banquete, en el que lucen sus primores culinarios las simpáticas hermanas del señor cura. No he de hablar de aquellas suculencias para que ningún malicioso pueda decir que habla en estas cuartillas un estómago agradecido. Después de comer, al baile, y aunque los huesos de Modesto y mi panza no se animan (el gasto lo hace Capina), pasamos, viendo bailar, una agradable tarde. Son muchas las muchachas hermosas, dominando en ellas el tipo rubio. Se han quitado, para bailar, los pañuelos que traían a la cabeza, pañuelos que son ahora menos llamativos, dominando, entre negro, el oro o el rojo. Es de lamentar que lo aten muchas abajo, lo que les favorece muy poco; atado arriba, y dejando asomar unos ricillos en las sienes, da encanto y atractivo.

Dos viejas se presentaron en la fiesta con dengue y florido pañuelo de lana. Cuando quisimos retratarlas, se negaron, diciéndonos que ellas no se metían en *La Maniega*. Sentí dolor al ver algunos *papus* (bocios), mas no hablo de ellos, dejando el interesante tema para algún médico de Cangas. El baile «*agarrao*» resulta en estos pueblos grotesco y antiestético, y más aquí, acompañado de un acordeón o del sonsonete de una rapaza, del que no entendí más que un raro estribillo: «*Oleroles, oleroles, oleroles*».

Y ahora viene el desastre. Todo hasta aquí fue galano; todo albricias; pero ahora llega el desencanto, el fracaso de esta primera salida en propaganda del Tous pa Tous; ¡Con qué cara me voy a presentar mañana a nuestro presidente!

Habíamos corrido la voz de que yo quería hablar de nuestra asociación, y para oírme acudieron al patio de la rectoral varios romeros. Yo no soy orador, pero con los entusiasmos que yo siento, sé insinuarme, y la prueba es que todos mis oyentes asentían, y eran muchos a decir que yo tenía más razón que un santo; pero ¡ay!, que al pedir yo nombres que apuntar como socios, todos volvieron la cara, y solo cuatro se inscribieron. ¡Qué desencanto! ¿Si será cosa de renunciar a estos viajes y recorridos, concretando el Tous pa Tous a los emigrantes y a la villa?

Después de opípara cena tuvimos animada tertulia, a la que asistieron Evaristo, el Indiano de Valliciello, y Evaristo Martínez, delegado de nuestra asociación en Ridera; el alcalde de barrio de Robledo, Santiago Rodríguez, el cartero, Marcelino Rodríguez y algunos otros. No se habló más que del Tous pa Tous, y el señor cura y aquellos entusiastas trataron de aliviar mi desaliento, proponiéndose continuar ellos la propaganda en aquellas parroquias. También en la tertulia oímos las muy justificadas quejas del cartero, por lo exiguo de su sueldo: quince pesetas al mes, y lo abrumador de su trabajo, pues muchos días tiene que ir a muy lejanos pueblos, cual a Porciles, al que hay cinco kilómetros. ¿A quién podría acudir el Tous pa Tous para que tal mezquindad fuese justamente corregida?

Como la rectoral está amueblada con todo lujo, descansamos muy bien en muy mullidas camas⁵. Sin madrugar mucho, nos despedimos sumamente agradecidos de D. Francisco y su familia, y emprendemos nuestro regreso a Cangas. Como nos ha sobrado la merienda y *La Farruca* sabe freír los huevos con poco aceite, en Vegalapedra nos damos un banquete. A media tarde estamos en casita.

Faltábame un epílogo, y es que si en mis otras excursiones por Sierra he de tomar otros rumbos, debo dejar consignados aquí los datos demográficos de los otros pueblos con que cuenta la parroquia de Tainás. Ya sé que con esto fatigo a la mayor parte de mis lectores, a los que les importa un bledo todo esto; pero *La Maniega* está obligada a ir mostrando a los cangueses lo que es Cangas y cómo es Cangas, y los que somos y cómo son los cangueses. Preciarse de ser cangués, desinteresándose, en cambio, en el conocimiento del país, no tiene gran sentido, y de ahí estos datos y estas notas. A Tainás pertenece el pueblo de Castiello [Castiel.lu], de muy noble abolengo, ya que en él asienta un árbol de los Flórez de Sierra. Son doce los vecinos, ochenta y cinco los habitantes. No acredita gran cosa su cultura, pues contando con veintiocho niños, figura con sesenta y tres analfabetos.

⁵ En la actualidad, esta casa rectoral de Robledo no existe.

Cerezaliz [Zreizalí], con ochenta y cinco habitantes de catorce vecinos, debe ser pueblo sano, porque cuenta con nueve sexagenarios y un septuagenario. Son veinticuatro los niños, a los que no espera gran porvenir si el pueblo sigue en sus incurias, ya que hoy cuenta con cincuenta y seis analfabetos.

Los Llanos [Chanos] no tiene ningún viejo de los cuarenta habitantes (ocho vecinos) con que cuenta. La cifra de su analfabetismo es dolorosa, pues los analfabetos son treinta y cuatro, siendo los niños dieciocho.

Parada la Vieja [Parada la Viecha] debe de estar satisfecha de sus longevidades, pues de sus ciento nueve habitantes (los vecinos son doce), tiene siete sexagenarios, cuatro septuagenarios y un octogenario. En cambio, lo que en sanidad puede lucir, lo desluce en cultura, porque siendo treinta y ocho los niños, los analfabetos son setenta y ocho.

Terminó la excursión. Ahora veremos lo que después de mi fracaso me dice el Payar al presentarle la cuenta. Treinta pesetas (ahí va el recibo) de las cabalgaduras y veintidós de placas, papel y otros avíos fotográficos, y a más, que den las gracias a Modesto por haber ido y por haber trabajado gratis, *et amore*, en beneficio del Tous pa Tous. ¡Habrà que oírlos!

La Maniega, n.º 15, agosto de 1928

RUMBOS DE SIERRA

II

Hoy vamos a la feria y fiestas de Santarbás, y aunque la expedición es para dar un tema a *La Maniega*, hoy no habrá propaganda del Tous pa Tous, pues está visto que a esta no le son propicias las ferias ni las fiestas. Los datos demográficos de los pueblos a nuestro paso, los mando aparte, y así podré explayarme a mi gusto en otras consideraciones.

Voy más acompañado que en mi viaje a Tainás, pues, además de Modesto, vienen mi compadre Manuel Muñiz, muy prestigioso en Sierra y amigo de todos los serranos⁶; José Menéndez Morodo (llamémosle *China*, familiarmente), al que habrá que atar corto, no sea que la propaganda la haga él de unas ideas a las que llaman los cosecheros de Cangas subversivas⁷; Jenaro Flórez, siempre animado e ingenioso y que toca el violín, y Luis Fernández, ameno conversador, educado en el Canadá, que viajó por Francia, Cuba y Norteamérica, posee el inglés y el francés y es también violinista. Creo que con esta escogida compañía la excursión promete ser muy grata. No hay que decir que llevamos repletas las alforjas.

En Antrago [Antráu] nos apeamos del auto de la línea, no sin haber admirado antes el panorama de Tebongo [Tubongu], cuyo nombre acaso proceda de *tabulongo*; pueblo feraz, frondoso, muy bien situado a poniente, de grandes casas revocadas y una pintoresca

⁶ Los padres del comerciante Manuel Muñiz Méndez (Cangas del Narcea, 1885-1946) eran serranos: de Llamas del Mouro el padre y de Tandes la madre, y su hija Milagros era ahijada de Mario Gómez.

⁷ Fundador en 1927, junto al periodista Gumersindo Díaz Morodo *Borí*, de la Sociedad Obrera «Vida Nueva», afecta a la UGT, que fue la primera sociedad de esta clase en Cangas del Narcea.

capilla: la de la Soledad. Tebongo ocupa un distinguido lugar entre los blasonados del concejo. Allí finó una rama de la afamada casa de Llano, tomando el nombre de La Riva, como finó la otra rama en Cangas, tomando el nombre de Yebra. Allí comenzó la casa de [Rodríguez] Arango, a finales del siglo XVIII, y allí nacieron D. Dámaso, D. Antonio y otros hijos de D. Román⁸, que fue quien se trasladó a Cangas mediado el siglo XIX.

En 1798 escribíale así [*José*] Fernández Flórez a D. Lope Benito de Ron:

De lo que me preguntas, sólo puedo decirte que el D. Juan Arango⁹ figura en los padrones de hijosdalgo notorios; que hoy día posee una casa en Tebongo, con posesión labrada y pradería bastante decente y de las mejores de la parroquia... Va a poseer, en muriéndose el viejo, otra en Villajulián. Por lo que respecta a la casa de Pravia, de donde es oriundo el abogado, he oído, antes de ahora, que era gente honrada y que se mantenía con honor.

En 1808, escribía también Fernández Flórez: «El abogado Arango se halla muy malo, y dudo salga bien; fue de resultas de haberlo llevado un cerdo a caballo, estrellándolo después contra una tapia».

Me estoy entreteniendo demasiado en antiguallas, y por eso, y por no estar muy enterado, dejo de hacer relación de otras casas muy significadas de aquel pueblo y de las relaciones o parentesco que tenía allí el gran patricio [*Francisco*] Tames Hevia; sé solamente que de aquel son sobrinos D. Francisco y D. Joaquín Rodríguez Solar. Cosa parecida me ocurre con la antigua casa de Antrago, que dio muchos personajes y jueces primeros nobles del concejo, cual es el muy renombrado Lope de Uría. Mediado el siglo XIX, aún tenía casa

⁸ Román Rodríguez-Arango García-Sanfrechoso (Tebongo, 1817 – Cangas del Narcea, 1902), hijo de Cayetano y nieto de Juan, se trasladó a vivir a la villa, en la calle de La Fuente, en 1847.

⁹ Juan Rodríguez-Arango Inclán, abogado de los Reales Consejos y del Ilustre Colegio de Madrid, vecino de Tebongo y natural del concejo de Pravia.

en Cangas esa familia: era la que compró y reedificó D. Gervasio Magadán, donde hoy está la confitería de [*Joaquín*] López Manso [*en la calle Mayor, 30*]. Era aquella muy antigua, con un destartalado corredor y puerta de arco, y en ella vivían entonces dos señoras, llamadas las de Antrago.

Cuando nos apeamos del auto, trato yo de contarle todas estas cosas a Jenaro; pero él no me atiende, o está más atento a un gran tazón de café en el que se ha migado una *fogaza*. Y voy a contar un chiste de Jenaro.

Con nosotros, en el auto de línea, venía Emilio Colubi, muy provisto de los pertrechos de pesca. «Que pesques mucho —le dije yo, al despedirle—, y, por lo menos, que piquen».

—¡Oh! Para que piquen las truchas —interrumpió Jenaro— sé yo un medio que no falla. No hay más que echarles en el guiso guindilla o pimentón.

Y de buen humor todos, emprendimos la cuesta, muy cuesta, aunque de buen camino, en dirección a Pambley [Pambléi]. Es este un pueblo muy batido por los vientos: a 580 metros sobre el nivel del mar, con una capilla dedicada a la Virgen de los Remedios, en la que hace gran romería el primer domingo de agosto. Hemos de aplaudir con entusiasmo a sus vecinos, pues con los de Jarceley [Xarceléi], llevan casi terminada una hermosa casa-escuela.

Mi desencanto es grande al ver que no quedan señales de aquel gran palacio de los Sierra, de los Sierra Pambley, de los Cangas, de los Puerca. Pachó Iglesias me dice luego que él recuerda cuándo fueron derruidos los muros y las torres almenadas del antiguo palacio, construyéndose entonces la casa que hay ahora, que no tiene de señorial más que la piedra de armas con el primitivo lema: «Esta cerda con su grey, son las armas de Pambley». Lema del que salió el apellido con el que eran nombrados los señores de aquel palacio, hasta que unas damas lo rehusaron, molestadas de que se las llamase «las puercas».

Acaso, entre todos los nacidos en el palacio de Pambley, descolló

el capitán Diego de Cangas, capitán de Carlos V en la guerra de las Comunidades y en las de Italia, que murió retirado en este palacio, gozando de una merced de 25 000 maravedíes. Sus huesos los tenemos en la capilla del Rosario, de Cangas, mandados trasladar allí en 1592 por doña María Arias Osorio. Esta María, llamada también María de Cangas, o Mayor García de Pambley, fue la fundadora de esta capellanía, con dos misas a la semana, a las que asignó las haciendas de Dagüeño [Dagüeño], La Braña [La Braña d'Ordial] y Las Felgueras.

Quiero evocar la figura de aquel otro afamado capitán de Fernando V y la de su hijo Juan, muy esforzado en la conquista de Granada; quiero explicar a mis compañeros de viaje quién era aquel D. Lope de Sierra Osorio, oidor de Méjico, gobernador y capitán general de Nueva Vizcaya y de Guatemala; pero, cuando más entretenido estoy en mis explicaciones, *China* arrea un fuerte ramalazo a mi caballo, que parte a escape, y a poco que si de la sorpresa voy al suelo.

Y ya estamos a la altura y vista de Bruelles [Bruel.les], altura difícil de calcular, porque son dos barriadas, mucho más alta una que otra: pongamos 830 metros. Ofrece bello aspecto, y aspecto de riqueza, con sus dos grandes casas revocadas y enjalbegadas, una de las cuales debe ser la de Llano, de la que he conocido algunos curas y canónigos. Aquí los mentaría, si no tuviese miedo a otro ramalazo de *China*, y callo y continúo a Santarbás.

Ya estamos en la feria, y el primer amigo que encontramos es el simpático Manuel Rodríguez Galán, el amo de Rengos, viajante de Roldán¹⁰ y más listo que Cardona. Dice que viene de fiesta; pero ya hizo siete notas antes de llegar nosotros. Llegar nosotros y llevar él a *China* y a Muñiz a tomar unos platos de guisado, todo fue uno. ¡Y cuidado que sirven bien en los puestos de Santarbás!

El campo de la feria es amplio, hermoso, vestido de corpulentos robles y seculares *fayas*. Desde aquí se domina gran parte del con-

¹⁰ Casa de venta de tejidos al por mayor de Oviedo.

cejo de Tineo y todo Allande, hasta la sierra de los Hospitales y la del Palo; dominase de Cangas, hasta Piedra Dereita, hasta Caniellas [Caniel.as], hasta el Cueto de Arbas, hasta los Acebales. A 890 metros sobre el nivel del mar, parece recibir acatamiento de todos estos valles. Ante tan bello panorama y concurrida feria, me extraño de que este paraje sea muy poco conocido de la gente de la villa. Se ven infinidad de pueblos. En la ladera del naciente Villadestre [Vil.ladestre], que solo enseña una casa revocada, no vemos su capilla dedicada a San Bartolomé. Más abajo, Fontaniella [Fontaniel.la], donde nació, en 1590, Alonso Rodríguez de Sierra, que dotó de alhajas a la iglesia de San Pedro de Coliema [San Pedru Culiema], famoso dominico que murió en olor de santidad. Lejos, y alto, muy alto, se ve Biescas, de cuya etimología podría escribirse un libro, ya para asignarle con Escandón el nombre mitológico de *Thesio Osco* o *Baco Osco*, ya para asimilarlo al significado de Los Oases, llamados antes viescos, o al de Huesca, llamada antes Bivuesca, según Piferrer, y de origen Tartesio, según Costa. Según Meyer, el nombre será latino, de *vicus* o *vicasio*, o con el significado de oscuro, denso, también latino, o el de bosque en un monte, que ese es el de la voz *viesca* en Asturias, según Menéndez Pidal. Cuando trato de acoplar aquí la voz *osca* del túsquero, significando frialdad u ondulación, cosa apropiada a Biescas, salta Jenaro con un chiste y me estropea el asunto, distrayéndome hacia otros pueblos.

Se ve Robledo Biforco [Robléu Biforcu], que parece engalanado, pues enseña cinco casas revocadas, y se ve Becil, que muestra tres. Se ven muchos pueblos del partido de Sierra, que no he de mentar ahora, ya que he de estar en ellos en mis otras excursiones. Además, no quiero incomodarme viniendo de fiesta, y no nombro a muchos de ellos, que, más que pueblos, parecen toperas, aduares o cabilas del Rif. Y es más dolorosa esta incuria, cuando hace dos años se estableció una calera en el alto de los Cadavales, pudiendo traerse la cal hasta Llamas en llano. Sé que algunos revocaron entonces y sé que este

año vuelve a hacerse cal, y digo esto a los serranos en Madrid o en América, por si quieren mandar unas pesetas para asear, para revocar sus casas, para que estas se presenten blancas y limpias a la luz del sol y a la vista de los hombres.

Dícese que la primitiva ermita de Santarbás fue construida y dedicada a San Gervasio y San Protasio después de la batalla de Lutos¹¹. No lo sé, y, por lo menos, de aquella no queda nada en la de hoy, espaciosa, de cañón, con las imágenes de los santos guerreros, uno zurdo, modernas, bien talladas y bien policromadas.

A las doce, sale de la parroquial de San Martín una lucida procesión con una imagen de la Virgen, y a esperarla a la entrada de la feria salen en procesión los dos santos de la ermita. El espectáculo no puede ser más hermoso y pintoresco. ¡Es asombroso el derroche de pólvora que hacen allí los serranos!

Muñiz y Luis prefieren el jamón, y casi se comen uno entre los dos. Jenaro y Modesto se dan a las chuletas, y uno come cinco y otro come seis. *China* se da a las chuletas y al jamón; yo prefiero las tortillas de escabeche, y también lo hago bien. Vecina a nuestra merienda está la del señor Areces¹², digno dueño y señor del suntuoso palacio de Llamas [L.lamas del Mouru]; siempre espléndido y afectuoso, nos obsequia con coñac y riquísimos habanos, y, hospitalario, nos ofrece su casa para pasar la noche. Y digo mal, porque fui yo el que, con desfachatez, y al verle tan atento, le pedí camas, ya que Muñiz sólo había encargado dos y somos seis.

Acude mucho ganado a la feria de Santarbás; muchas vacas de leche, bien criadas y de mucho lucimiento. Hay muchas transacciones, aunque con poco provecho, porque el ganado está en baja. Son muchas las barricas de vino, varios los puestos de comida; infinidad de

¹¹ Batalla contra los musulmanes que algunos historiadores antiguos sitúan en este lugar.

¹² José Ramón Areces Aguirre (1867-1948), natural de Pronga (Pravia) y vecino de la villa de Pravia, comerciante de aguardiente y almacenista de sal.

cestas de rosquillas, de pan, de avellanas, de cerezas; hasta de Grado y de Tineo han venido con puestos de pasteles.

Terminada la feria, baile, o mejor diré, los bailes, pues hay gaita y hay charanga, y hay ciegos violinistas, y hay clarinete y bombo, y hay grupo de danzantes, donde pasan de ciento las parejas. Pero baile *agarrado*, baile torpe, baile soso, baile exótico y antiestético, aquí más que en ninguna parte. Solo a la caída de la tarde se organizó un respingo, en el que una gentil pareja de Bruelles llamó extraordinariamente la atención y causó la envidia de los mozos y las mozas, que no podían lucir tanto donaire, la flexibilidad de cuerpo, la marcialidad que muestra el hombre, la gracia, la elegancia con que la mujer solmena el talle. Para la de Bruelles debió de haberse compuesto esta copla canguesa:

Cuando sales a bailar
con tu gracia y tu salero,
mil filigranas graciosas
vas dibujando en el suelo.

Hacia el carro y barrica donde hacemos el gasto, acércanse unos cuantos niños de estos contornos, que nos entretienen con su charla despierta y avispada. Todos saben leer y algunos saben de cuentas; pero ninguno resuelve un problema de altas matemáticas que les pongo, aunque ofrezco un real al que acierte. Vamos a ver esta cosa *cosiquina*:

En un árbol hay doce pájaros; se acerca un cazador, dispara un tiro y mata siete. A ver quién sabe restar. He aquí un intríngulis. ¿Cuántos quedan en el árbol?

—¡Cinco, cinco!—exclaman todos los *rapazacos*, orgullosos y con gran algarabía.

—Que no es eso ¡Que no sabéis restar!

—¡Cinco, cinco; sí, señor, cinco!

—Pues no queda ninguno —dígoles yo—, porque los que no murieron se escaparon del árbol al oír el tiro.

Ya estoy viendo que algunos lectores de *La Maniega* van a poner este acertijo a sus chiquillos, y para que no sea uno solo, contaré otro de los que puse a los chiquillos de Santarbás:

Una vaca sale de una *corte* cuando otra entra, y las dos se tropiezan en la puerta, morro con morro, testuz contra testuz. ¿Cuál de las dos podrá decir que tiene los cuernos dentro? ¿La que entra o la que sale? Esto es difícil. Hay que estrujar todo el *caletre* para acertarlo.

—¡La que entra, la que entra! —exclamaban unos.

—¡La que sale, la que sale! —decían los otros.

Y yo, después de repetirles la pregunta de «cuál podrá decir que tiene los cuernos dentro», añadido que ninguna, porque las vacas no saben decir nada.

Muñiz y *China* se quedaron a dormir en casa de Guinchus, y durmieron muy mal, porque en el cuarto de al lado hubo baile hasta entrada la mañana. Modesto, los dos violinistas y yo fuimos al palacio de Llamas, donde encontramos sendas y mullidas camas. Apenas amanece, salgo a ver el palacio y a admirar el paisaje, y veo que uno y otro se completan de una manera espléndida y en un ambiente matinal risueño y luminoso. El enorme prado, que cercó con lujo el señor Arces, es una verde alfombra cuajada de los brillantes que le dejó el rocío. El cerrillo de las Chamas viste de oro bañado por el sol; en el secular bosque despiertan, cantando, mil pájaros canoros.

Tal entusiasmo siento, que vuelvo al palacio a despertar a mis amigos para que disfruten también del espectáculo. ¡Pero, yo que tal hice! ¡Por poco me descalabran! Luis se arrebujó furioso y no quiere entenderme ni en español, ni en inglés! «¡Ya te lo decía yo, ya te lo decía yo! —dice Modesto a Jenaro—. Si está loco, está loco! ¡En Porley hizo lo mismo y me estropeó la mañana!»

—¡Si vierais qué bella está la mañana!

—Mañana la veremos.

—¡Si oyeseis el trinar de los pájaros!

—¡El que trina soy yo!

Y tuve que dejar a los marmotas, y salgo otra vez solo recorriendo la mansión señorial, muy comparable a las que son el orgullo de los lores ingleses. Del primitivo castillo, mandado construir por Alfonso el Casto, no queda cosa alguna, pues ni de aquel tiempo es el torreón al que se acopló el palacio. Las reformas principales se hicieron en 1660; las penúltimas las realizó D. Diego Colón en 1864. Ahora, D. José Areces retocó y quitó las arrugas del exterior e interior, y todo está allí modernizado. Por las dos fotografías que de él publicó *La Maniega* pueden los lectores formarse idea de este palacio, el más antiguo, el más señorial, el más rico, el más poderoso del concejo durante los tiempos medievales. He hablado mucho de él en *Los siglos de Cangas*, y como pienso hablar más en la tercera parte, por eso renuncio ahora a evocar los grandes personajes que aquí nacieron.

No puedo expresar mis agradecimientos a D. José Areces, porque regresó ayer a Pravia. Guardo de su hospitalidad muy grato e imborrable recuerdo. Y ahora, emprendamos la cuesta abajo, también solo, para no molestar a los durmientes. Al pasar por junto a la casa de Guinchus, doy voces a *China* y a Muñiz. ¡Pero, como si no! Muñiz me dice luego que oyó mis voces, entre sueños, pareciéndole que era la trompeta del Juicio Final despertando a los muertos. Al bajar se ve el pueblo de Tabladiello [Tabladiel.lu], que muestra tres casas blancas, y no me detengo hasta llegar a Jarceley, cuyo palacio embarga hoy todas mis impaciencias.

¡Qué hermoso, qué bien situado, viendo como serpentean a sus plantas el río y la carretera! ¡Qué fachada arrogante, qué patio de armas, qué salones! Jarceley fue una hijuela del palacio de Pambley y emparentadas siempre las dos casas, miraron las glorias de una y otra en común. Es tarde y no puedo entretenerme en recuentos de los personajes y riquezas de esta casa. Para apreciar cuál llegó a ser su poderío, júzguese por el de uno de sus señores, D. Francisco de Sierra y Llanes¹³, dueño de esta casa y de las de Villademar y Arganza, y

¹³ Fue uno de los siete diputados que representaron a Asturias en las Cortes de

casado con doña María Avello Castrillón y Fuertes, dueña de las de Taburcias, Andes y Ponticiella.

Apenas si en el palacio queda algún resto de grandeza. Queda un retrato de D. Diego de Sierra Valcárcel, catedrático en Oviedo, doctoral en Mondoñedo, fiscal de la Inquisición en Barcelona, oidor en Cuenca y en Valladolid, maestrescuela en Salamanca y consejero luego de Su Majestad. Al buen señor, de rizada golilla, lo dejó tuerto una criada de Pacho Iglesias, que estaba un día vareando lana en el salón, y metiéndosele en la cabeza que el prócer del retrato la miraba, le saltó un ojo con la vara. ¡*Sic transit y gloria mundi!*

Hoy es dueño y señor del palacio, don Francisco Iglesias [*Parrrondo*], persona de grandes simpatías y predicamento en el partido de Sierra. Pacho me ofrece su mesa e insiste mucho en que me quede a comer: somos amigos antiguos, y ya sé que allí abundan las suculencias, pero hace mucho calor y temo continuar luego la bajada a la carretera en los horrores de la digestión. Luego me cuentan Modesto y los dos violinistas cómo comieron opíparamente obsequiados por Pacho.

A las cuatro tomamos el auto de línea en Xavita; en Antrago lo toman Muñiz y *China*, que bajaron por Pambley. Y aquí paz y después gloria, y ahora veremos cómo se han portado estos fotógrafos de afición y quienes me acompañan en mi viaje por el río de Onón [Ounón].

—Irás a Onón, o non —dice Luis— que, émulo de Jenaro, no ha cesado a golpes, como este, durante estos dos días.

La Maniega, n.º 16, octubre de 1928

Cádiz y que redactaron la Constitución de 1812. Nació en Cangas del Narcea en 1762 y falleció en Avilés en 1820.

RUMBO A LA CORTE

A coquinado por los fríos invernales, dejé pendiente mi tercer viaje por los términos de Sierra, y ya me tarda el hacerlo, para verme después tomando notas y sacando panoramas por El Couto. En esta espera, otros asuntos me llevaron a Madrid, he de dar cuenta del viaje, ya que él se relaciona con temas del Tous pa Tous y de *La Maniega*.

Apenas sacudí el polvo, fui a ver a nuestro gran Sandalio¹⁴, el que atilda, acopla y rige y corrige nuestra revista, el infatigable, el entusiasta. Pero Sandalio no estaba en casa. Sandalio no duerme, porque serena toda la noche, se desvive por el día para corregir pruebas, para cobrar y extender recibos, para escribir a los socios y al Payar, para ir a la imprenta y al fotograbador. Pero Sandalio no se fatiga, no se rinde. Su espíritu valiente obedece a una idea única, el éxito de *La Maniega*.

Como Sandalio está en la imprenta, le dejo citado para la sidrería de Mingo y me dirijo a la casa de mi querido amigo don Felipe Álvarez Gancedo¹⁵, insustituible presidente de la Facina de Madrid. Don Felipe, que desde el primer día, desde la primera hora en que se inició el Tous pa Tous, puso en él sus prestigios, su tacto para aunar voluntades y dar calor en el íntimo cenáculo de la casa de Gayo, fue ya nuestro presidente nato cuando éramos diez; con aplauso de todos, cuando éramos ciento; con acatamiento general, cuando pasamos de mil, y lo ha de seguir siendo en la marcha boyante que lleva nuestra nave.

Si yo iba ansioso de impresiones, en cuatro palabras me dejó Feli-

¹⁴ Sandalio Menéndez Uría, natural de Santiago de Sierra, sereno, secretario de la *facina* de Madrid del Tous pa Tous y uno de los socios más comprometido con esta Sociedad Canguesa de Amantes del País.

¹⁵ Natural de Regla de Cibeá, abogado.

pe satisfecho. La hermana mayor del Tous pa Tous sigue, incansable, atendiendo a todas las labores; los vocales no decaen, no descuidan un cobro, ni un reparto, ni una queja. Sienten acendrado cariño a la *tierrina*, tienen fe en nuestra asociación y velan por ella, convencidos de su misión benéfica en pro de Cangas. Los socios de Madrid reciben con gran agrado *La Maniega*; todos pagan por años, todos comentan con fruición las noticias y comentarios que de la tierra les damos; en todos despierta *La Maniega* carinos y *afalagos* cangueses.

—Entonces —dije yo— me vuelvo a Cangas. Ya me bailan las piernas para ir con tan buenas noticias al Payar.

—¡Poco a poco, amiguito! Le hemos cogido en la trampa. Usted es nuestro delegado allí y hemos de pedirle cuentas de cómo nos representa. Aprovechando su viaje, celebraremos sesión, y ha de escuchar usted quejas y reprimendas. No todo el monte es orégano, y que algunos le aguardan como fieras.

—¿Cree usted que me pegarán? ¡Y si alguno me muerde!

—No le digo que venga con carrancas, pero ande con cuidado.

—¡Mamá del alma! —exclamé yo, y salí de casa de Felipe muerto de miedo. No sé cómo no sufrí, en mi azoramiento, un atropello entre aquella baraúnda madrileña. ¡Cualquiera conoce ahora al Madrid de mis tiempos de estudiante! ¡Aquellos tranvías de mulas; aquella parsimonia de la gente; aquel alumbrado de gas y escaso! Hoy todos corren y, sobre todo, los miles de automóviles, todos desmandados y *turrones*. ¡Qué de obras, qué de lujos! ¡Qué desencanto el mío, al palpar tan flaca mi cartera en medio de aquel derroche, de aquel ir y venir de gente rica! ¡Qué *val*, qué *val*, qué *val* todo lo que se gasta en Cangas durante un año, comparado con lo que se tira allí en un día!

Y eso que yo en Madrid también podía darme tono, pues estaba a mesa y mantel en la mozárabe y suntuosa morada de mi amigo D. Santiago Alesón. ¡Y qué mesa, qué cocina y qué cocinera! ¡Qué galería, donde penden Rembrandts, y Tizianos, y Goyas, y Pradillas, y Sorollas! ¡Qué sobremesas, con los artistas de fama y los principian-

tes geniales que D. Santiago protege! Pero todo aquello no me llenó de humo la cabeza. Bien sabía yo que pronto había de volver al pote y a las *pataquinas* de Limés [L.lumés].

Por la tarde vi a Sandalio y me habló de muchos pormenores de la Facina y de un bullebulle entre la colonia canguesa, del que había de salir yo muy mal parado. «¡*Probe* de mí! ¡*Toy perdíu!*», me dije, y ya no tuve un momento de sosiego.

Al día siguiente fuimos Cándido Gayo [*Cosmen*]¹⁶, Sandalio y yo a comprar las camillas-literas. Ya habían ellos recorrido algunas casas y tenían precios, pero anduvimos algunas más, escandalizándonos en todas ellas de los precios. Al fin compramos tres en la casa Hartmann, calle de Fuencarral, y allí chinchó Gayo seiscientas pesetas por ellas. Por cierto, que de nuestra suscripción fallaron treinta y ocho pesetas y noventa céntimos, y esas debe a la caja de Madrid la caja del Payar.

Y antes que se me olvide. A una de ellas, además del letrero «Tous pa Tous», le pondremos «Club Acebo¹⁷», pero que sepan nuestros consocios de Cuba que la camilla costó más de lo que ellos mandaron, de modo que...

El Payar ya ha acordado poner una camilla en San Martín de Sierra [Samartín], otra en Cibuyo [Cibuyu] y otra en Vallado [Val.láu]; bien se ve que son pocas. Y ahora caigo en la cuenta de que si los socios de la Argentina donasen otra, con ello, y lo que falta de Cuba y algo más que pusiese el Payar, tendríamos camillas para Ventanueva [La Venta], Las Mestas y Besullo [Bisuyu]. Puesto a pedir si me descuido pido también botiquines de urgencia para esos sitios estratégicos.

Al día siguiente fui a escoger mármoles con el laureado escultor Peresejo [*José Pérez Pérez*] para la lápida a don Facundo¹⁸. Como

¹⁶ Natural de Brañas de Arriba, propietario del restaurante y café La Colonia Asturiana, en la calle Desengaño, 27, donde se hacían las reuniones del Tous pa Tous en Madrid.

¹⁷ «Club Acebo de Cangas del Narcea», de La Habana, fundado en diciembre de 1917 por emigrantes cangueses residentes en Cuba.

¹⁸ Lápida dedicada al párroco Facundo Meléndez de Arvas, realizada por el es-



Lápida a don Facundo, del escultor Peresejo, 1928.

iba yo facultado por la Junta Gestora, elegí uno verde, veteadado, en el que han de lucir mucho los bronce. Ajusté la lápida en setecientas pesetas, con más bronce y más tamaño que el modelo ofrecido. El señor Peresejo ha obtenido medallas en varias Exposiciones y es artista de fama. Espero que los donantes para la lápida han de quedar satisfechos.

Quise visitar durante aquellos días a los iniciadores en Madrid del Tous pa Tous, pero recibí yo una visita impertinente, la de la gri-
cultor *Peresejo*, José Pérez Pérez (1887-1978), y colocada en la fachada sur de la colegiata de Cangas del Narcea en 1928.

pe, y me di a toser, a toser y a flaquear, y ya no me fue posible. Desde aquí les pido a todos mil perdones. ¡Coime, hombre! ¡Decir que no visité al *Artillerito*, ni a Vitorino, ni a Emilio, ni a Agustín, ni a otros de aquellos entusiastas!

Y llegó el día de la sesión, el momento temido, y entré en el suntuoso salón de D. Felipe, más azorado que un *raitán* en manos de chiquillos. Ya estaban allí algunos de los vocales, y no noté en ellos, la verdad, cosa que me espantase. Reparé en si llevaban piedras en los bolsillos, pero tampoco.

Fueron llegando todos, y apuntó don Felipe la orden del día. La labor de los repartidores de *La Maniega* es muy penosa allí: hay que repartir más de quinientos cincuenta ejemplares y hay que subir demasiadas escaleras. Se imponía nombrar un repartidor, y así se acordó, señalándole ciento veinte pesetas anuales.

Se habló luego de las insignias para usar en la solapa, y todos nos mostramos conformes, acordando se expendan cinco céntimos más caras que su coste, para que la caja no pierda en las sobrantes. Todos nos prometimos usarla de por vida. ¡Quién habrá de rehusar ese símbolo de fraternidad canguesa!

Sin discusión, por unanimidad y general beneplácito, se ratificó el acuerdo de 27 de septiembre de 1927, por lo cual debe ser abonada al secretario la gratificación de setenta y cinco pesetas mensuales desde aquella fecha hasta el 1.º de enero de 1929, en que la gratificación queda reducida a cincuenta pesetas en ambas secretarías. Se acordó un aumento en la cuota de suscripción para los socios del extranjero, equivalente al recargo de franqueo. Se trataron algunos otros asuntos, y llegó el momento terrible. Tosí y tosí, movido por la gripe y para inspirar lástima y dije con voz apagada, como el que va a confesarse de muy grandes pecados: «Señores: Aquí está el manso cordero. Ahora, salgan los lobos». He de hacer constar que D. Felipe se puso en plan de defenderme.

—Pues sí, señor, dijo uno de los vocales con gesto de muy pocos

amigos. *La Maniega* no es imparcial; *La Maniega* no defiende los intereses del concejo en los asuntos más vitales. *La Maniega* no ha tenido la más leve protesta contra unos impuestos exorbitantes votados por aquel municipio y cuyo expediente está en Madrid.

Tenía yo noticias de aquellas alarmas y clamores y no les daba fundamento; por eso me quedé desagradablemente sorprendido cuando me aseguraron que nuestro municipio había acordado un impuesto de dos pesetas por cada oveja, veinticinco por cada caballería, treinta por cada vaca y así en otras utilidades. No quise, sin embargo, tomar otros informes de los que también yo pudiera salir desorientado y por no mezclarme en una atmósfera poco propicia para nuestro municipio, y prometí contestar a mi llegada a Cangas. Ahora podré hacerlo, con una carta de nuestro presidente, que se cruzó conmigo en el camino. La carta dice así:

Di a los vocales de esa Facina que el escrito de que se habla es un trámite de ley, que se cumple todos los años y el de éste es copia del de 1924: es una valoración de utilidades, de modo que si se tasan las de una vaca en treinta pesetas anuales, el impuesto sobre ella sería de unos céntimos. Digo sería, porque en Cangas no rige ese procedimiento, ya que el impuesto de utilidades, equivalente al que se llamaba de consumos, se hace por una Junta vecinal repartidora.

Con esto queda a la vista la desorientación que sufrió nuestra colonia madrileña, y es justo desvirtuar el disgusto que había contra nuestro municipio. Lo lastimoso fue que no hubiese sido desvanecida aquella alarma desde el primer momento por los bien enterados de esos asuntos. Esa carta vale también en descargo de la parcialidad que se le atribuía a *La Maniega*, y sirvió para que se ratificase nuestra conducta.

Este caso y otros como este, dije yo en la sesión, pueden repetirse con la actual corporación municipal, o con las que le sucedan, y entonces pedirán ustedes, como han pedido ahora, que *La Maniega* haga críticas más o menos acerbas, lo que sería faltar a nuestros reglamentos y a la pauta apolítica que hemos venido siguiendo. Todos

los acuerdos municipales llevan consigo un sector de opinión en el concejo e ir contra ese, ir contra un número más o menos considerable de consocios, sería ir a la muerte del Tous pa Tous y de su revista.

En ese caso, y absteniéndose, dice uno de los vocales, ignoraremos siempre todos todo lo que a disposiciones municipales se refiera, precisamente lo más interesante para los que nos preocupamos de la suerte y prosperidad de aquellos pueblos.

Abstenerse en absoluto, tampoco. Dar cuenta sin comentario alguno daría que decir, que el que calla consiente. En la moderación está la clave del problema, y no veo otro camino que el de ratificarme la confianza que ustedes y el Payar vienen dándome, como director de *La Maniega*, haciéndome yo el responsable, ante todos los socios de las discrepancias y parabienes, al dar cuenta de los acuerdos municipales y disposiciones de la alcaldía; en ese plan recabo completa autoridad, para que de esos asuntos no se publique en *La Maniega* ni una línea que no pase por mis manos.

Dióseme el voto de confianza, y los que íbamos a reñir salimos abrazados. No hay mal que por bien no venga. Aquellas injustificadas alarmas dieron motivo para que una vez más se explicase la marcha de nuestra asociación, no solo en nuestras relaciones con el municipio, sino en todo lo que haga referencia a la política. Y si se avecinan nuevas luchas; si otra vez se ha de levantar airado medio concejo contra otro medio; si despiertan aquellas pasiones partidistas, cada socio conservará su libertad de acción y de opinión, y seguramente los habrá fogosos electoreros, pero ninguno, ni candidato alguno, podrá contar con *La Maniega* para su propaganda. Cuando se alboroten los ánimos nuestra nave permanecerá al paio o correrá el temporal, y guiada por su capitán, el presidente del Payar, y sus pilotos llegará impávida a bonanzas.

Doy las gracias al presidente, al tesorero, al secretario y vocales por las atenciones que tuvieron conmigo en aquella sesión.

La Maniega, n.º 19, abril de 1929

RUMBOS DE SIERRA

III

Llegaron el buen tiempo y los días largos, cuando son frondosos los paisajes de Cangas y cuando podemos cabalgar los viejos catarrosos. Digo esto, solo por mí, ya que Modesto Morodo es un rapaz, según él, más ágil que un *esquilo* [*ardilla*] (que no sepa que es ya abuelo).

Riscando la alborada, mediando junio, salimos los dos en el «auto» de línea sin otro equipaje que la máquina fotográfica, una botella de ron y un kilo de chuletas empanadas, por si acaso. En Antrago nos esperaba, con sendos caballos, un apuesto y animoso rapaz, Antonio Barreiro, al que había hecho encargo su tío D. Manuel [*Barreiro Arias*], siempre propicio para toda labor del Tous pa Tous.

Sacamos una «foto» de Portiella [Portiel.la], y emprendimos por suave y amplio camino a orillas de un río, *flumen onone*, frenético en los varios *banzaos* de regadío y *gayaspero* en la umbría, pues lo cubren siempre las frondosidades de alisos y *salgueiros*. Antes de llegar a Veiguiella [La Veiguiel.la], oímos gran jarana de rapazas de un molino. A Barreiro se le van los ojos. Modesto repara más en las echadas del río, plagado de truchas.

Entramos en el fértil Onón, y al ver la airosa, la amplia y lucida escuela, se evoca en nosotros la figura del filántropo prócer Marcelino Peláez¹⁹, el que con arrogancias construyó aquella y el que da mil pesetas para cada una de las que se construyen en el concejo. El

¹⁹ El filántropo Marcelino Peláez Barreiro (Ounón, 1869-Mar del Plata, Argentina, 1953) emigró a Argentina y allí hizo fortuna; construyó a sus expensas la escuela de Ounón y donó dinero para construir otras muchas en el concejo de Cangas del Narcea en los años veinte y treinta del siglo xx.

hospital-asilo de Cangas [y] los pobres del río Onón saben bien lo desprendido que es ese acaudalado paisano.

Pregunto por la casa de ese benemérito cangués y me muestran una vetusta y ruinoso. El que no escatimara para alojamientos escolares, tiene el encanto de conservar su hogar nativo con todas las modestias que él trajo al mundo. Dícnos en el pueblo que D. Marcelino piensa hacer allí un palacio el día que llegue la carretera. Tiene Onón iglesia parroquial, que ahora es hijuela y celebra su fiesta a San Juliano el 7 de septiembre. Tiene dos casas blanqueadas y suntuosas: la de Cuervo y la de una hermana de D. Marcelino, donde él se hospeda.

En la taberna de Bonifacio echamos un piscolabis, llenamos la bota y nos surtimos de pan, por si acaso. Son las once de la mañana y emprendemos la subida a Santiago de Sierra [Santiáu de Sierra], pasando por Sillaso [Siasu]. ¡Ahora, ahora sí nos acordamos de la ansiada carretera! ¡Qué falta hace! ¿Qué es lo que esperan después de anunciados para tan inmediatos sus comienzos? Ahora vemos en la ladera de enfrente a Becil y Fontaniella, y me conduelo de sus vecinos, que desde el río, a cuestras, acarrear sus cosechas.

—Es fatigoso, sí —explica Antonio—; pero si las tierras estuviesen arriba y hubiesen de subir el *cucho*, acaso sería peor; conque váyase lo uno por lo otro. Los de Becil *esfondaron* la capilla de San Andrés, y ahora no tienen fiesta. Los de Fontaniella tienen a San Isidoro, pero tampoco la celebran. Es probable que el nombre de Becil haya perdido una erre, y si antes fue Bercil, podría interpretarse por el celta *berr*, caliente.

La mañana está espléndida, la tierra es feraz, el paisaje exuberante y delicioso. Por el camino de Luarnes regresa la gente que ha bajado a misa a Onón; van los hombres en mangas de camisa, cuya blancura hace un bello contraste entre los tonos verdes del paisaje. Luarnes celebra una fiesta concurrida por San Antón de Xineiru.

Cruzamos por Sillaso y al pasar evocamos el nombre de una muy distinguida señora canguesa, de abolengo en este pueblo. El pueblo

es grande, lujoso, con once casas blanqueadas y quicios bien pintados; tiene hermosos huertos de variadas hortalizas y muchos frutales; pero se recuesta en una almohada dura, peñascosa, roída. ¡Qué contraste con las bordadas faldas!

Desde nuestro camino vemos lucir, asomada al valle e invitando a todos estos pueblos a que la imiten en blancura y gentileza, la casa de Juanito, de Villadestre. Este pueblo dio la cantería para el convento de Corias y para el puente del Infierno. ¡Cómo cambiará el aspecto del país el día en que la carretera llegue a Onón y se construyan casas con piedra de esas canteras! Villadestre habrá sido Villadéstera a la derecha. Es pueblo fértil y celebra una romería a San Bartuelu.

Mientras saca Modesto una fotografía de Sillas y aguanta la reprimenda de una vecina porque le pisa un prado, medito yo sobre la etimología de este pueblo. Hay para todos los gustos. Para Escandón procedería del hebreo *sellón*, igual que el Sella. Para [García de] la Riega, sería de origen silur, raza de los ligures, igual que el Sil, Silán, Sillán, Silledas y otros pueblos gallegos. Alemany citaría a los Selinos, del pueblo astur, y algún latino lo traería de Sítula. Pero Iturriza dice que el *sel* es un terreno en círculo, que tiene en su centro un mojón, llamado *piedra cenizal*, y de los que hay muchos en Vizcaya. Atento a esto, [José P.] Ferrería cree que de la voz *sel* [*sela o sella*] proceden los nombres de la Siecha y de Sillón, brañas de Navia.

Sigamos el camino. Arriba, enfrente, muy arriba, recogido, abrigado, tímido, se esconde el pueblo de Vallecuello, el nombre dice su situación, que muestra, orgulloso, una flamante escuela. Ordiales coquetea con Castiello, enviándole su romería a Santiago, y el escotado otero, desde donde los romanos vigilaban el valle. Santiago flirtea con Luarnes. Tandese adelanta, arrogante, al primer término de la escena, porque tiene nueve casas blanqueadas.

Son las doce cuando entramos en la surtida taberna de Primo, en Santiago. Mucho apetito, buen *vinín*, pote de arroz con patatas, mucho arroz, porque este año escasean las patatas, y un gran lacón,

cocido para la feria de Santarbás, que es pasado mañana. Buen café y dos camas, donde Modesto y yo dormimos la siesta. Barreiro..., Barreiro ha visto una garrida rapaza al entrar en el pueblo, y allá se va de bureo. ¡Oh, juventud, juventud! ¡Quién fuera joven para no tener que dormir la siesta!

Recomendamos la taberna de Primo a los viajeros, no porque se haya hecho él socio del Tous pa Tous, sino por el trato esmerado y económico. Como se ve, nuestras alforjas siguen igual que salieron.

Lo obligado para mí, en Santiago, era visitar a la familia de nuestro Sandalio. Pero era día de hierba, la tenían tumbada y amenazaban las nubes, por eso, con disgusto mío, no hallé nadie en la casa. Fuimos hacia la iglesia para sacar una vista del pueblo, y al paso vi un precioso jardinillo con muy hermosas dalias, ¡Ah, flores, flores! Al fin, veo flores de jardín en estas aldeas. ¡Si veré yo realizado mi grato sueño! Que haya flores en todos los huertos, en todas las ventanas, en todos los pueblos. Que sea llamado este «El jardín de Asturias», «El concejo florido». Pero las dalias son de la Rectoral y no me alegran ya tanto. ¡Qué menos ha de tener un párroco que flores en su huerto! ¡Ahora recuerdo el cuidado jardín del párroco de Robledo de Tainás!

Pasamos por Nando, donde vemos el palacio de los Flórez de Sierra. Ante aquellas recias canterías y ferrados balcones; ante aquella piedra de armas, de las que se enorgullecieron tantas generaciones, siento turbado el ánimo, pues de este palacio, hoy en manos profanas, sacaban alcurnia grandes cariños míos²⁰.

Vamos hacia la sierra, y en el camino topamos con una vieja pastora.

—¿A ónde van, ho? ¿Son *quiciaivis lus ingenierus* de la carretera? ¡Qué falta *ta faciendu!*

—No —digo yo—. Vamos a pretender: *quieru* casar a este rapaz y andamos buscando moza.

²⁰ Probablemente se refiere a sus sobrinos, los hijos de su hermana María y del farmacéutico Ovidio Peñamaría Flórez de Sierra, que pertenecía a esta casa de Nando.

—¡Ay!, *seique* van a por la de...

Y aquí nombró un pueblo y una casa donde hay un buen palmito y buena dote. Barreiro se *enchipó*, como pretendiente de grandes méritos, y seguimos, de buen humor, la cuesta arriba.

Llegamos a Parrondo [Parrondu], y, mientras Modesto intenta sacar una fotografía, entro yo en el antiguo palacio de los Valdés, del que sacaron apellido muy prestigiosas familias de Cangas y de Allande. Tengo entendido que allí nació D. Leandro Valdés, gran abogado del mejor nombre en Cangas en tiempos no lejanos. Dentro no hay cosa que ver; pero en la capilla se ve una lápida que dice haber sido edificada por D. Juan Flórez de Sierra y Valdés y su mujer, doña Catalina de Rojas, en 1607. Hay una imagen de San Juan, tallada en 1585, y otra lápida habla de la reconstrucción en 1809 por Juan Valdés Miranda²¹.

Celebran allí la romería de San Antonio, muy concurrida, porque, según rezan algunos pergaminos en las paredes, le fueron concedidas indulgencias por un obispo de Oviedo, otro de Santander y un arzobispo de Santiago.

¡*Probes* de nos, que nos vemos envueltos en muy espesa niebla! Tratamos de vislumbrar Mieldes, pero imposible. Es nortada, y renunciamos a bajar hoy a sacar panoramas de ese pueblo, el más grande del concejo, y muy interesante para nosotros, pues da muchos socios al Tous pa Tous. Pensábamos pernoctar en él, pero seguimos, con intención de volver mañana desde Tandés.

Oscurecido, tupido, frío y espeso el ambiente, pasamos por Becerrales. Pregunto por su fiesta y me dicen que «La Becerrala». «Pero ¿qué Virgen, qué imagen, qué advocación?» «Pues La Becerrala, la Virgen Becerrala». Y no logro averiguar otra cosa.

Tampoco vemos Valcabo [Valcabu], pueblo que necesita que nuestro municipio le aflore el agua, pues tan escaso anda en años de sequía que tienen que subir por ella a Becerrales.

²¹ El interior de esta capilla fue incendiado durante la Guerra Civil.

Ya es cerrada la noche cuando entramos en Llamas, donde Guinchus nos cuida, como él sabe. A las once nos da Barreiro sendas y lujosas camas en su casa de Tandes. Pueden creerme que nos acostamos muy rendidos.

¡Oh, casa grande, casa pulquérrima y delicadamente hospitalaria! ¡Qué bien dormimos! ¡Qué rico desayuno! ¡Qué mañana de tupida niebla! Creo que es inútil ir hoy a Mieldes y Dagüeño, pero iremos, por si al mediodía despeja. Al salir de Tandes vemos la hermosa fuente que tiene el pueblo para cuyo arreglo acaba de dar nuestro municipio 100 pesetas. ¡Qué buena labor será la de acondicionar los manantiales de todos estos pueblos!

En el camino encontramos al vecino Juan Menéndez, el mejor jugador de tute que hay en Sierra: tiene ochenta y cuatro años y sacó cantería en Villadestre cuando se construyó el puente del Infierno.

Llegamos a Santarbás, pero la niebla sigue espesa y decidimos volver a Cangas. No vemos San Martín ni Valcabo; imposible de sacar una foto de Bruelles. En Xavita comemos el kilo de chuletas. En el «auto» de línea volvemos a Cangas. ¡Y ahora al Couto!

Y como nota final, apuntaré un doloroso accidente y una catástrofe. Al cerrar la portezuela del «auto», en Xavita, Modesto se pescó el dedo, quedando con el pulpejo deshecho. La caja de placas que llevábamos resultó falsa y no ha salido ninguna fotografía. Modesto ha prometido volver para sacarlas en los mismos sitios. No le irá mal, si cuenta con la grata compañía de Antonio Barreiro, al que, muy complacido, doy las gracias por todas sus atenciones con nosotros.

La Maniega, n.º 21, julio-agosto de 1929



Vista del Partido de Sierra.



Castro Sierra, «asiento indudable de algún campamento romano, pues es de admirable posición estratégica».



Escuela de Porley, hoy vacía, que visitó Mario Gómez durante su construcción en 1928.



La escuela de Vallecuello, hoy vacía, era en 1929 el orgullo del pueblo.

Escudo del palacio de Pambley.



Casa Guinchu, Bruelles, donde durmieron en 1928 dos de los acompañantes de Mario Gómez en sus rumbos por Sierra.



Palacio de Llamas de Mouro, donde durmieron Mario Gómez y otros compañeros de viaje en 1928. Fotografía de J. R. Puerto.



Fachada del palacio de los Sierra en Xarceléi.



Patio del palacio de los Sierra en Xarceléi.



Retrato de Diego de Sierra y Valcárcel
en el palacio de Xarceléi, mencionado
por Mario Gómez.



Escuela de Ounón, hoy arruinada, sufragada por Marcelino Peláez en 1920.



Puerta de panera en Ounón.



Sillaso.



Capilla y antiguo palacio de los Valdés, en Parrondo, que visita Mario Gómez en 1929.



Casa de Barreiro, en Tandes, «casa grande, casa pulquérrima y hospitalaria»,
donde duerme Mario Gómez en 1929.



Panera en Tandes.

RUMBOS DEL COUTO

I

Emprendo con gran afición el viaje, porque desconozco el distrito del Couto y porque es el menos conocido de los cangueses. Y era tiempo, además, de que *La Maniega* diese algunas noticias de esos pueblos, máxime cuando el Tous pa Tous tiene de ellos setenta y cinco socios (sesenta y uno emigrantes) y espera muchos más.

Solo sé de ese río que no hay en él abolengos, ni palacios señoriales; solo en Tremado [Tremáu del Coutu] hay una piedra de armas: tiene los cuarteles de Sierra y Pambley, de donde vino a casar una dama ha más de un siglo; está en la casa llamada de la Viera, cuyo dueño es D. Manuel Rodríguez. Esta carencia de antiguos señoríos se explica por haber sido todo el valle, durante muchos siglos, coto del Monasterio de Corias, de lo que sacó el nombre (antes era llamado río Perpera). Dueños los frailes de haciendas y personas, no cabían familias de riqueza o poderío. Lo extraño es que, siendo todo de Corias, no hubiese salido de estos pueblos algún religioso descolante. Se conoce que los benedictinos necesitaban de toda la gente para el cultivo y no querían distraer a ninguna para la Iglesia.

Cuando Corias se vio necesitado de dinero, aforó aquellas propiedades, y cuando la desamortización de los bienes eclesiásticos compraron los llevadores y algunos señores de Cangas aquellos foros. Hace dos años fueron todos redimidos y hoy, en el valle del Couto, no hay renteros y todos son propietarios de las tierras que labran. No obstante, aunque la tierra es propia y es muy buena, no hay riqueza y no basta para unos pueblos muy prolíficos, y por eso han de marchar muchos de sus hijos por el mundo, para ganarse la vida y para ayudar a los que quedan.

Con estos antecedentes y acompañado de mi hortelano Manuel Ron, que carga con las provisiones y la pesada máquina fotográfica, emprendo la marcha en la camioneta de Ventanueva, la víspera del Acebo [7 de septiembre de 1929]. Esta vez no me acompaña Modesto, pues no es cosa de abusar de su amabilidad y menos si esta excursión ha de ser larga y si he de hacer otras muchas por el concejo. Quiero, además, avezarme en el arte fotográfico para surtir estas crónicas.

Sale muy tarde este día la camioneta, y es noche cuando llegamos a La Regla [La Riela]. ¡Mal lo vamos a pasar a pie hasta Agüera [Augüera], desconociendo el camino y en noche tan oscura!, pienso yo; pero como la providencia está conmigo, esta se presenta ahora en la simpática persona de D. Joaquín Blanco, entusiasta consocio del Tous pa Tous y agente, mentor y consejero de todo el Couto. Él me facilita un caballo y él, con unos cuantos aldeanos que vuelven del mercado, me acompaña.

Como yo llevo una bota de vino de la cañada y hacemos muchos altos, y es Manuel muy pródigo en el escancie, caminamos con gran animación, aunque no nos vemos unos a otros; tan grande es la cerrazón, que tampoco veo las zarzas que penden hacia el camino, de las que tengo como recuerdo dos *rabuñones* en la cara. Como en este, pasa en todos los caminos del concejo, y como ello significa un abandono, de echar culpas, deben echarse a los pedáneos.

En cambio la oscuridad me libra de sonrojarme ante la conversación que delante de mí lleva la cabalgata. Me hacen los grandes encomios y me ponen por las nubes, por lo que voy yo dándome aires de personaje. Bueno. Estos saben bien de mí y lo ponderan en demasía. No me envanezco, pero me gusta. Váyase por los que saben mal de mí y hablan más de lo que saben.

Cuando llegamos a Agüera no lleva la bota ni un *gotín*. Tampoco llevo nota alguna en la cartera, pues no he visto cosa alguna en el camino. Me visita Paulino Menéndez, mi amigo y condiscípulo en la

escuela de don Jenaro [*González-Reguerín Avello*]. Me dice que el día de San Andrés encontró en una calle de Cangas un bolso con dinero y quiere que se publique esto en *La Maniega*, a fin de que lo sepa y pueda reclamarlo el dueño.

Buena casa la de Joaquín; cariñoso alojamiento: unas sopitas de ajo y cuatro *frebas*; buena cama, buen sueño, pero antes de amanecer me despierta la más estrepitosa diana, acompañada con deslumbrantes bengalas; trueno y relampaguea que es una furia. ¡Vaya un viaje el que se nos prepara! ¡Menos mal (siempre para el optimista hay un consuelo) que el agua ha de venir de perilla para los grandes *nabeirales* de estas vegas!

Al amanecer, en pie, y a ver el pueblo de Agüera y su paisaje. Está muy bien situado: lo acaricia el río y lo visten mil frutales; se recuesta en las faldas de Luberio [L.luberiu] y un festón de castaños lo rodea. Buen caserío y casas revocadas; buena iglesia, muy pulcra y muy cuidada, que tiene a San Pedro por patrono y al que se le hace una gran fiesta. En ella oímos misa y desde allí vamos a la entrada del pueblo, donde luce la blanca y flamante escuela, en la que todos los vecinos pusieron mimos y la que hoy honra a todos como emblema de cultura y civismo. Hace doce años que se terminó el edificio, en el que se instruyen los niños de Agüera, Luberio, Rato [Ratu], Peñas [Penas], Los Llanos [Los Chanos], Santiago [Santiago] y Ciella [Ciel.la].

Frente a Agüera está el pueblo de Los Llanos, que celebra buena fiesta a Santa Bárbara; también Rato tiene capilla y celebra a San José; Peñas hace romería a San Miguel. Como un marco colgado a la cabecera de su lecho, tiene Agüera al pueblo de Luberio, que celebra en su capilla una gran romería a San Antón; de la de hace dos años quedóle muy mal recuerdo, pues se intoxicaron todos los vecinos con la carne de ovejas que padecían viruela.

En Luberio tengo un buen amigo, Manuel Menéndez, que corrió conmigo los azares de la campaña de Arcila [*Marruecos*]. Quisiera

subir a saludarle, pero mis piernas no se atreven. ¡Les falta tanto que andar para llevarme hoy a Vegadorreo [Veigadhorrú]!

Acaso veremos estos pueblos al regreso. Ahora solo diré que el nombre de Luberio, que parece significar lugar de lobos, derivado del latino *lupus*, *lupera*, podría tener una traducción muy distinta. En los tiempos fabulosos de Galicia háblase de una reina Luparia y Trelles manda a Jerusalén a un príncipe Lupario. Risco nos dice que *lupedoes*, voz asturiana, significando terreno peñascoso, y en verdad que esa interpretación encuadra bien con Luberio. Lapedo era el nombre que tenía, en los tiempos antiguos, la villa de Belmonte. Pero si en Luberio hay algún aficionado a estudios etimológicos (puede que no), he de decirle que Carnoy halla en la onomástica ibérica la voz *lupatus*, derivada del *loube*, céltico, significando planta. Algún día creía yo que pudiéramos buscar la traducción en el eúskero *lu*, tierra, y *be*, baja, que, con el sufijo *erio*, lugar o sitio, completarían el nombre, pero hoy, viendo la situación del pueblo, desisto de ello.

Y ahora sigamos nuestro rumbo con buen ánimo, pues vamos a pasar por los célebres, por los pavorosos Penedos [Peneos] de La Viña, lo más fragoso que existe en el concejo de Cangas. Antes he de dar las gracias al atento joven de Cibuyo, José Menéndez, el que hasta Vegadorreo carga con mi pesada máquina fotográfica en su cabalgadura.

Recuerdo de mis niñeces y de mi juventud el pánico que infundían a mi abuelo y a mi padre, en sus visitas médicas, los Penedos de La Viña. Citaban como muy peligrosos al Escanín, de Genestoso [Xinestosu], y al camino de Corbero [Corveiru], pero, este del Couto, era considerado como el peor. Yo no paso hoy por él, pero lo veo arriba, pendiente, tortuoso, lamiendo peñascales, colgando siempre sobre abismos. Yendo por el camino nuevo, puedo comprender lo que es aquel, que se hunde y se aprieta en las ingentes rocas, como poseído de vértigo sobre las simas pavorosas. Cuando por empinada rampa llego al camino viejo y veo sus precipicios; cuando reparo en

la seguridad del que traía, no obstante su curso de angosturas, siento deseos de cantar en loor de los alcaldes y corporaciones municipales que se sucedieron en Cangas en estos últimos años. Loor a D. José María Penedela, que proyectó y realizó algunas de estas obras; loor a D. Marcial Arango, que, con una obstinación digna de su carácter enérgico, hizo lo más que allí se hizo; loor a D. Porfirio Ordás, que continuó los trabajos, y loor a D. Antonio Arce, que les dio nuevos empujes y que tiene en su lúcido magín el concluirlos²².

Cuando fatigado y sudoroso llego al camino viejo, más que el descanso, más que un trago de agua fría, más que el pañuelo que empapa mi sudor, confortan mi ánimo mis consideraciones ante la obra que nuestro municipio, en consorcio con la Diputación, viene aquí realizando. Ya han librado de una terrible pesadilla a los vecinos del Couto; faltan sólo dos kilómetros para que el camino nuevo llegue a Vegalagar [Veigal.lagar], y entonces podrán transitar carros desde La Regla a Monasteriu [Monesteriu]. Otro empuje después, y ese muy leve, y podrán ir los autos cargados de turistas a contemplar los terribles Penedos de La Viña.

Yo no sé lo que dirán de mí los vecinos de L'Artosa y de La Vega del Tallo [La Veiga'l Tachu] al oírme hablar de precipicios y caminos peligrosos; yo creo que los hombres paleolíticos, que por aquí transitaban hace trescientos mil años, no envidiarían el sendero de cabras que hoy tienen por camino esos dos pueblos. Acaso sería mejor o el mismo. ¡Y este es el flamante siglo xx! Vuelve la tormenta y tenemos que *abechugar* bajo una peña; *estena* y llegamos a La Viña, pueblo vistoso, bello, atrevido, que, agarrándose a los troncos de muy añosos frutales, trepa y se escalona y monta sobre rocas. Su nombre no necesita traducción. Aunque no veo vestigios, aquí debieron tener los frailes de Corias [Courias] un viñado, y en la vega que da nombre a la parroquia, el lagar. En esa vega está hoy la parroquia, que conserva indudables recuerdos del dominio be-

²² Alcaldes de Cangas del Narcea entre 1913 y 1930.

nedictino²³. Por el agujero de la cerradura veo un retablo de mucha talla, muy bien policromado, churrigueresco y de factura cauriense. Dícenme que esta iglesia tenía antes muy ricos y antiguos ornamentos, pero como alguno de los curas que desfilaron por aquí se dejó engañar por los nefastos chamarileros (¡qué aborrecida plaga!), hoy no queda aquí cosa alguna de valor artístico.

Pienso que Vegalagar, donde los frailes tenían viñas y bodega, sería una residencia benedictina, desde la que se ejercía la jurisdicción civil y criminal, mero y mixto imperio, que aquellos ejercían en su coto. En verdad que aquellos monjes sabían escoger los buenos sitios de cultivo, pues la vega es amplia y fértil, hay abundancia de agua y muy buena pradería.

Oímos los cohetes que anuncian la procesión de Los Remedios en Vegadorreo y apretamos el paso y llegamos a tiempo para ver una imagen diminuta y de factura muy poco afortunada, pero que merece grandes devociones en el contorno y sobre todo en Ibias, de donde vienen algunos amortajados. La procesión recorre todo el pueblo de Vegadorreo, pero resulta este año muy deslucida por el mal tiempo y porque solo asiste, del clero, el señor cura de Agüera. ¡De dónde habían de venir, siendo domingo y cuando todos los curas asisten a dos parroquias!

Entramos en la taberna de Santos, donde somos muy bien recibidos.

—¿Habrá algo de comer por ahí? —pregunto yo—.

—Para don Mario Gómez siempre hay que comer, todo lo que haya en esta casa —me responde don Constantino Rodríguez, de San Félix de las Montañas [San Fliz], que está aquí de romero, entusiasta y asiduo lector de *La Maniega*.

²³ Esta parroquia, formada por los pueblos de La Viña, L'Artosa, Combu, Veigadorrio y Monesterio del Couto, se fundó en 1669 tras separarse estos pueblos de la parroquia de San Martín de Bergame. La razón para crear esta nueva parroquia fue la gran distancia que existe entre estos pueblos y el pueblo de Bergame d'Arriba, a lo que se sumaban el mal estado de los caminos y la fragosidad del terreno.

Me presenta a los parroquianos y resulta que todos leen al *Cuntapeiru*, cosa que me extraña un tanto, pues son muy contados los socios, aquí, del Tous pa Tous. Hace grandes encomios de mí y yo véome tentado a poner cara de personaje. Ya veremos luego como el personaje era de pacotilla.

Es don Constantino Rodríguez hijo de un antiguo maestro de Vegadorreo; puso él escuela, también, como suplente, pero hubo de dejarlo. Después tuvieron aquí un maestro a medias con Las Montañas, con residencia alterna de seis meses en cada uno de esos pueblos, pero aquí no hicieron casa y contratan babianos. Es lastimoso que no hagan una [escuela] en Vegalagar para La Viña, Vegadorreo y L'Artosa.

El problema de la instrucción primaria, aun construyéndose tantas escuelas como ahora se construyen, está lleno de dificultades, y una de ellas se resolvería estableciendo cantinas escolares. Son distancias demasiado grandes las que tienen que recorrer algunos niños de algunos pueblos; en algunos, tienen que doblar una sierra; en otros, han de vadear un torrente o han de caminar por veredas peligrosas o desamparadas. Mientras no dispongan de todo el día, contando al mediodía con comida caliente, la instrucción será demasiado lenta; llegando fatigados y comiendo un miserable fiambre, y ateridos, acaso, en el invierno, la jornada escolar será de poco aprovechamiento.

Es para plumas más versadas este asunto y si ahora nos entretenemos en él, vamos a perder la fiesta. La taberna está de bote en bote; rebosa la gente en los corredores de las paneras; ya *respinguea* la gaita; vamos a *xantar*, para luego echar un baile. La novedad en la *xanta* es que me ofrecen vino blanco para echar en el café y alguno de los comensales dice que, mejor todavía que el blanco, es el tinto. ¡Es para matarlos!

Como no cesan los chaparrones, los bailes son dentro de las casas, y como en ellas todo son apreturas, y aquí no se baila al son de arriba,

sino una jota poco airosa, no me decido a bailar, y eso que me invita una rapaza de Luberio, guapa y muy vivaracha, que es la que canta:

Sou piquena, sou piquena,
como un grano di cibada;
lu qui tengu di piquena
téngulu di risalada.

Y como no bailo, emprendo la marcha para ir a dormir a Monasterio, la mitad del camino a pie y la otra mitad andando. Y allí hablaremos.

La Maniega, n.º 22, septiembre-octubre de 1929

RUMBOS DEL COUTO

II

Llegué a Monasterio del Couto, ya orientado hacia la casa de Roque, pues me habían dicho que su dueño, D. Manuel González Díaz, sabe muchas historias del país, muy propias para ilustrar mis crónicas. Efectivamente, D. Manuel, plácido abuelo en la casa, nos recibe muy bien y me cuenta muchas cosas; es un buen narrador y se sabe de memoria la guerra de África. Aun trata de tú a Prim y a O'Donnell.

Cuando llega de Vegadorreo el mayorazgo, dícame que allí había apostado cinco duros a que no, cuando allí le habían dicho que yo era el director de *La Maniega*. «¡Qué va a ser, hombre, qué va a ser! ¡A pie, de alpargatas y cubierto de barro! ¡Ese es un pelagatos, que tomó el nombre!» Me hizo gracia, y ya decía yo que en Vegadorreo había resultado un personaje de pacotilla. Tendré que dar explicaciones al Payar, por haberle representado en tal vitola.

Viene a visitarme el alcalde, D. Antón de Manín, y hacemos una animada tertulia. Sobre la mesa veo el último número de *La Maniega*, y ello desvanece mi cansancio. Por lo que van diciendo, veo que Monasterio es un pueblo rico, el más rico del río del Couto. De los ocho vecinos que son, tienen unas veinte cabezas de vacuno cada uno y tienen, entre todos, unas mil cabezas de cabrío. La cosecha a duras penas les da para el gasto del año, pero abunda la leche y crían buenos cerdos. Los mayores enemigos son los jabalíes y los lobos; hace muy pocos días que estos hicieron un gran destrozo en las cabras de D. Manuel.

Yo les pondero sus casas blanqueadas, la de Rodrigo, con elegantes frisos y pintados balcones, y cuando les cuento mi sorpresa al ver en la entrada del pueblo unos huertos con hermosos pimientos,

me dicen que allí se cría toda clase de hortalizas. No es de extrañar, pues Monasterio solo está a 200 metros de altura sobre Cangas y en situación muy abrigada.

Pero mis encomios se truecan en dura crítica, cuando les digo que también he visto muchos árboles frutales, pero todos añosos, descuidados y carcomidos. Casi me creo que algunos de ellos habrán sido plantados por los benedictinos. De todos modos, les echo en cara su incuria, que es la misma que en casi todos los pueblos del concejo. Es doloroso el ver cómo por estos pasó una generación esmerada y cómo esta muestra sus abandonos.

«La fruta es cosa de chiquillos», suelen decirme algunos aldeanos cuando hablo de esto, pero yo les respondo que esta, ahora, tiene un gran valor en Cangas: a perrona se han vendido muchas peras este año, y un peral bien cuidado puede dar para adquirir una arroba de aceite [12,563 litros / 11,5 kilos]. Y ahora, me encaro con el mayorazgo de don Manuel, animándole a que plante frutales. «Plante usted, plante ciruelos y manzanos y perales, que eso no cuesta nada y sobra sitio, y aunque, a los años, *agatuñen* por ellos los chiquillos, usted gozará de aquel encanto, y cuando usted, abuelo y viejo y achacoso, se recluya en el escaño, al escaño irán sus nietos ofreciéndole los frutos más maduros y sabrosos de los árboles que usted plantó».

Hablamos de *La Maniega*, y un rapacillo, listo y simpático, nieto de D. Manuel, se condeule de los comentarios poco halagüeños que yo pueda hacer de la casa y del alojamiento que me dan. «A lo mejor, dice él, *como usted se ríe de tou, va a decir en la revista que aquí ta tou escascarichau o puercu o furruñentu*». Y yo le tranquilizo. Yo estoy muy satisfecho aquí y todo lo encuentro muy a mi gusto, y si encontrase deficiencias jamás me permitiría una burla. Si yo hablo en broma siempre, es para que se me lea con agrado, y así, con agrado, se aprenda. Y si *La Maniega* predica otras delicadezas y refinado gusto en las aldeas, sabe bien que en los siglos de vida que ellas llevan, aquí nadie enseñó y nada se aprendió, y las culpas no son, pues, aldeanas.

Y como el nieto de D. Manuel me escucha muy atento, prosigo en mis consideraciones, aunque ahora parezcan trasnochadas. *La Maniega* sabe bien, le digo, que cuando no hay carga que llevar al molino, no se puede pensar en manteles o servilletas; para un pote sin grasa, cualquier vajilla es buena, y gracias que no falten escudillas; pero cuando las tierras son ya propias, cuando el ganado produce, si los emigrantes ayudan, entonces no es perdonable el quedarse atrás, y entonces tienen cabida en estos pueblos los sentimientos elevados, los idealismos del amor, hoy postergado, y el gusto por lo superfluo, que es el mayor acicate del progreso; cabe aquí, digo, la alegría del vivir, pues el vivir siempre mirando a la tierra o con un afán immoderado no merece la pena.

Como tengo los pies calados de agua y fríos, me acuesto muy temprano. Al amanecer, a ver el pueblo, que anida entre altos y espesos montes, en cuyas cimas comienza el concejo de Ibias. En ellos rugían antes los osos y pastaban rebaños de rebecos, en los que hizo D. Manuel muy buenas cacerías. Hoy abundan los corzos y jabalíes; los transitan muchas raposas y garduñas y algunos tejones; en sus ramas se columpian infinidad de ardillas y cantan en primavera los gallos de monte, que aquí llaman faisanes. A la entrada del pueblo hay una capillita donde se hace gran fiesta a San Bartuelo. A la salida vése una airosa y blanca escuela, obra, con la ayuda del Municipio, de todos los vecinos, que gastaron en ella más de seis mil pesetas. Todos, todos contribuyeron, y si los de Combo no podían aportar dinero, ellos llevaron la cal necesaria desde Rengos.

Veo, con pena, que no hay flores alrededor de la escuela y desde ahora ofrezco, en nombre del Payar, al maestro de Monasterio y a todos los del concejo, gran variedad de semillas. La señorita María Arango ha recogido para eso todas las de su escogido jardín; nuestro presidente, D. José Uría, las facilitará a quienes las soliciten. Los maestros deben encomendar a los niños que las atiendan. ¡Si seré yo frívolo que otra vez me fijo en estas futilidades y nonadas!

Con toda calma emprendemos el regreso a Vegadorreo; desde el camino no veo a Combo, ni a su capillita, dedicada a San Justo; ni a L'Artosa, pueblo de sierra y ganadero; tampoco distingo a La Vega del Tallo, ni a su capilla de Santa Isabel. A las doce comemos, otra vez, bien, en la taberna de Santos, y a las cuatro de la tarde estamos otra vez en Agüera, donde encontramos a D. Joaquín, muy atareado con su desnatadora. Estas máquinas son de gran servicio para la riqueza lechera de estos pueblos y de este río; hay otra en La Viña y otra en Tremado. Por cierto que mi hermano²⁴ siente poca devoción por esta industria, pues teme que a ella vaya a parar toda la leche, consumiendo los aldeanos sólo la desnatada, lo que hará desmerecer la salud y el vigor de la raza.

Al vernos suspende D. Joaquín su trabajo y nos lleva orgulloso a un edificante espectáculo: lo dan los vecinos del pueblo, trabajando afanosos en la construcción de una fuente, de todo lujo y de un agua riquísima y abundante. ¡Que no sepa el médico que yo me eché dos cuartillos al colete, llegando fatigado y sudoroso! Fáltales, a los cívicos y asiduos, lo necesario para el cemento y es de esperar que nuestro solícito municipio sea rumboso con ellos. Aplaudimos al señor cura párroco, del que partió la iniciativa, y el que en esa labor dirige a sus feligreses.

Al amanecer del martes, en pie ya, camino de La Regla, disfrutando de una bella mañana y un hermoso paisaje. Otra vez vemos a Luberio, pueblo que con el de Otás [Outás] y Oballo [Oubachu] donó a Corias, en 1138, doña Onega Menendi. Ahora vemos el pueblo de Tremado, mimado por el río, frondoso y fértil, y con su capillita, en la que festeja a Santa Marina. Al pasar, salen de la rica casa de D. Vicente Rodríguez de La Peña, a ofrecerme un caballo, y tan amables me instan, que acepto, aunque no voy cansado, y otra vez me veo hecho todo un caballero.

Luego, Vegaperpera [Veiga], también vecina al río, también de

²⁴ El médico Manuel Gómez Gómez (Cangas del Narcea, 1879-1965).

bellos cultivos. A su frente asoma airosa Rebollas [Rebol.las], y a su espalda se recata entre castaños, pero dejando ver sus casas blancas, el pueblo de Perdiello [Perdiel.lu]. No es cosa de subir a Bergame, donde pasé un buen día, hace dos años, en la espléndida casa de D. José María Díaz. He de volver, sin embargo, a ver si hallo vestigios del castillo donde se halló un escudo de armas con un león y flor de lis y un letrero, que dice: «*Sigilum populi de Cangas*». ¡En dónde estaría pensando el padre [*Luis Alfonso de*] Carballo, cuando relacionó el nombre de este pueblo con las ricas peras de bergamota, que en él se cosechaban!

A las once estamos en La Regla de Perandones; sobra tiempo y me extasío viendo las perplejidades del río del Couto antes de entregar sus aguas al Narcea. Llega allí jugueterón, cantando sus aventuras por los Penedos de La Viña, pero ante las angosturas que en La Regla le separan, se alarma y suelta espuma. Lleno de pánico se ennegrece, se aquietta y se desliza cauteloso por entre las cortantes pizarras, y a la sombra de los dos puentes parece un reptil enorme, que serpentea por entre afiladas y fruncidas cuchillas en las oscuridades del abismo. Al fin, sale, se esparce y salta por los morrillos, contándole al Narcea los apuros que acaba de pasar.

En el puente me encuentro con muy amena tertulia: son el cura párroco señor Gabela, el maestro D. Benito Ginés y el alcalde. En todos los pueblos del concejo no hay dos vecinos siquiera tan entusiastas como estos del progreso y cultura del país; Cangas será en poco tiempo un emporio en riqueza, y en cultura, un modelo. Me llevan orgullosos al monte de las meriendas, que decimos en Cangas, y me muestran hermosa fuente de rico grifo y hermosos poyos que acaban de construir. Bien, bien ganada está la satisfacción ciudadana de La Regla, y más, cuando acaban de construir otras tres fuentes parecidas. Agua, mucha agua, que es el primer elemento de la higiene, y más donde los sudores del trabajo y las labores, con el abono, exigen esmerada limpieza de la piel. Una piel sucia es un terreno ricamente

abonado para toda clase de microbios. Gran parte de las dolencias aldeanas se deben a la suciedad de la piel.

Mis contertulios están halagando, «*in mente*», una plausible empresa: la construcción de una escuela que ha de servir para La Regla, Perandones [Parandones], L' Artosa, Vegapope [Veigaipope], Acio [Aciu], Caldevilla [Caldevil.la d'Acio], Vegaperpera, Perdiello, Penlés y Sibil [Sebil]. Ya tienen madurado el plan y están con las manos en la masa, cuentan ya con un espléndido donativo hecho por nuestro conde [*de Toreno*]. Este, que no escatima en ceder sus terrenos, siempre que Cangas lo necesita, cedió para la escuela mil doscientos metros cuadrados, todo un montículo, un bello otero, donde aquella ha de asentarse airosa. El conde de Toreno puso una condición muy acertada y que servirá de acicate a los vecinos de aquellos pueblos para no descuidar la obra: la de reintegrarse aquella propiedad si en dos años no han comenzado los trabajos. Ha subido al emplazamiento que dona y ha prometido venir a la inauguración del edificio. ¡Para qué plácemes al conde de Toreno, si todos serían pocos para lo que le debe la villa y el concejo! ¡Bien saben, bien, estas aldeas lo que al año les cede sosteniendo las módicas rentas que sus tatarabuelos establecieron!

Opípara comida en la fonda de D. Manuel Alvarez, servida con gran esmero; rico café, buen cigarro y selecto coñac en la florida rectoral, y nueva charla acerca de los planes de fomento y cultura que abrigan estos entusiastas, y en esta charla se recuerda con gran afecto y devoción la labor meritoria de otro hijo de La Regla, D. Francisco Rodríguez, quien desde Madrid, secunda, coopera y anima para todas estas mejoras de su pueblo.

Ha sido esta una excursión muy agradable: quedo muy complacido del río del Couto. Para nota final y muy simpática, citaré mi visita a la respetable señora doña Dolores Meléndez de Arvás, hermana de mi buen amigo y selecto escritor, D. Odón²⁵ (q.e.p.d.). Al saludarla

²⁵ Odón Meléndez de Arvas (Carballo, 1851 – Cibuyo, 1923), maestro y periodista,

tuve la íntima satisfacción de ver que prendía su manta con la insignia del Tous pa Tous.

Y ahora, a Rengos.

La Maniega, n.º 23, noviembre-diciembre de 1929

colaboró con artículos costumbristas y de opinión sobre diversos temas en publicaciones como *La Verdad*, *El Narcea*, *El Distrito Cangués*, *La Voz de Cangas* o *La Justicia de Grado*. De ideas republicanas, se destacó por su defensa de la instrucción pública y los campesinos. Parte de su obra la ha recopilado su bisnieta Ángeles Martínez Álvarez en el libro *Artículos periodísticos (1903-1917)*, Tous pa Tous, Cangas del Narcea, 2021.



Escudo de Sierra
y Pambley, en
Tremado del Couto.



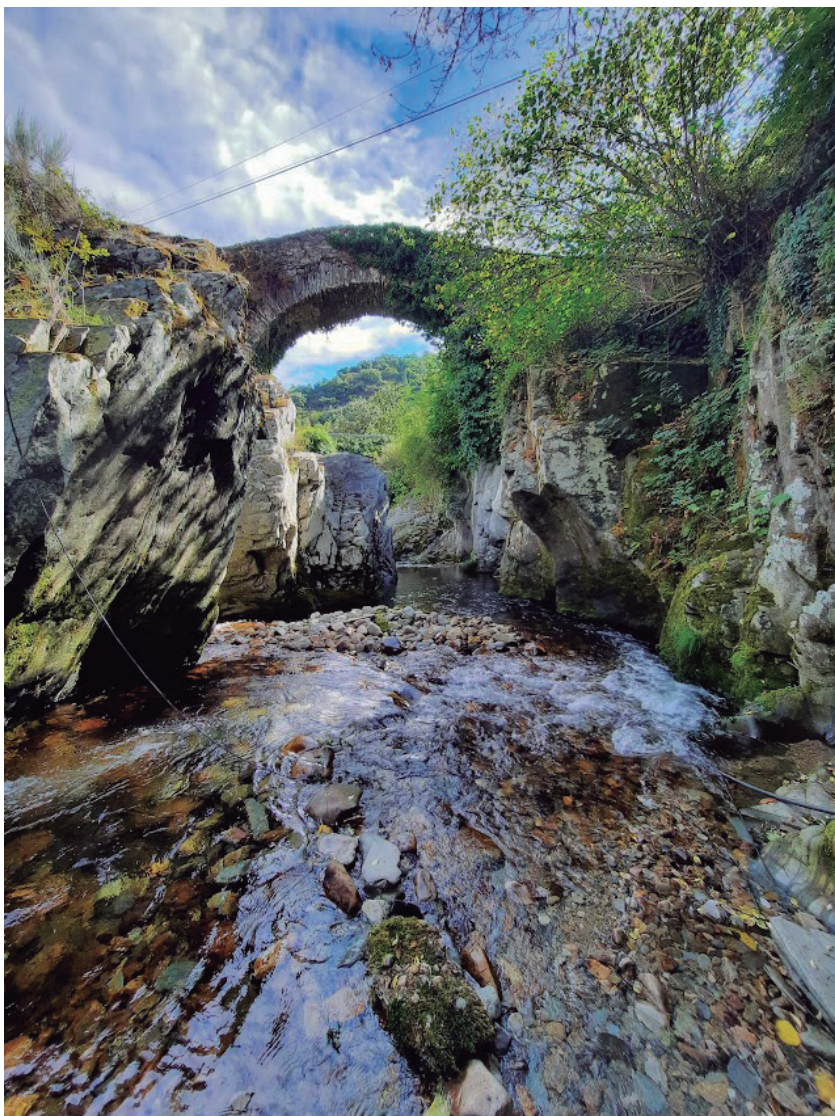
Casa de Joaquín Blanco, en Agüera del Couto, donde se aloja y cena
Mario Gómez en sus rumbos por el Couto.



Panera en Monasterio del Couto.



Escuela de Monasterio del Couto, hoy vacía, «obra, con la ayuda del Municipio, de todos los vecinos, que gastaron en ella más de seis mil pesetas».



Puente en el río del Couto, Regla de Perandones.

RUMBOS DE RENGOS

I

Tengo yo por docenas los sobrinos, y no es porque yo lo diga, pero cada uno vale un mundo. Uno de ellos es Benito [*Álvarez Castelao*]²⁶, que hoy me lleva en auto hasta Cibuyo. Tengo yo por el mundo atentos y obsequiosos amigos y uno de ellos es el párroco de Cibuyo, mi compariente D. Francisco Benavides²⁷, que nos brinda a su delicada mesa el día de la *Pasquiecha*. Viene con nosotros Nino (Benigno Avello [*Morodo*]), siempre despierto y animoso. Con estos elementos ya se pueden seguir, ya, los rumbos concejiles.

Al comenzar mi excursión por las tierras de Rengos, lo primero que debo preguntarme es la significación o etimología de este nombre. No creo que tenga que ver con el célebre Rengo de la Araucana, ni con el gallego *rengo*: lechoncillo. He oído a unos chiquillos de Tineo llamar muy despectivamente a nuestra villa Cangas de Rengos, acaso siguiendo analogía con derrengado. Efectivamente, los lingüistas derivan *renco* y *rengo* del latín *rénicus*, cojera de caderas. Meyer Lubke cree que no debe pensarse en *rénicus*, pero Américo Castro le contesta que de *rénicus*, con síncope temprana, salió *renco* y con síncope posterior salió *rengo*.

Pero, ¿es que los de Rengos tienen unos andares tan poco airosos que de ellos ha sacado este valle su nombre? Yo bien sé que no tienen andar torero (aunque toreros da), ni jándalo, pero por más o me-

²⁶ Hijo de José Álvarez Menéndez y Balbina Castelao Gómez, prima del autor y de su misma edad, natural de Valín (Taramundi), que vivió desde muy joven con sus tíos y primos en Cangas.

²⁷ «Compariente» porque una prima del autor, Manuela Gómez Queipo, de L'Enxertal (Allande), se casó en la casa Benavides, en Santa María (Grandas de Salime), de la que era este cura párroco.

nos jacarandosos no habrán sacado ese apellido. La etimología debe buscarse en la voz ligur, *rencus*, que, según el Diccionario de Rossi, traduce terreno inculto. Dado lo abrupto de estas laderas, es de creer que en tiempos muy antiguos estuviese casi todo este valle yermo y despoblado.

Como la parroquia de Santa Eulalia [Santaulaya] ha de ser visitada cuando sigamos los rumbos del contorno a la villa, daremos comienzo hoy fijándonos en Penlés [Pinl.lés], blanco, pintado, gayo, asomándose presuntuoso sobre la carretera. Tan bello aspecto tiene, que acaso de su hermosura traiga el nombre, nombre derivado de *penla*, cosa preciosa. Es verdad que de *pitino* viene piniello e igual de *pinna* podría venir Penlés, por estar situado en rápida pendiente.

Es un pueblo simpático en el concejo, no solo por la bondad de sus fabas, las mejores de todas, según fama, sino por la hermandad que reina entre los vecinos: viven bien avenidos en mutua ayuda, sin riñas ni litigios y el premio a esa avenencia lo encuentran en su prosperidad, pues sabido es que donde los hombres viven como hermanos sale trigo en las peñas, dan *ximiélgas* [*gemelas*] las vacas y todo prospera y fructifica. La paz entre los vecinos fertiliza los campos más que el agua de abril.

Más alto que Penlés, está Sibil; tan alto, que asoma ya a la sierra, y es rico por sus pastos. Propóngole a Benito subir en auto, pero resulta que este auto no sabe *agatuñar* y desisto del viaje. Martínez Marina dice que el nombre de Sibil procede del árabe *sifil*, cueva o sitio subterráneo: con el mismo significado de despensa subterránea lo traduce Alemany. ¡A que tengo que ir a Sibil en busca de alguna cueva que haya dado nombre al pueblo! Y ya estamos en La Regla de Perandones, pueblo grande y señorioso, que subió del río a la carretera e hizo en esta una barriada de modernas y blancas casas. En 911 figura el monasterio de Santa María de Perandones y más de diez siglos hace que el rey D. Fruela lo cedió a la catedral de Oviedo. De aquel primitivo monasterio no queda rastro alguno: la iglesia sufrió

muchas restauraciones, muy reciente la última, gracias al poder de don Ramón García del Valle. Lo más interesante de La Regla es hoy el santuario del *Ecceomo*, que mereció y aún merece grandes devociones en los concejos de Cangas, Ibias, Degaña y Allande; pruébanlo la multitud de romeros que acuden al santuario, algunos con *balobro* o mortaja, y el gran número de exvotos que cuelgan de las paredes. Díceme el virtuoso e ilustrado párroco D. Manuel Gabela que los datos más antiguos que de este santuario obran en el archivo parroquial no alcanzan más allá de 1727, fecha en que tenía muchas rentas y licencia del obispo para que un cwestor pudiese postular por todo el obispado. En 1750 fue reedificada la capilla por D. Juan de Llano Flórez, de Entrambasguas, y en 1840 completó las obras el párroco D. Juan Barreiro. Es obra esbelta, bien acabada y conservada, con un atrio de cuatro aiosos arcos, y cúpula y espadaña de hermoso mármol traído de Rengos.

¡Cuántos recuerdos tiene para mí la romería del *Ecceomo*! El notario de Cangas, don Felipe Villamil, y mi abuelo llevaban a sus familias en carros del país, muy usual entre cangueses para ir de fiesta. Eduardo Villamil y yo, dos mocosos, íbamos en competencia, y un año, para que mi carro saliese el primero de la Refierta, *amené* yo las vacas cuando estaban cargando la cesta de la merienda y aquello fue un desastre. ¡Qué sopapina! Pero mi carro se había atravesado y ¡salió el primero! «Y vamos *p'arriba*», como dice un célebre volatinero; pero no tan alto, que lleguemos a Otás o a Perandones, pues habremos de dejar la visita para cuando vengamos a las romerías de San Adriano o de San Antonio que estos pueblos celebran en sus respectivas capillas.

No me atrevo a hacer conjetura alguna respecto a la etimología de Perandones, pueblo de antiguo señorío del que figuran pleiteando, en 1538, D. García de Valdés y D. Gonzalo Fuertes. En 1751 figura Pedro Álvarez de Perandones haciendo expediente de hidalguía. El nombre de Otás procederá de *oto*, alto, y, según Astarloa, del vascuen-

ce *otia* u *ota*, significando árgoma: en el euskera, *otaza* significa abundancia de árgomas. Preferible será aceptar la interpretación, también vascuence, de *otada*, ponerse en alto.

Río arriba, La Arnosa [L'Arnosa]: dos casas bien vestidas; enfrente, bañándose en el río, Vegapope, de frondosas galas y casas blancas con piedras de armas. La mejor es la llamada del Molinero, de gran hacienda y antigua nombradía, emparentada con la de Sotolabio de Salas y que dio curas y canónigos benefactores del país. Los Barreiro de esta casa fueron los fundadores de la capilla de Santiago, en la iglesia de Cibuyo. Otra casa blanca, vecina a la capilla de San Juan, es la llamada de Blanco; su dueño se apellida Blanco y Rubio, pero sus apellidos no responden al color de su piel, que es muy prieta. Creo que esta casa fue la matriz del apellido Blanco, luego de Naviego y ahora de Cangas, y el que lleva hoy como heredero directo de la casa, D. Fernando Blanco Flórez-Valdés. Parece que en 1566, un Alfonso Blanco de Vegapope casa con Magdalena del Valle y se van a vivir a San Martín de Bimeda [Samartinu], de donde, con un nieto de estos, pasa la casa y apellido a Naviego.

No se crea que Vegapope trae el nombre de algún sacerdote moscovita, no; no hay tal pope, sino *pópulus*, álamo, o *popus*, árbol o mata.

Antes de llegar a Cibuyo vemos en la ladera de enfrente, más altos que Vegapope, a los pueblos de Acio y Caldevilla de Acio, los que se están ganando generales afectos, porque, bien avenidos, se afanan en construir una escuela en común. Ya tienen en común una capilla, en la que hacen la gran fiesta a San Bartolo; esa avenencia y la fertilidad del suelo dan a esos dos pueblos buen pasar y plácido desahogo.

El nombre de Acio se presta a varias interpretaciones, según la devoción de los lingüistas. Escandón nos hablará del hijo de Jeroboam, llamado Acieco; Sánchez Calvo, mentará a los Asiecos y Asio-cardos; García de la Riega, buscará el significado en el vasco *azi*, simiente, a cambio de que los arabistas Eguilaz y M. Marina nos hablen del *ac-girat*, vía, ruta, sendero. Todos tendrán la razón, pero será

más razonable seguir la opinión de Trapiello, que se fija en *actium*, lugar de zarzas, y si no es eso, podremos deducirlo de *acte*, saúco.

Cabe en lo posible que de *calcium* hayan salido *caleya* y el cal, camino, referente a este pueblo de Caldevilla; a mí, y para otros estudios que ahora traigo entre manos, hubiérame gustado más la voz hebrea *cabal*, significando asamblea o reunión de la comunidad, de donde salió cal, sinagoga, pero lo más acertado será buscar la referencia en la voz ibérica *cala*, en la acepción de alto o de peñas o peñascal.

Sin darnos cuenta, ya estamos en Cibuyo, pero antes de entrar nos detenemos a contemplar la lujosa, la exuberante ladera que tiene en frente y con la que se comunica por un puente románico exornado con caireles de yedra. Primero, y como haciendo los honores, Soto [Soutu de Cibuyo]; más arriba, San Esteban de Berguño, orlado de manzanos, ahora en flor, que remozan la antigua mansión benedictina.

Digo mansión benedictina, porque aquí había un monasterio con abad y con abadesa, uno de aquellos de que nos habla Yepes, en los que con una iglesia común había frailes y monjas en diferentes departamentos. En 1086, el abad Fernando y la abadesa Caradona hacen el trueque de una finca con el monasterio de Celón. De aquel monasterio y de las riquezas que allí había no quedan señales, aunque es de creer que sobre sus ruinas se hubiese construido la capilla de Santa Tecla y casa de Barreiro, capilla que tiene hoy muy ricos ornamentos, pues de los Barreiro de aquella casa salieron distinguidos canónigos y párrocos que mimaron al linajudo solar. Estoy invitado por mi amigo el mayorazgo de esta casa, D. Manuel, para la fiesta de septiembre y entonces hablaremos de este pueblo y de Berguño [Berguño].

Berguño, Bergondio o Bergundio, pues estos nombres tiene en antiguas escrituras, es nombre que, según Piferrer, presenta dos radicales célticas: *bar*, que equivale a caliente y a fértil, y *gut*, significando garganta. García de la Riega halla relaciones entre este nombre y el de los Bergundios de Francia.

Ya estamos en Cibuyo, que justifica su nombre griego procedente de *kibon*, saco de provisiones, o latino, si proviene de *cibum*, ceba, dar de comer. Y efectivamente, es este un valle feraz, de amplias vegas y exuberantes huertos, de gran pradería, de casas grandes, ricas y bien traídas. La que hoy se llama de D. Joaquín, que fue de los Álvarez de Sierra, es, me dicen, la más hacendada y acaso lo sea tanto la de Melchora. En la carretera hay casas de construcción moderna, bien ataviadas y algunas de tres pisos. Cibuyo, en esa barriada, tiene el aspecto de una moderna villa. Cibuyo fue pueblo señorial y dio a significados personajes del concejo, uno de los que más figuraron fue D. Francisco Álvarez de Sierra, juez primero noble de Cangas en el año 1770.

Hay en Cibuyo una ermita con un venerado Cristo, en la que se celebra una de las mayores romerías de este concejo: hablo del Santo Cristo de Puchanca. Faustino [Meléndez] de Arvas derivaba esta voz de *pollanca*, lo que supongo un error y creo que debe traducirse por *pozanca*, con el sufijo despectivo *anca*, cuyo origen desconoce Hanssen y que Philipon cree ligur. Tal vez hiciese relación a un gran charco que por los inviernos se formaba allí o al que se formase en el río, que, abarcando el cementerio, hace allí un rapidísimo zigzag. Es interesante la iglesia parroquial de Cibuyo por su gran antigüedad: ella asienta sobre las ruinas del monasterio de San Salvador, donado a la catedral de Oviedo en 921. Fue visitada por Jovellanos, Martínez Marina y Vigil. Jovellanos dice así en sus *Diarios*:

«Trabajé en la piedra de Cibuyo: es de tres cuartas de ancho por dos de alto; tiene unos renglones partidos por líneas dobles arados con cuchillo sobre la pizarra, de bella letra, pero borrada en la mayor parte a fuerza de lavaduras, que hicieron saltar escamas y desaparecer algunas letras. Después de grandísimo trabajo pude leer muy claramente los tres primeros renglones, que contienen lo principal de la Memoria, y dicen: *In nómini nostri Jesucristi consagratum esta... episcopo Gonzalvo templum istud in era C. C. III pos millesima nómina reliquiarum istus*».

Esta lápida, dice Vigil, está en la Real Academia de la Historia²⁸. En el pavimento de la iglesia y a su alrededor había muchas lápidas sepulcrales muy antiguas, una de ellas²⁹ vi en el corral de la casa de Barreiro bajo unas cargas de *xiñestas*. Dentro, no hay alhajas ni cuadros de valor, pues dos tablas, una de San Pío V y otra de San Antonio, son de poco mérito: es muy aceptable una talla de San Antonio conducido sobre las alas de un ángel. Hoy son de admirar de aquella iglesia unas pinturas murales en el ábside, descubiertas hace seis años por el inspector de monumentos D. Diego Lecuna³⁰. Este señor no hizo aquí juicio o consideración alguna respecto a su descubrimiento; quedó en volver para picar el resto, pero desde entonces no ha dado noticias suyas. Después de este viaje a Cibuyo, de que vengo hablando, hice otro a Celón para hacer comparaciones entre los frescos que hay en el ábside de las dos parroquiales y hoy creo que, por los colores, por los trazos, por los argumentos, unos y otros son de la misma época y se deben al mismo pincel. En el ábside de la iglesia de Cibuyo aparecen al lado de la epístola y en un tramo superior, la figura de San Marcos con un león a sus pies y en el tramo inferior una caldera cargada de ánimas, a la que atizan unos diablos. Del lado del Evangelio, se ve, en el tramo superior, la figura de San Mateo y

²⁸ Lo que hay en la Real Academia de la Historia, en la documentación acopiada en los primeros años del siglo XIX por Francisco Martínez Marina para el «Diccionario geográfico e histórico de Asturias», es una copia de esta lápida de consagración de la iglesia del siglo XII.

²⁹ Seguramente el autor vio la lauda de Greodo, del año 1099, que actualmente está en el Museo Arqueológico de Asturias, donada en 1951 por J. Menéndez Álvarez. El texto está en latín, la traducción es: «*En este túmulo descansó la sierva de Dios Greodo, que emigró de este siglo, en las kldas. de mayo de la era MCXXXVII*». Greodo es una de las hijas de los fundadores del monasterio familiar de Cibuyo, Álvaro Bermúdez y Guina Góniz, en el siglo X. Este cenobio pasó a depender del monasterio de Corias a través de donaciones familiares que mencionan a esta Greodo, que cede la mitad de los bienes que hereda de sus progenitores.

³⁰ En 2017 se descubrieron más pinturas murales en la bóveda del presbiterio, que datan de finales del siglo XVI y continúan la tradición pictórica medieval.

en el inferior la escena en que Adán y Eva son echados del Paraíso. La antigüedad de estas pinturas debe de ser del siglo xv, ya que antes estaban prohibidos esos ornatos murales y porque la factura no es moderna.

Tengo para mí que ya los lectores de *La Maniega* están tosiendo y se ven, asfixiados entre el polvo de polilla y carcoma que de las vestusteces de Cibuyo estoy levantando; será preferible que salgamos de la iglesia, pues si es verdad que la iglesia es el camino de la Gloria, a gloria nos está oliendo ya la cocina del señor cura. ¡Y vaya una gazuza que gastamos y vaya un banquetazo el que nos da D. Francisco! Son comensales también el señor cura de Larna y D. Manuel Gabela, párroco de La Regla. (Gabela es apellido portugués, significa lo que el castellano gavilla: haz de pajas). Quiere decirse que con tan buena compañía, nuestra *xanta* ha de ser selecta y muy amena. Yo como bien, pero Benito come más y Nino come más que Benito. ¡Y qué asado, y qué truchas, y qué postres, y qué café, y qué todo, y qué charla después de todo! ¡Y caramba con los curas, todos, todos, lo bien que se encontraban con la Dictadura [de Primo de Rivera] y el miedo que le tienen a estos desfogues de la gente liberal y moza! Y menos mal que Nino, Benito y yo nos achantamos como zorros para no enseñar la oreja, no fuesen a quitarnos la copa y el buen habano.

Y ahora vamos de romería. «*Barriga farta, requiere gaita*», dice el refrán, y hoy, nosotros estamos para muchas gaitas y tambores. Vamos a Castanedo [Castanéu], a la *Pasquiecha* (se llama así porque se celebra al siguiente domingo de Pascua). No quiero contar hoy lo mucho que del país aprendo al pasar por Las Fraguas [Las Frauguas] con el nuevo consocio del Tous pa Tous, José Acebedo: es tarde y lo dejaré para otro día. Tomamos el atajo, y, un resuello aquí y otro más arriba, llegamos a la secular iglesia de Castanedo, consagrada en el siglo xii por tres obispos: está en una graciosa atalaya, desde donde la *Pasquiecha* otea el valle.

En el atrio y en la planicie, ante la iglesia, hay gran gentío: mu-

chos carros con sendas cubas de vino; grandes cestas de rosquillas, muchas avellaneras. El día es de un espléndido mayo; la naturaleza está también de fiesta y desborda todas las arrogancias primaverales. El sol deslumbra en una virilidad frenética; la madre tierra lo recibe en éxtasis libidinoso; en las faldas de esta colina festoneada por tres parleros arroyos, en los matorrales, en los prados, en el ambiente, todo está en himeneo. Hoy es fiesta nupcial en la naturaleza, y con ella y en ella y en día de romería o de consentido desenfreno, está la especie soberana preñada de la misma avidez.

Impaciéntanse los rapaces al pie de las cubas, y con los ojos, con intranquilidades de todo el cuerpo, casi a aullidos, piden gaita y jolgorio; las rapazas parecen aquietadas, recogidas, pudorosas, ante el delirio prohibido que ya barruntan. «Esto está que arde», dice Nino, y se queda entre la mocedad, al pie de un carro. «Aquí no hay más cera que la que arde», dice Benito, que al asomarse a la iglesia ve la espesura de luces que en el suelo, en los altares, por todas partes, rinden holocausto a la *Pasquiecha*. En verdad que allí hoy arden más cirios y velas que en los monumentos de Cangas en día de Jueves Santo...

Según El Rubio (este año, nos dice, es el actuario), tales eran las devociones por esta imagen que sus arcas estaban siempre repletas, y de ellas se sacaron en 1853 más de 8 000 pesetas para restaurar la iglesia de Cibuyo. A juzgar por los antiguos exvotos que penden en las paredes, debió haber sido muy venerado este santuario, y aun lo es mucho, si juzgamos por el gentío que hay hoy y por las luces que arden.

Y esa cera ha venido de Madrid, enviada por emigrantes de Rengos: son esos cirios, regalos, obsequios, mimos que mandan a su *santina* aquellos que, a través de distancias y tiempos, luchando por la vida y venciendo adversidades, guardan en su corazón los amores y la fe de sus niñeces.

Yo he hablado muchas veces con infinidad de cangueses que en Madrid ganan su vida, y me alegró siempre el ver la gran capacidad canguesa para acomodarse a la vida moderna, a las ideas, al progreso,

al ambiente que reina en las más cultas poblaciones. Esos cangueses, que así entraran de lleno en los avances de ideas y sentires del mundo actual, son los que con mejor sentido se lamentan del atraso en que aún viven nuestras aldeas, y esos son los que se preocupan por la instrucción y adelantos de este país.

En general, esa acomodación va bien medida, y el cangués encaja con toda corrección en el ambiente y cultura urbanas, pero *hailos* que al soltar el *calcín*, al dejar las madreñas, al olvidar la *fala*, soltaron, dejaron y olvidaron prendas del alma, afectos del corazón, recuerdos íntimos, que son la espuma de todas las riquezas. Esos son los que perdieron la medida, los que se atracaron con gula de modernismos y no han hecho una buena digestión, y oyendo a esos, y viendo la frialdad de algunas de esas almas, piensa uno, si aquella capacidad canguesa para asimilarse al progreso y cultura modernas no será tanta; piensa uno, si en la emigración se perderá el espíritu cangués, si por el mundo se enfría el fuego que anima el alma canguesa.

¡Pero, no, no, no se enfría! En la iglesia de Castanedo, en El Acebo, en *El Ecceomo*, véñse arder esos cirios que envían los emigrantes de Madrid. Yo veo cuántas cariñosas ofrendas luce hoy la venerada *Pasquiecha*. Y no deben de apagarse esos rescoldos, porque esos son los que animan y dan voluntad para el trabajo, son los que alegran la vida; son los que conservan el ánimo despierto y juvenil; son el mayor de los consuelos en las enfermedades y en la adversidad. ¡Bendita la libertad; bendito el progreso; benditos los derechos del hombre y la emancipación de los trabajadores; pero bendita, sobre todo ello, la *Pasquiecha*, porque ella vale más, mucho más!

Qué consuelo inefable, qué riqueza del corazón la del emigrante de Rengos que, vencido en la lucha por la vida, en la mayor pobreza, en la mayor soledad y desamparo, en una cama del hospital, pueda exclamar, acaso agónico: ¡Madre mía! ¡Jesús mío! ¡*Pasquiecha* de mi alma, ten misericordia de mí!

RUMBOS DE RENGOS

II

Habíamos quedado en la romería de la *Pasquiecha* cuando caía la tarde, y al pie de Castanedo reanudamos hoy la marcha, haciendo pie en uno de los pueblos más industriales del concejo. ¡Como que tiene dos grandes establecimientos metalúrgicos: dos forjas, una en cada casa de las dos que tiene el pueblo! De ahí que a este se le llame Las Fraguas.

En aquel peñascal había en otro tiempo una fragua, la de Matías, y era llamado el caserío Penacogollera. Pasó la carretera: la casa aquella derrumbóse. Matías hizo otra abajo, y allí trabajó, y en la misma fragua trabajó su hijo, y en ella trabaja ahora su nieto, nuestro amigo y consocio José Acebedo. La otra casa y fragua son más modernas.

Me agrada el entusiasmo profesional de Acebedo y la satisfacción con que muestra sus dos raigales, un costoso yunque, un poderoso taladro, un hacha muy acabada, obra del día anterior. ¡Cómo acabó la gran industria con las fraguas del concejo! Hoy las vence hasta en clavos y tachuelas; menos mal que hoy viven recomponiendo la maquinaria agrícola.

Desde Las Fraguas contemplamos el bello pueblo de Saburcio [Saúrciu]. Nada, para su etimología, de la arábica *Saba*, ni del barrio romano llamado la Saburra; ni de Saburga, tribu de Benjamín; ni de los saburros, vecinos a los astures; ni aun de Saburra, ciudad ibérica que cita Humboldt. Lo mejor será escuchar a Alemany, que deriva *saborcio* de *sabatorio*, o fijarnos en el poema de Berceo, que pone *saborgado* por desgastado, o traducir, con Lanchetas, *saborgado* por deleitoso; efectivamente, en el bable (Rato), *saborgar* es saborear.

Y Saburcio es deleitable; se mira, presumido, en el río y se viste de

manzanos, que hoy, en flor, dan al pueblo aspecto de boda, de fiesta, de romería. ¡Qué bien revocada la casa de Guindos! ¡Cómo rivalizan en blancura la del Chongo y la del Carabinero, llamada esta así porque carabinero fue el abuelo de nuestro amigo y consocio Manuel Fernández!

En la misma ladera y más altos están Pandiello [Pandiellu] y La Vega del Castro [Veigalcastru], y más alto, Folgueirúa, pueblo de la sierra que fue braña vaqueira y que aún ha poco pagaba rentas a un vaqueiro de Luarca. En lo más alto está Combarro [Combarro], que luce dos capillas, una dedicada a San Pelayo y otra al Carmen. Estos pueblos tenían en otros tiempos gran señorío. Un Domingo Collado, de Pandiello, promovió expediente de hidalguía en 1745; en 1750 lo promueve Alfonso Martínez, del Pládano [El Pládanu], y en 1771, Domingo Martínez, de Combarro.

Según Aguilar, Combarro derivaría del árabe *kemparo*, pero haremos mejor fijándonos en la voz éuscara *arr-o*, alto, elevado, boyante, *fachendoso*.

Siguiendo la carretera, damos pronto con Agüera de Castañedo [Augüera], pueblo frondoso, al que hay que felicitar por su espaciosa escuela, a la que asisten los niños de Saburcio, Agüera, Vega de Castro y El Pládano.

Son todos estos pueblos muy *festexeros*, y hacen bien, pues los días de fiesta son lo único en limpio que aquí se saca de la vida y esos son los que dan alientos para el trabajo; por eso yo cito las romerías de los pueblos, y cito ahora la capilla de Vega del Castro, dedicada a San Antonio; la de Pandiello, que celebra a San Francisco, y la de El Pládano, dedicada a la Magdalena.

A poco andar damos con Sextorraso [Sasturrasú], bien situado, pero de pobre agricultura y patria del insigne *Bichurra*. Para su etimología habremos de fijarnos en la voz latina *sexta*, octava parte del día, o en *sextil* o *sextiles*, antiguo agosto; en el éuscaro *seito*, cancela; en *seicho*, servidumbre, o en sexto, alegre, gracioso.

Sé que por estas cercanías estaba el castillo de Palanquera, en el que habitaba y era dueño en 1224 el conde D. Suero Queipo.

Al detenerse el correo en el puente de La Pescal [referido a la venta al lado del puente: La Ponte], entro en la citada venta y soy obsequiado muy amablemente por sus dueños. No se ve desde la carretera el pueblo de La Pescal, hoy en desgracia y muy empobrecido. ¡Y lo que es el humor asturiano!, aún tiene ánimos para celebrar su fiesta a San Antonio. Pasado ese pueblo solo se ven en la ladera pardos peñascales de pudingas; en una especie de oasis llamado Masupena, crían los jabalíes y allí se refugian los que vienen huidos del valle de Naviego.

Casi oscurece cuando llegamos a Ventanueva [La Venta], y allí saludo al amigo D. Saturno Martínez [*Menéndez*], de gran popularidad con el nombre de Saturno Laventa; un verdadero genio comercial y de pasmosa actividad, que rige un surtido comercio y una fonda a la altura de las de una capital. Dos pasos más y estoy en el antiguo palacio de La Muriella [La Mouriel.la]; al apearme, encuentro a mis amigos D. José Ferreiro, virtuoso párroco de Vega [Veiga de Rengos], y al afamado colega D. Antonio Mora. Siempre me recibe con su afabilidad usual la familia de Elías Gómez.

Natural de Burón [*Galicia*], muy joven y de amplio trato, pronto deja ver D. José Ferreiro lo aventajado de sus estudios; es amable y celoso de su cargo y ya se ha hecho querer en la parroquia. Quiera Dios que con él no se eche aquí de menos al inolvidable y meritisimo D. José Rabanal [*Rodríguez*]. Es D. Antonio Mora un carbayón de postín, joven, de brillante carrera, animoso y enamorado... también de su profesión; tiene por delante una vida feliz y de prosperidades. Llega ya muy lejos su fama profesional; entusiasta en la política y de ideas izquierdistas, las que mejor le cuadran, va a dar qué hacer cuando empiecen las luchas. ¡Va a dar qué hacer, va a dar qué hacer este galeno! No hay que decir si con tan culta compañía habré pasado una amena velada en La Muriella.

Apenas amanece, estoy en pie y asomado a un amplio corredor del palacio que se avanza hacia el río; un río bullanguero, pero que no se deja ver, pues camina allí cubierto de *salgueiros* y alisos. En este bello recogimiento quiero evocar a las generaciones de alcurnia que desfilaron por tan suntuosa morada. El nombre no dice nada. *Moure, mauro, morodo* quiere decir cárdeno, pero Muriella querrá decir la pequeña *muria*, ya que se llamaban *urias* a ciertos terrenos comunales.

Este palacio de dos torres y amplia plaza es la casa matriz de los antiguos Queipos, familia de estirpe real, pues un Diego Rodríguez de esta casa casó con la infanta Doña Jimena, hija de Alfonso V; por eso, en una de estas torres véese una piedra de armas con bordura de piñas, y en la que descuellan tres flores de lis sobre una de las tres bandas que tienen de blasón. Cuando más figura este palacio, llamado entonces castillo, es en los tiempos del rey Alfonso VI, con D. Diego López Queipo. Piérdese luego el apellido, pero reaparece con Juan Queipo, señor del castillo de los Queipos de Cibeá, por haberse casado con su dueña. Los Queipos de la Muriella fueron llamados también Queipos de la Muñona y de Muniellos.

El apellido Queipo quedó convertido en Queipo de Llano cuando el arzobispo Valdés [*Fernando de Valdés y Salas, 1483-1568*] casó a una sobrina [*Catalina de Valdés*] con un Queipo; en la fachada principal de este palacio lucen las armas de los condes de Toreno. De esta casa fueron los fundadores de la iglesia de Vega. Parece que el primer conde de Toreno [*Álvaro Queipo de Llano*], sugerido por su hermano, el jesuita Juan Queipo, dejó una obra pía para que cada cierto tiempo hubiese misiones en La Muriella, predicadas precisamente por padres jesuitas.

No es propio este primaveral amanecer para evocar tiempos viejos, pero quiero oír en esta plaza el piafar de cien caballos que traen a los señores de Cangas y concejos vecinos en visita a los condes. Veo otro día otras cien caballerías en este patio, todas abrumadas por la carga; son las de los renteros de estos concejos. Pueblos y posesio-

nes en el valle del Sil son de esta casa; Cerredo y Degaña, enteros, desde la boda del cuarto conde de Toreno [*Fernando Ignacio Queipo de Llano con María de Quiñones Pimentel*]; puede decirse que desde La Regla de Perandones hasta Gedrez [*Xedré*], hasta Monasterio de Hermo, montes y tierras y casas, todo, desde la piedra del río a la *fueya* del monte, es de la casa de La Muriella, de los condes de Toreno. A principios del siglo XIX cobraban estos ciento ochenta mil reales de renta en el concejo.

En el vetusto palacio, convertido hoy en confortable fonda, no queda un recuerdo de aquellos poderíos, ni un mueble, ni una piedra, ni un artesonado. Lo que sí puede admirarse es la gran posesión, la hermosa pradería, las ricas vegas, extendidas a las dos veras del río que las riega.

Ya sacan del establo las hermosas vacas holandesas que tiene Elías; ya, en el patio, comienzan a ordeñar; ya sale a caballo el señor cura, que va a decir misa a la filial, allá lejos, muy lejos, alto, muy alto, allá por encima de Moal [*Mual*], en Oballo, asomando ya casi al valle del Couto. Ya puedo emprender mi caminata a Larna.

Tengo para mí que Larna debió ser antes La Arna, procediendo el nombre del latino *urna*, significando vaso o colmena; con ese significado tenemos la palabra *arna* en castellano.

Es bastante áspera la subida desde Ventanueva, pero de un buen camino, y unas veces a pie y otras andando, llego al pueblo, un tanto sudoroso; ¡Qué buen caserío tiene Larna! ¡Hay que ver la casa de Carlos, qué hileras de balcones! ¡Qué paneras pintadas! ¡Qué airosa, qué bien situada escuela, a la que suben los niños de La Pescal, Pandiello y Sextorraso! Entro en una capillita hundida, hundida en la tierra y que está dedicada a la Virgen de la O; veo un altorrelieve de la Sagrada Familia, no mal labrado.

No está el señor cura, muy buen amigo mío, porque ha ido a decir misa a Gedrez. El señor maestro ha bajado al puente de La Pescal, no asoma un hombre por parte alguna, y entablo conversación con dos

amables *muyerinas*. Como me ven tomando apuntes en mi cuaderno, me toman por investigador de impuestos o cosa así, y muestran a mis preguntas cierta desconfianza.

—¡Mira, *muyer*, *cun lu que sal este home!* —dice una a otra—. *Cree que aquí tou lu pasamus muito bien y que hay riqueza porque mandan muito los sirenus de Madrid! ¡Nun faiga casu, señor, nun faiga casu; nun apunte, nun apunte, que aquí nu hay más que miserias. Estu nun da pa cumer; si diera nun marcharían los homis. Nun apunte riquezas, que estas tierras nun dan más que estachonis y fulgueira. Nun apunte, que los serenos cásansi, ya cun esu, ya nun mandan. ¡Qué han de mandar, si tou lu necesitan pala familia!*

Un rapaz bien plantado de la casa de Luis (es algo extraño que abunden los rubios en Larna) me indica dónde está el pueblo de Arbolente, en la misma ladera, en la sierra, muy lejos; dícame que celebran allí gran romería en septiembre a la virgen de Montserrat. Quiere este amable rapaz acompañarme hasta la iglesia de Larna; cuéntame que el retablo fue tallado por los moros y que es allí muy concurrida la romería del pueblo, el día 15 de agosto. Sé que en la iglesia no hay cosa que ver, y como estoy cansado, no bajamos y emprendo el regreso a La Muriella.

Al bajar deténgome ante la cascada de Aguas Blancas. ¡Qué bella, qué imponente! Esta abrupta ladera parece un monstruo de piel rugosa y agrietada; un monstruo que babea irritado al ver cómo unos seres enclenques y desmedrados labraron a sus pies una vía, por la que cruzan veloces y alborotadores y sin mostrarle el menor pánico. ¡Qué cendales, qué tules sueltan allí las Náyades! ¡Qué torrente se despeña como a unos treinta metros, para hundirse en una hoya que él mismo se labró y donde se esconde, púdico, de los viajeros indiscretos!

Y aquí debiera dar por terminada esta excursión, dejando para otras lo mucho que me falta de los rumbos de Rengos, pero he de contar una segunda parte, mucho más grata e interesante para nuestra *MANIEGA*. He de hablar de otro viaje por estos mismos pueblos, acompañado de

mi amigo D. José Bueno Cosmen, caballero o señor natural de Brañas, que pasó largos años en Méjico, que tiene al país cangués un amor entrañable, que es consumado maestro en el arte fotográfico, como lo han podido ver y como lo verán en este número nuestros socios, y que muy gentil accede a nuestra petición para que saque estos panoramas, aportando, además, gratuitamente el material fotográfico.

Vamos también gratis y como amable obsequio, que también el Payar debe agradecer, en el auto de nuestro amigo y consocio D. Rodrigo Biescas, que sostiene una explotación de traviesas en Muniellos. Hacemos el mismo recorrido que aquel otro mi viaje, pero vamos, además, hasta el Pueblo de Rengos [El Pueblu], y luego a Moal, y aún más arriba.

¡Cualquiera conoce el Pueblo de Rengos de hace cuarenta años! La carretera lo duplicó, lo triplicó, y lo que eran antes unas grandes chozas con tejado de paja, son ahora grandes casas de construcción y estilo moderno, que forman un alineado barrio. Este pueblo era antes del conde de Toreno; ahora es de los Velasco [*Herrero*]. Espérale un gran porvenir el día que se exploten las canteras de mármol, de las que hemos de hablar otro día.

Y vamos a Moal, pueblo grande, de grandes tierras llanas y, sobre todo, de rica y muy regada pradería, escalonada por todas las vallinas que estriban en Muniellos. Al ver esta gran pradería, doy por hecho que este pueblo sea muy rico, pero me dicen que no, y no lo entiendo.

Tiene en medio una gran casa, que es la solariega de los Francos de Moal, de gran nombradía y de la que salieron algunos alcaldes de Cangas. Don José Francos, abuelo de nuestro amigo y consocio Pepe Francos, mataba los osos a puñal, clavándoles este en el corazón, teniendo que ceñirse entre sus brazos cuando aquellos le abrazaban para morderle y destrozarle. Era un valor a prueba y fueron muchos los osos que él mató. En el patio de esa antigua casa de los Francos hay una capilla dedicada a San Juliano, donde se celebra una concurren-rida romería.

Y por la carretera que va a Ibias, o que quiere ir a Ibias, diríamos mejor, pues llega apenas, vamos subiendo hasta una bella rinconada, donde nuestro amigo Rodrigo carga en camiones las traviesas que le bajan de los montes de Oballo. Tiene allí una gran chabola, donde aloja a su gente, y allí tiene las cuadras para los hermosos mulos, que hacen dos viajes diarios con dos pesadas traviesas cada uno por unos senderos peligrosos. ¡Cuántos de aquellos costosos animales se le desgracian en tan rudas faenas! Es muy interesante esta explotación. Rodrigo Biescas se ha hecho querer de toda la villa.

Y ahora a casita, pero no sin que nos detengamos un momento ante el grandioso panorama que nos ofrecen los montes de Muniellos. Yo no sé, no creo que en Suiza pueda darse cosa tan pintoresca; nuestro amigo don José Bueno queda extasiado; él ha recorrido Norteamérica, ha visto mucho mundo, y él, que siente el arte, que se emociona ante las grandes bellezas de la naturaleza, confiesa que esto es de lo más grandioso que ha podido ver en su vida. Quisiera detenerme y arrobarme ante un espectáculo maravilloso como pocos, para contar luego estas mis impresiones en *La Maniega*, pero sería pesado luego en este artículo, y he de renunciar a ello.

La Maniega, n.º 27, julio-agosto de 1930

RUMBOS DE RENGOS

III

Dos veces, decía yo un día en *La Maniega*, rebasó el nombre de Cangas los linderos de España para dar que hablar a medio mundo: cuando las monjas espiritadas [*del convento de dominicas de la Encarnación de Cangas*] y cuando los milagros de San Luis del Monte. Y como a este santuario lo encontramos al paso en los rumbos de Rengos que venimos siguiendo, esta es la ocasión pintiparada para hablar de aquel portento. Vamos a dar un salto desde la carretera hasta el páramo donde asienta la famosa capilla, dejando nuestra visita a Posada [Pousada de Rengos] y Caldevilla [Caldevilla de Rengos] para cuando vayamos a los dominios de Caniellas [Canielas].

Hoy nos es muy leve la faena, pues que nos la da hecha el gran humanista P. Feijoo [1676-1764]. La dificultad estará, acaso, en gloriar, en comedir de aquel largo expediente, para darle cabida, con poco peso, en *La Maniega*. Vamos a ver cómo nos las arreglamos, sin ser prolijos, pero sin omisiones, para dar cuenta de lo que fue aquel proceso³¹.

Veníase creyendo de muy antiguo en el valle de Rengos que el día 19 de agosto, fiesta de San Luis, obispo, durante la misa que se celebraba en aquella ermita, dedicada a ese santo, brotaban por entre las juntas de las piedras, en pavimento y paredes, por los resquicios de la puerta y por las mismas cerraduras y cerrojos, unas flores admirables y de suave olor, pero que se marchitaban acabado el oficio.

³¹ En este artículo Mario Gómez hace un resumen, a su manera, de la «carta» publicada en 1745 por el padre Feijoo en el tomo segundo de sus *Cartas eruditas y curiosas* (1742-1760), que lleva el título de «Hecho y Derecho en la famosa cuestión de las Flores de San Luis del Monte»; el asunto lo había tratado con anterioridad en el tomo primero de estas *Cartas eruditas y curiosas*, publicado en 1742.

Recogidas aquellas flores, tenían un poder maravilloso para curar todas las enfermedades.

Creció y creció la fama de aquel santuario, rebasando los linderos de Rengos y los de Cangas y los de Asturias y los de España, y saliendo del dominio del vulgo para entrar en el de los congresos y capítulos religiosos y en el de muy altas personalidades de la Iglesia. Historiadores como Wadingo [*Wadding*] y González Dávila atestiguan el milagro; en un capítulo general de la Orden Franciscana, celebrado en Toledo en 1682, decía así un cronista, ponderando el portento de Rengos:

«Rara maravilla es la que sirve de testimonio en esta peregrina pureza de San Luis, lo que ocurre en su ermita del Obispado de Oviedo. Durante la misa del día del santo, milagrosa y rápidamente brotan del altar y de su circunferencia muchas azucenas de color celestial y azul, que recogidas en azafatas [*cestos de mimbre*] son conducidas a diversas provincias de todo el orbe».

Por si no bastasen aquellos valiosos testimonios, da cuenta y hace ponderación del milagro el docto obispo de Jaén, don Sancho Dávila [*1546-1625*], y para que la fama se hiciese universal, se hace constar en el recuento de Santos hecho por los Jesuitas de Amberes, diciéndose que en la ermita de *Smiti Ludivici Episcopi, fili Caroli Siciliae Regis, Religión Santi Francisco in episcopatu Ovetensi...* brotan en el altar, durante la misa, una multitud de flores, *multa lilia cerúlea*. De tal manera corrió la fama del portento que como tal lo aceptó el papa Clemente VIII, cuando fue informado de él por el general franciscano y obispo de Canarias.

Difundiéndose con tales autoridades la noticia, no hay que decir las grandes devociones que en poco tiempo adquirió por el mundo nuestra ermita de San Luis, y es natural que los enfermos crónicos acudiesen al que con tal maravilla manifestaba su poder. Debí ser especialidad milagrosa de este santuario la curación de los males de oído, pues hasta hace poco tiempo, y desde tiempo inmemorial, ve-

nían a su fiesta los enfermos de esas dolencias, a hurgarse los oídos con un punzón asqueroso, portador de los poderes del santo.

Los curas de Vega, Posada, Larna y Gedrez tenían misas de a duro todo el año, cosa muy extraordinaria, porque entonces el estipendio era de a real. Los aldeanos de Rengos hacían un gran negocio exportando bolsitas con flores, que ellos decían recogidas en la ermita milagrosa; de la provincia y de lejanas tierras acudían fervorosos romeros e infinidad de enfermos; tantas limosnas prometían un emporio para, el abrupto valle, ya envidiado por el orbe cristiano, pues que en él se manifestaba un gran prodigio del cielo.

Así las cosas, y cuando aquel páramo prometía ser algo así como es hoy Lourdes, ocurriósele a un fraile benedictino, galleguito él, pero vecino de Oviedo, desmentir los milagros de nuestra ermita y hacer contra ellos enconada campaña, no sabemos si de buena fe o por rivalidades de hábitos, entonces muy frecuentes. Lo indudable es que el P. Feijoo hizo a Rengos y a Cangas una mala partida.

Pidió el sabio benedictino informes al párroco de Cibuyo, doctor en Teología, el que negó el milagro, aunque confiesa que jamás había estado en la renombrada ermita. Fueron también a negar la aparición de las flores dos cangueses de muchas campanillas, D. Romualdo y D. Joaquín Velarde, capitular este de Oviedo. Pero he aquí que este docto señor, al negar el milagro de Rengos, lo quiere trasladar a la villa de Cangas, pues lleva al cuello una bolsita con milagrosas flores brotadas por maravilla y recogidas en la ermita de las Nieves, sita en *[El Corral]* un arrabal de esta villa, y era lo más asombroso que él sentía moverse las flores dentro de la cajita. Pero, ¡oh dolorosa decepción! ¡Oh incrédulo Feijoo, examinando la cajita vio que allí no había flores, sino unos racimitos de huevecillos diminutos, de los que nacían unos gusanos!

Prosiguió sus informaciones el erudito fraile y no tardó ya en armar la gran polvareda escribiendo una furibunda carta en la que desmentía los milagros de Rengos. Ante ella, dispuso el obispo se

abriese una información, encomendándola al padre guardián de los franciscanos de Tineo, secundado por los curas vecinos de la ermita y algunos señores de la villa. A todos los recusó el P. Feijoo: al guardián de Tineo, por parcial, ya que el santo era de su Orden, y a los otros, por interesados en las ganancias que les proporcionaba el portento. Y decía así el P. Benito:

«Cuando un numeroso partido se ha empeñado en mantener la fama de un milagro, como en este caso lo están todos los habitantes del concejo de Cangas y aún otros muchos de los demás concejos del Principado, todos los ojos de Argos y todas las vigilancias de otros tan buenos entendimientos apenas bastan para apurar la verdad».

Y, efectivamente: aquellos informadores no se anduvieron en chiquitas, y el día de fiesta, 19 de agosto de 1743, no se cansaron de ver flores que iban apareciendo durante la misa. Por cierto que una de ellas brotó en el hábito del maestro de novicios de Corias y otra en la cabeza del Padre guardián de Tineo. Los mil romeros que habían acudido a la fiesta quedaron encantados de aquel éxito; los aldeanos y los curas de Rengos veían brotar en la capilla de San Luis un venero de oro: los Franciscanos sentían avivarse su devoción por el milagroso Santo de su Orden; hubo quien escribió un libelo procaz contra el pretencioso benedictino. Lo cierto es que al día siguiente de aquella fiesta se levantó acta en el pueblo de Larna, haciendo constar la aparición de las flores, acta que satisfizo al obispo de Oviedo, dando por bueno lo actuado y por cierto el milagro de San Luis. No sabían todos aquellos lo tozudo que era el Padre benedictino, y no contaban con la tenacidad con que había de revolverse, indignado de su fracaso y de aquellas burlas y aquel libelo. Siguió pidiendo noticias, y como a la sazón otras capillas e iglesias de Cangas blasonaban también de milagrosas, apareciendo flores en las de Entrambasaguas y en la de Retuertas, logró que el nuevo obispo se interesase en el asunto, y mandase hacer nueva información, para lo que fue señalado el día de la fiesta de agosto de 1744. Esta vez fueron numerosos y escogidos

los jueces y notarios: se nombraron los más selectos testigos, e hicieron todos los preparativos a satisfacción del fraile denunciador.

Supongo que ya se están figurando mis lectores lo que habrá sido el día de aquella fiesta en el valle de Rengos. Yo veo llegar en las vísperas numerosos jinetes y peatones por los caminos de Ibias y de León y por los que desde Naviego [Naviegu] cruzaron la alta sierra: veo llegar por el camino de Cangas bulliciosas cabalgatas: encoquetadas señoras en lujosas jamúas: señorones con lucidos espoliques, franciscanos, dominicos, benedictinos, canónigos, jueces y notarios que nombró el obispo, y hasta un pelotón de soldados, al mando de un oficial, mandados por el coronel del regimiento de Asturias.

Cuéntese que entonces no había carretera, ni se soñaba en autos o en aviones, y que para asistir a la misa de San Luis había que llegar a Rengos el día antes. No se habían hecho, ¡cál!, las casas de Saturno, ni la de Elías, ni las otras flamantes que hoy lucen en Larna, Posada y Vantanueva; yo no acierto a comprender cómo ni dónde pudo alojarse en tal noche aquel gentío.

En el palacio de La Muriella no habría camas bastantes para sus dueños, los Toreno, para los Matarrosa, los Miranda, los Peñalba, los Uría, los Velarde. En la casona de Francos de Moal no habría sitio para los señores de Riego, de Ron, de Morzó, de Carballo. Yo pienso que los canónigos y notarios y jueces y frailes calzados y descalzos y las más ruborosas damas habrán hecho cama redonda aquella noche en cuadras, hórreos y *payares*.

Ya amanece. De Posada a Caldevilla y de Caldevilla a la sierra apriétase el gentío. Los alrededores de la ermita cuájense de una gran multitud, dominada por profunda expectación. A primera hora dice una misa rezada el abad de los Franciscanos de Avilés, y otra luego el de los de Tineo. Llega el momento anhelado, la misa solemne, que dice el párroco de Gedrez, asistido de dos frailes. A los lados del altar están los canónigos, notarios y jueces comisionados y algunos abades; dentro de la capilla solo caben cuatro o cinco señoras de lo más

linajudo. A la puerta están el oficial y sus soldados. La solemnidad es digna del litigio que allí va a ventilarse.

Según la misa adelanta va manifestándose el desencanto, pues no aparece flor alguna. Hay un momento en que doña Eulalia Campomanes y doña María de Omaña creyeron ver una flor en la capucha de un franciscano: acuden el provisor y los notarios, y aquello no era otra cosa que una partícula de cal desprendida del techo. Continúa el santo oficio: monte y multitud guardan un silencio que traduce angustiosa expectación, una súplica mental de todo aquel gran gentío para que se reproduzca el milagro. De repente, la criada de doña Eulalia Campomanes lanza un grito, que recibe, como eco, un gran murmullo entre la multitud. He aquí confirmada la maravilla. Aquella mujer muestra en su delantal una flor milagrosa. Allí estaba la Providencia desmintiendo al entrometido benedictino.

Pero, ay, que el fraile humanista tenía allí muy atenta vigilancia; acudieron los notarios y vieron que aquello que la doméstica decía flor era también una partícula de cal, también del techo desprendida. Y terminó la misa y los devotos quedaron defraudados y los curas y vecinos de Rengos vieron cómo se secaba el manantial de riqueza. No hubo fiesta; a nadie le quedó humor para baile o alegres expansiones. Terminadas las meriendas, la gente emprendió la bajada, mo-hína y cabizbaja.

Aunque holgaban ya otras investigaciones, los comisionados practicaron alguna, para comprobar que aquellas flores de que habían hablado los de Rengos eran una vulgaridad en Cangas: otras iguales, no flores, sino diminutos hongos, se encontraron en la iglesia de Posada, en la de San Cristóbal de Entreviñas y en un balcón de la casa de Velarde; el canónigo D. Gonzalo de Llano Flórez halló una en el corredor de un hórreo que tenía en Cangas: se hallaron, en fin, allí donde había madera húmeda y carcomida.

Había vencido el P. Feijoo, el que hubiera estado mejor estudiando humanidades en Oviedo, que no metiéndose con los milagros de

San Luis en Rengos. Y aunque sea cierto, muy cierto, lo que él dice en disculpa de su actuación obstinada, los cangueses siempre creemos que mejor hubiera estado desmintiendo milagros de santos benedictinos que de santos franciscanos. Dice él en su explicación que:

Es conveniente predicar a toda la gente del país que es pecado mortal perteneciente a aquel género de superstición que consiste en culto indebido, y que es una profanación sacrílega rendir homenaje a la Omnipotencia con embustes y patrañas.

Parece, sin embargo, que el sabio Benito no quedó muy satisfecho de su faena y que algo le escarabajaba en la conciencia por haber desmentido a los historiadores y altas dignidades eclesiásticas en la creencia de los portentos de Rengos, y para arreglarlo dice después que sí, que el milagro:

Había existido en otros tiempos, apareciendo todos los años repentinamente en la ermita, y durante la misa, azucenas olorosas, medicinales y de una especie tan particular que no se hallaban en otra parte del mundo, ni en la ermita de San Luis, sino el día de la fiesta del santo, pero que ahora no aparecen, ni son tales las que se llaman flores.

Por lo que parece, el P. Feijoo ya no se asusta del culto indebido, ni del sacrilegio en dar pábulo a los embustes y patrañas, ya que, a la buena de Dios, cree ahora en un milagro que tan bravamente había desmentido. De haber dicho esto más a tiempo, la devoción del santuario de San Luis hubiera continuado, muy justificada todavía, por el recuerdo de los portentos que allí se habían realizado.

La devoción ha terminado por completo, y más desde hace unos años, en que unas manos sacrílegas robaron y quemaron la antigua y venerada imagen, pronto sustituida por otra que, devotamente, mandó el conde de Toreno. Hoy no asisten a la romería del 19 de agosto más que unas pocas docenas de romeros de los pueblos vecinos. Ha desaparecido el milagroso punzón y ya no acuden los sordos a hurgarse los oídos. Es una lástima, pues si con que les hurguen en las

narices se curan hoy tantos enfermos, escarbando en los oídos con el punzón de San Luis del Monte se curarían muchos más.

Y vamos valle arriba.

La Maniega, n.º 28, septiembre-octubre de 1930

RUMBOS DE RENGOS

IV

Antes de proseguir en nuestras excursiones, me es obligado subsanar algunos olvidos o descuidos que he tenido en los anteriores artículos. Fue imperdonable que al hablar de Muniellos no hubiese dicho que Hernández Pacheco deriva este nombre del de la comadreja o *muniella*, de *mustela*, y yo debí relacionar esta etimología con los Munios o Muñones, antecesoras de los Queipos y primeros dueños de estos montes.

Al pasar cerca del Viso hubiera sido muy oportuno decir que Alemany trae esta voz del latín *visum*, supino de *videri*. Rato trae *visu*, despeñadero o atalaya. Según Santiago Alonso, la voz gallega *viso*, nombre de muchos lugares, es germana y procede del latín gótico *vehsu* (nominativo, *veits*), aldea, burgo, con el tema nominativo masculino singular, de *vesa*.

Fue un descuido, al caminar por este valle, no haber mentado a los que de él tomaron el apellido, muy célebres algunos, cual Suero Menéndez de Rengos, el que, en 1461, deja su cuantiosa fortuna a Suero el Mozo; a Juan Queipo de Llano, el que, en 1594, deja treinta ducados de renta para la iglesia de Posada y manda que le entierren en la capilla de San Bartolomé, de Cangas, a la que deja 6 000 ducados y en la que encarga mil misas por su alma (eran de a real, entonces). Al pasar por Posada debí haber dicho que natural de ese pueblo fue el virtuoso dominico Fray Esteban Rodríguez Romano, que en 1754 murió en olor de santidad. De mi excursión a Larna era obligada una nota, citando la terrible epidemia que en 1802 arrasó aquella vecindad. Vino a estudiarla el cirujano de Cangas y médico de Corias y dijo que se trataba de fiebres pútridas; pero después vino

el médico del cabildo de Oviedo, el que dictaminó —dice Vigil— que todo ello era debido al poco cuidado de los pacientes, localidad y mal sistema de vida.

Pedido a los lectores mil perdones por tan criticables *lapsus*, vamos hoy hacia el Rañadoiro, Larón [L.larón] y La Viliella [La Viliel. la]. Libre ahora de los apremios a los que me sujetaba mi profesión militar, pues la República me ha traído, como aguinaldo, un buen retiro, tomaré estas excursiones con más calma. Comienzo por ir a dormir cómodamente al *Pueblo* de Rengos.

Llego en la camioneta a media tarde—media julio—y me alojo en la afamada fonda de Segundo. No exagero si digo que la comida, el servicio, las habitaciones, las camas, están a la altura, si no superan, al de muchas fondas acreditadas en España. Grata conversación con D. Segundo Pérez [*Valdés*]. Me habla de sus mocedades en Madrid, primero en el Café de la Iberia, que estaba en la Carrera de San Jerónimo; después en el Café de Varela [*en la calle de Preciados*], que aún subsiste. Tiene ochenta y siete años, y, aunque algo reumático y perlático, aún tiene tela cortada. Dice que debe su resistencia a la sobriedad que siempre guardó en el comer, pues nunca fue amigo de *furturas*. En cambio, en el beber... «Mucho, mucho tengo bebido en este mundo, —dice—, aunque es la verdad que siempre me guardé de los excesos». A los viejos nos es siempre de gran fruición encontrarnos con estas longevidades. «¡Qué caramba! A donde llegaron estos—nos decimos— podremos llegar los otros, y entonces..., entonces —me digo yo— también yo tendré tela cortada para estas excursiones».

Duermo cual un bendito de Dios; como un inocente rapazuelo; al amanecer alquilo un *caballín*, nada barato, pues me llevan ocho pesetas por las cuatro horas del alquiler, y a las siete de la mañana emprendo la caminata hacia el Rañadoiro. El camino es malo, malísimo. Es cosa de motejar a los vecinos del pueblo y a todos los alcaldes de Cangas habidos hasta ahora por este punible abandono. Los vecinos,

el municipio y D. Alfredo Ron, que transporta por aquí sus maderas, debieran unirse para esa labor tan necesaria. Y es más lastimosa esa incuria, pues que el trozo a reformar es corto; a la vista del pueblo todavía se entra en un camino espacioso, hasta La Viliella.

Oigo ahora decir a unos aldeanos que si los afanes que este concejo puso desde hace muchos años en obtener el ferrocarril, los hubiese puesto en obtener carreteras y caminos, otro gallo nos cantaría a estas horas. Hoy, los transportes por camiones son baratos; las dificultades están en los que se hacen por carros del país o a lomo. He aquí una gran ocasión de lucimiento para el Gobierno, la Diputación y el municipio republicanos.

En una de las vueltas del camino veo el pueblo de Moncó [Moncóu], en la ladera opuesta, oteando el valle y apoyado en la falda de un recortado picacho. El *caballín* y yo nos vamos haciendo amigos. Y al comenzar la cuesta se permitió un resuello, y luego otro, y otros, cada vez más a menudo y más largos, y como no está, se conoce, acostumbrado a estas complacencias, vuelve de cuando en cuando la cabeza, no sé si para darme las gracias o para ver, curioso, a tan extraño jinete que va en las Batuecas y no le hace el menor caso. Al terminar la rápida pendiente damos en una cómoda llanada; luego, un pequeño descenso y una pequeña subida, hasta llegar a Campoaviao. No es cosa de describir ahora la célebre cueva, pues ya lo hizo con gran acierto en *La Maniega* [el médico Florentino] Molás Basanta [n.º 17, 1928, pp. 6-8].

Después, otra cuesta de gran pendiente, camino agradable hoy, pues que hace sol y se marcha entre follajes, pero peligroso en invierno. Voy por entre una espesura de seculares fayas, robles y acebos, troncos caídos ha siglos, huecos por la carcoma; troncos vivos, pero desnudos, calvos y mostrando vejeces; ramas que se besan o se ahogan y se retuercen como en contorsiones de dolor; arroyos alarmados entre aquellas oscuridades; espesuras que parecen guaridas... Es el monte de La Fayona, llamado así porque allí hubo, en antiguos tiem-

pos, una *faya* descomunal y famosa. Y arriba, el alto del Rañadoiro; el nombre y el sitio pelado hacen un gran contraste con la feracidad que antes pisábamos.

El Rañadoiro es una loma estrecha, y apenas nos asomamos a ella al terminar la cuesta de La Fayona, comienza la rápida y bruñida pendiente que baja a Larón y La Viliella. Abajo, abajo, en un fondo, sumidos entre rápidas, áridas, desiertas e inhospitalarias laderas, están esos dos pueblos, tan cercanos que parecen uno solo. Se adornan los dos con alfombras de patatales y pradería; los centenos maduros parecen cortinajes dorados de día de fiesta. Hay algunas casas revocadas; hay posada; me dicen que la hacienda mejor es la de mi amigo D. José Gabela, dueño en Cangas del Café La Madrileña. El 8 de septiembre celebra Larón su fiesta en su iglesia; al día siguiente celebra La Viliella su fiesta a San Antonio. Entre otros muchos, se han ahogado en mi naufragio en «El Castilla» los apuntes etimológicos de Larón, y no puedo hacer hoy conjetura alguna. De este pueblo fue natural un bravo que figura en las glorias asturianas; hablo de Antonio Meléndez Álvarez, que luchó heroicamente en la Puerta del Sol contra los mamelucos de la Guardia imperial cuando la guerra de la Independencia.

Por estos pueblos, y guardando sus minas, circulaban con frecuencia los legionarios romanos, que tenían su castro en Turmaleo. ¿De qué accidente o en qué lucha habrá muerto aquel cuya lápida sepulcral se halló en la Arnosa, cerca de La Viliella? La lápida dice así: L. VALERVS-POSTNVNS-V. VXANL-H.SEST-STTL. Inscripción que interpreta el P. Fita de esta manera: L(*ucius*) Valerius Postumus. Vn(*a-**mensis*) an(*aram*) h(*ic*) itusestd(*is*) t(*ibi*) Terra l(*ewis*)³².

³² Esta lápida sepulcral está en el Museo Arqueológico de Asturias. Lucio Valerio Postumo fue un romano que seguramente vino a trabajar en las explotaciones de oro que se hicieron en el valle del río Ibias. La lápida la encontró a fines del siglo XIX en el lugar de Arnosa, cerca de La Viliella, Felipe Rodríguez, de casa Felipón de este pueblo, que la colocó junto al portón de su casa. En 1951, por iniciativa de Joaquín Manzanares, sus nietos la donaron al museo. En la lápida

En La Viliella tiene D. Alfredo Ron [*González*] una serrería muy bien montada; gran salto de agua; turbina de 68 caballos. En uno de estos montes ha tumbado ya 1 000 robles, y 2 000 en otro. El encargado que allí tiene, llamado D. Froilán Vélez, nuestro consocio desde ahora, dícame que con sus dos carros baja diariamente doce toneladas de madera. Yo veo en esta expedición cuán penosa es la faena de los pobres animales a la llegada al pueblo.

Este laborioso y atento empleado de D. Alfredo es quien me orienta a mi regreso al Rañadoiro de los sitios y parajes que se divisan desde allí. Perspectivas muy pobres, monte bajo, desierto, sin una carretera ni un camino a la vista, e interrumpido el páramo solo por los senderos para las cabras. Voy comprendiendo desde aquí que un territorio así de arisco, lejano de toda población, miserable y sin medios de comunicación, habrá sido un seguro refugio para un pueblo perseguido, acosado criminalmente por los poderes fanáticos desde que por fuerza lo habían sacado de las sierras granadinas. No es ocasión de hablar de esto, que es tema largo y reservado para una excursión al Bao y la Sisterna, que están detrás del encrespado monte que tengo enfrente.

Por la cañada que aquí se ve a la izquierda se va prontamente a Degaña. En una estrecha garganta que se ve al fondo, y a la derecha, está el pueblo llamado El Corralín; cercano a él y detrás de una cresta está el célebre pueblo de Tormaleo, al que debiera llamársele Turmaleo, pues trae el nombre de una turma de las legiones romanas, que tenían allí su campamento.

Y hablando de Tormaleo, vamos a terminar este artículo dejando la pluma en las manos de Eugenio de Salazar [*Madrid, 1530-Valladolid, 1602*], uno de los más brillantes escritores del siglo xvi. No se asusten los requetefinos o superferolíticos de algunas frases gruesas, la carta está tomada de la escogida Biblioteca Rivadeneira:

aparece la inscripción: L · VALERIUS / POSTUMUS / VX · AN · L / H · S · EST / S · T · T · L. Cuya traducción es: «Lucio Valerio Postumo, vivió 50 años. Yace aquí. La tierra te sea leve».

«De cerro en cerro, de puerto en puerto, de peña en peña vine a estas escabrosas Asturias, donde algunas veces me hallo tan vecino a las nubes, como me regalo con ellas y pongo mi cabeza en sus regazos. Después que he visto estas Asturias, no me maravillo de haber oído decir que los asturianos tiraban lanzas al cielo, porque lo tienen tan cerca de sus casas cuán lejos de sus corazones.

«Ya estoy en la insigne ciudad de Tormaleo, que quiere decir tormento malo. Es la populosa ciudad hasta de diez casas redondas, y mirada desde los cerros que la rodean, parece colmenar de pocas y mal cuidadas colmenas; pero la miel de ella no la labran las abejas, sino ovejas pobres y puercas y vacas viejas... Las casas son redondas, porque, para que quepa la vecindad de sus moradores, la figura redonda es la más capaz, y en las dichas casas no hay sala, ni cuadra, ni retrete; toda la casa es un solo aposento redondo, como ojo de compromiso, y en él están los hombres, los puercos y los bueyes, todos proindiviso, así porque todos son herederos de la tierra, como porque aun en las costumbres se diferencian. Así, a un mismo tiempo, habla el hombre y gruñe el puerco y brama el buey, y tengo los oídos tan confusos con la diversidad de zumbidos, que al hombre tengo muchas veces por la bestia, y al animal por el hombre. El hogar está en medio de esta apacible morada, para que de él salga luz y calor para todo el circular aposento, aunque a veces comprende más un traque de la huéspedea que cuanto calor sale del copioso hogar.

«Habitan en la comarca ilustres hidalgos de lanza mohosa, cuchillo cachicuerno, abarca pelada, pierna desnuda, capotín de dos faldas y caperuceta antigua sobre largos coletos. Es gente de tanta punta, que comen y beben en platos y escudillas de palo, por no comer y beber en platos de Talavera o vidrio de Venecia, que dicen que es sucio y que se hace de barro. Pan de trigo, no lo pueden ver, ni carne fresca. La cama en que me acuesto es un escaño de palo que parece andas de difunto; tan angosto, que es menester estar como cuerpo muerto, sin merodear, para no rodar por casa.

«El mayor pueblo de este horizonte no pasa de diez u once vecinos; empero, aunque no son muchos, son muy mal avenidos; ellos dicen que no es menester ser muchos, pues no nacieron, para henchir las sillas que dejaron vacías los ángeles que cayeron del cielo... Usan (las damas del país) un cierto género de basquiñas, no de mezclas de Inglaterra, ni de corolla, ni terciopelos de Génova, sino de una cierta tela delgada, bien parecida y muy semejante a esta de que hacen las albardas; calzan unos botinicos abrochados, altos de cuello, no de cordobán muy suelto, sino de vaca mal curtida, que también sirven de zuecos.

«En comer son muy templados: no comen caldo ni sopas, sino dos veces al día, en levantándose de la cama y cuando van a acostar, para no hacer barriga, y cada vez poquillo y bueno; una escudilla de palo, que allá serviría de artezuela para jabonar, llena de caldo y agua y nabos y hojas de nabos y poca manteca, espetadas en ella un ciento de sopas de pan de centeno, cada una tan grande como la losa de una sepultura. Yo les digo que cómo pueden comer tanta sopa y nabo, que es ventoso, y responden que por eso dio Dios dos respiraderos a la cuba, porque no reviente».

Esta carta de Eugenio de Salazar es muy larga y sabrosa toda ella, pero no cabe en este artículo. Por los párrafos anotados podemos hacernos cargo de lo que era la vida en estos pueblos de Ibias y Cangas en el siglo xvi. Otros parecidos de un nombrado cronista anotaré cuando vayamos camino de Monasterio de Hermo [Monesteriu d'Ernu].

La Maniega, n.º 33, julio-agosto de 1931

RUMBOS DE RENGOS

V

Hoy cambiamos el camino y, en vez de subir por el Narcea, bordeamos el Luiña hasta Naviego: de allí, al alto de la Magdalena y al valle de Rengos otra vez. Hoy me acompaña Modesto García [*Cuervo*], o sea Modesto de Cuervo [*de Limés / L.lumés*], que ha trabajado de maestro aparejador por todos esos pueblos; conoce todo el paisanaje y ha de hallar facilidades por todas partes. Modesto es el colmo de un carpintero: ¡tiene un perro, que mueve la cola!

Dejamos el auto de línea en Villacanes [Vil.laicanes]; agradezcamos a don Manuel Boto que nos alquila el caballo en que iba a Cangas, y como no encontramos los que esperábamos, acudo al señor cura de Naviego, que, buen amigo y siempre atento, me cede el suyo. Habremos de hablar mucho de este valle en ¡nuestros rumbos por el Luiña!

En Villacanes compramos una *fogaza* de pan, no sea que en nuestro viaje nos encontremos con ese pan duro, agrio, mohoso y casi añoso, que, tacañas, guardan las aforradoras amas de casa. ¡Qué economía desastrosa! Lo hacen así para que la familia coma menos pan. ¡A quién engañarán con eso! No saben que ese ahorro, y aún más, suele irse en flaquezas para el trabajo y en médico y medicinas. ¡Cuántos aldeanos pasan la vida con molestias del estómago o intestino debidas únicamente a ese pan venenoso!

Debo decir, ya que la ocasión se brinda, que ese pan, hecho con *furmento* viejo, es nido de unos hongos, una especie de amoho (*Penicillium glaucuni*, *Oidium arantianum*, *Rhizopus nigricans*), sumamente dañosos. Esos hongos forman manchas verdosas, blancas o negras, y ellos consumen la parte nutritiva del pan, dejando lo que no ali-

menta. Dice el sabio Velmbrad que ese pan con verdín (mugriento) y ácido es más dañoso que la carne corrompida.

Ya lo saben, pues, las amas de casa. Vayan con más frecuencia al molino o manden a las rapazas, que irán con gusto, pues en ellos suele haber cortejos y algazara; muévanse, jacarandosas, ante la masesa dos veces a la semana, y si es verdad que la familia comerá mucho pan, en cambio estará más nutrida, más fuerte para el trabajo y muy sana.

Mucho me creo que no está lejos el día en que no se amase en estos pueblos, llegando a todos diariamente el pan de las tahonas; dejará de cosecharse el trigo como cultivo ruinoso, a no ser que se exporte muy caro para harina de lujo; el centeno se dará al ganado y, así, la riqueza y la salud de estos pueblos será mucho mayor.

¡Con qué agrado me entretendría yo en consideraciones como estas! Pero me haría pesado, y como sé que no se pueden correr dos liebres a la vez, vamos *pa* arriba.

Arriba, arriba, por amplio camino provincial, llegamos al alto de La Magdalena; para juzgar de la cuesta basta decir que si Naviego está a 550 metros sobre el nivel del mar, la ermita de la santa pecadora lo está a 1200. Hace pocos días que fue la renombrada romería; si no tuvieron mejor tiempo que el de hoy, mal lo habrán pasado los romeros. El panorama es colosal: desde aquí se dominan infinidad de cumbres, todas en gigantesca emulación a ver cuál sube más. A las del valle del Luiña las preside el Pico de Arbas, a las del valle de Rengos las preside Caniellas. Oímos los cohetes que hoy sueltan los de Villacibrán [Vil.lacibrán] en la fiesta de Nuestra Señora: hoy es 15 de agosto [*de 1931*]. Como hace un viento huracanado y fresco, nos detenemos poco; echamos un *papadín* de vino blanco, y emprendemos el camino a Gillón [Xichón]. Son las doce de la mañana.

Dejamos a nuestra espalda el pueblo de Trasmonte [Tresmonte], en un bello contorno tapizado de fresnos y fresca pradería; Trasmonte hace muy buena fiesta a Santa Lucía. Más abajo, y más allá, está el

pueblo de Noceda, del que ya ha publicado una foto *La Maniega*. En ella se ven los amplios cortinales y arboledas, y más abajo está Villar de Noceda [Vil.lar de Pousada], grande y muy bien situado, que celebra una gran fiesta a Santa Bárbara. En los tres pueblos se ven casas blanqueadas, prueba de su señorío. De estos tres pueblos tenemos muy apreciables consocios en Madrid.

Y ya que hablamos de Noceda (*Nocetum*), debemos traer a cuento una leyenda o fantasía del festivo teósofo Roso de Luna. Servirá de entretenimiento en las veladas invernales. Dice así el humorista:

«Cuéntase que cuando los romanos Caristio y Amistio habían penetrado en la Asturias Trasmontana y ganado a los naturales una terrible batalla a orillas del Nalón, Caristio remontó el Narcea hasta cerca de Hermo, y en dirección del Tormaleo de Ibias; pero, al llegar a estos lugares, le salió al paso una rencorosa *xana* astur que quería vengar en el jefe la profanación romana de su secular retiro delicioso. Mujer, al parecer, la más hermosa que en el mundo se ha visto, cegó inmediatamente de pasión al vicioso caudillo, quien quiso agregarla como el mejor de sus trofeos al millar de sus infelices cautivos; pero ella, corriendo, sierra arriba y sierra abajo, como un gamo, escapó a la persecución. Siguióla, empero, como pudo el sexual caudillo hasta la orilla misma del lago de Noceda, donde la hermosa parecía haber caído falta de fuerzas. Ebrio entonces de pasión Caristio, al sentir cercana la brutal satisfacción de sus deseos, la ciñó con sus brazos; pero ella, que no era efectiva mujer, sino terrible *xana*, echóle al cuello a su vez los torneados brazos y, cual poderoso dogal de muerte fuese deslizando suavemente a la orilla, al par que arrastraba a su víctima y le ahogaba gozosa en el fondo azul. Nadie volvió a saber más del infame destructor de las libertades montañesas».

Llegamos al pueblo de Gillón o Xichón, pues es sabido que en nuestro antiguo subdialecto eran desconocidos los sonidos de *elle* y de *jota* o *ge* fuerte. Roso también dice que el nombre de Gillón le recuerda al *xila* escriturario norteamericano.

Siento muchísimo que no esté aquí mi excelente amigo Balbino Corral, pues él me hubiese atendido con exquisita gentileza; pero Modesto sabe de una posada, y a ella vamos, y allí abrimos nuestras *fardelas* y nuestra bota y con un tuco de jamón y unas chuletas sacamos la tripa de mal año.

Toman café con nosotros unos viandantes y dos primos de Modesto, que trabajan en la flamante escuela, y ellos nos acompañan a ver la obra, en la que pone el pueblo muy legítimos orgullos. Está casi terminada, con amplio salón, cómoda cocina y espaciosas habitaciones para el maestro: su situación es bella, dominando el pueblo y el frondoso valle, a 925 metros sobre el nivel del mar.

La Maniega no escatimó nunca los aplausos y alientos para el maravilloso afán que en estos últimos años pusieron estos pueblos para dotarse de escuelas. Con gusto recordamos aquí los entusiasmos que en estas obras puso el alcalde de Cangas don Antonio Arce. Pero al ver hoy cómo aquellos afanes van siendo satisfechos, y cómo van teniendo escuelas accesibles todos los niños del concejo, renace en mí otra aspiración, varias veces apuntada en *La Maniega*. ¡Siempre más!, que así debe ser el progreso de los pueblos: nunca satisfechos, siempre atendiendo a nuevas necesidades y mejoras en todo lo que a cultura se refiere. Hablo de las cantinas escolares, más indispensables aquí que en parte alguna.

Entre los muchos y grandes aciertos que ya cuenta la naciente República Española puede apuntarse el haber puesto manos en este asunto. Una disposición reciente del ministro de Instrucción Pública dice que los Consejos Escolares y los Ayuntamientos habrán de considerar como deber principal fundar y organizar las cantinas escolares; dispone que los Consejos locales de primera enseñanza dispondrán su creación en cuantas escuelas sea posible, procurando que gocen de sus beneficios la mayor cantidad de alumnos, y que esas cantinas se sostendrán con las subvenciones del Estado, las del Municipio, donativos y colectas y suscripciones. Este plan es trascendental para

el concejo de Cangas, dada la distribución de aldeas y diseminación del contingente escolar. No dudamos que nuestro alcalde, nuestro entusiasta Municipio, nuestros aldeanos y la población emigrante secundarán solícitos estas sabias disposiciones.

Y otra vez se me fue el santo al cielo, perturbando la narración de este viaje. Son las tres de la tarde; amainó el temporal, y trato de que vayamos a dormir al pueblo de Vidal. Está frente a Gillón, situado a levante, y su terreno parece muy fértil; ¡como que trae el nombre de *Vitalis*! La bajada desde Gillón al arroyo y la subida al pueblo podremos hacerla fácilmente a pie, y desde aquí puede volver las caballerías a Naviego nuestro amigo don José Rodríguez, que ex-profeso vino amablemente con nosotros. Tengo interés en visitar ese pueblo, porque allí nacieron dos señoras de la más distinguida sociedad canguesa: doña Cimodocea García del Valle, madre de nuestro consocio D. Antonio Gamoneda, taquígrafo mayor del Congreso de los Diputados, y su hermana D.^a Candelaria, esposa de D. Eduardo Ron. Doña Candelaria fue, hace cerca de medio siglo, la más renombraba belleza de Cangas. Ella representó en una carroza la figura de la Libertad en las fiestas con que celebró Cangas el triunfo de la Constitución [*de 1869*]. Pero esta desviación dificulta nuestros rumbos: la posadera nos dice que Vidal es muy pulgoso, y todo ello nos hace desistir, encaminándonos hacia Caniellas, para dormir en Monasterio de Hermo.

Hasta el arroyo es más pasable el camino, nada más que pasable; pero luego se convierte en un tortuoso sendero, en el que nos perdemos por tres veces entre enormes piornos. Voy temiendo que tengamos que dormir en estos andurriales, y que nos salgan los *choubus*. Menos mal que buen postre no había de faltar en nuestra cena, pues pisamos por entre tupidas arandaneras, el *airela* portugués, el *Vaccinium myrtillus*.

Por fin llegamos a la degollada de Caniellas, a 1 550 metros sobre el nivel del mar. No comprendo cómo se le llama a esto la Huerta

de Caniellas, pues aquí solo hay piornos y árgomas y un césped duro y resbaladizo. El panorama es asombroso, más amplio que el de La Magdalena y solo comparable con el del Pico de Arvas. Azota muy fuerte el vendaval y apenas nos detenemos. Desde aquí regresa a Naviego con las caballerías nuestro amigo don José Rodríguez. ¡Vaya un día que le hemos dado! Nunca le agradeceré bastante su amable atención. Y henos aquí a Modesto y a mí en este páramo con dos cargadas fárdelas, una bota de vino (ya algo flaca), dos paraguas, una trinchera y una máquina fotográfica. ¡Y vaya un camino el que tenemos a la vista! Pino, pino, apenas marcado y pedregoso. Repartimos la carga, y... ¡Dios delante!

Abajo, muy abajo, como en el fondo de una sima, como que está a 900 metros de altura, y nosotros a 1 550, vemos los pizarrosos tejados del pueblo de Monasterio de Hermo. *Monas* = uno; *erio* = casa; casa en el *eremus*, inculto o despoblado. En este sitio fundaron su cenáculo, en el año 853, los obispos Severino y Ariulfo, fugitivos cuando la invasión de los moros, y perseguidos por Abderramán II. Dice la crónica que en el concilio convocado en Oviedo por Alfonso III se le señalaron algunos subsidios; pero es el caso que ellos donaron a la iglesia de Oviedo extensos territorios en estos concejos. Este documento es de gran interés histórico y filológico, y es muchas veces citado por historiadores y lingüistas.

Como sé que Monasterio ha progresado mucho en estos últimos tiempos, que es rico, que tiene muy buenas casas y que ha dado grandes personajes, me será permitido, antes de entrar en él, y como curioso contraste, decir lo que de él dijo en 1855 [*en Recuerdos y bellezas de España*] el cronista [*José M.^a*] Quadrado [*1819-1896*]:

A medida que se interna hacia el sur, hácese más quebrado y montuoso el suelo, más escasos y míseros los lugares, más incultos sus moradores. Al llegar el viajero, cruzando el concejo de Ibias, a los encumbrados puertos que, divididos por hondos valles, que trazan los confines de tres provincias, de Galicia, Asturias y León, asómbrase de verse en un

país completamente salvaje. Grupos de pajizas cabañas, figuras pálidas y vellosas, con informes harapos por vestidos; con inarticulados gritos por lenguaje, parecidos casi a los osos de las breñas; tropas de niños y mujeres huyendo con espanto del desacostumbrado ruido de las pisadas de un caballo, o saliendo al encuentro, con estúpida curiosidad; pobrísimos hogares, donde son objeto de lujo casi desconocido el pan, y el vino, y el aceite; pueblan solamente el territorio, por otra parte pintoresco, sobre todo los fronterizos. Y, sin embargo, tampoco carece de pasado; todavía conserva uno de esos pueblecitos el nombre de Monasterio de Hermo, porque allí fundaron, el año 853, una ermita a Santa María los obispos Severino y Ariulfo.

Cansados, muy cansados, después de mil resbalones, llegamos al pueblo donde Modesto sabe de la posada de Francisco. Al pasar por delante de la renombrada casa llamada de Bernabé hago recuerdo de que ella dio una figura descollante a la Iglesia. Fue el muy reverendo padre F. José María Martínez, novicio dominico en Corias, rector luego en nuestro convento y en el de Padrón, provincial después de los Predicadores de España, y después en Grecia, y que murió, en el año 1896, en Lima, siendo vicario general de los Dominicos en América, y cuando realizaba un meritísimo apostolado. He aquí la carta que, con motivo de aquella muerte, escribía el Secretario de Estado de Su Santidad, cardenal Rampolla, al maestro general de la Orden Dominica:

Me apresuro a comunicar a Su Santidad la muerte que me participa Vuestra Reverendísima. Su Santidad ha recibido esta noticia con vivo dolor, y ha hecho al momento el propósito de sufragar el ánima del benemérito religioso, invocando también la abundancia de las bendiciones celestiales sobre Vuestra Paternidad y sobre toda la Orden por él protegida.

Le envío al mismo tiempo en mi nombre particular el más sentido pésame por la pérdida que Vuestra Paternidad ha sufrido en su digno hijo, que yo tuve ocasión de conocer y apreciar, y en cuya distinción me ratifico.

También recuerdo ahora que de Monasterio fue un héroe de la Guerra de la Independencia. Llamábase Pedro Álvarez, y era repostero del duque de Híjar. Cuando los franceses saquearon el palacio de su señor [*en Madrid*] él lo defendió con arrojo y mató a uno de los asaltantes, pero perseguido y apresado, lo llevaron al Prado y allí lo fusilaron, como a tantos otros de los gloriosos patriotas [*en 1808*].

He de hablar de otros eximios hijos de Monasterio; pero habré de dejarlo para otro día. Es tarde. Nos esperan unas sabrosas sopas de ajo y dos mullidas y amplias camas. Hay que madrugar, pues el día de mañana será de mucha faena.

Como epílogo del viaje de hoy hablaré de una visita muy importante que esta noche he tenido. Es el caso que a mí me gusta en mi casa dar una vuelta por la cuadra, antes de acostarme, a ver cómo está el ganado y, siguiendo la rutina, hice cosa igual esta noche en Monasterio. Pues cuando estaba allí, a oscuras por más señas, siento que se me acercan muy solícitos una madre con diez hijos. Y erre que habían de acercarse, y yo a espantarlos, y ellos a gruñir cariñosos, y yo, en un verdadero compromiso. ¡Hay qué ver! ¡Una visita, encontrándome yo en una postura tan poco airosa!

La Maniega, n.º 34, septiembre-octubre de 1931

RUMBOS DE RENGOS

VI

Apenas amanece, en pie, y ya tenemos a la puerta los caballos que habíamos encargado; hoy no me parecen mucho las diez pesetas de alquiler que cuesta cada uno, pues creo que hemos de darles un buen tute. Vamos a visitar las Fuentes del Narcea. También tenemos hoy un día desapacible.

El camino es amplio, pero pendiente en demasía, a veces, y a veces calzado de grandes morrillos cuarcitosos que lo hacen resbaladizo y peligroso. Al salir del pueblo nos encontramos con D. Carlos Álvarez, quien, muy amable, se ofrece a guiarnos, cosa que agradecemos mucho, pues vamos sin orientación en estos rumbos. Sube que sube por una angostura feraz, entre robles milenarios, llegamos al collado de Valciervo, límite entre Asturias y León.

Desde aquí dominamos una planicie hoy poblada de vacas vaqueiras, llamada Vega del Palo [Veiga'l Palo], antesala de la celebrada braña de Valdecuéebre. Hacen fondo al panorama las faldas del Cueto de Arbás, y ahora recuerdo que hace cuarenta años las bajamos a pie, sin hallar senderos y llevando las caballerías del ronزال, doña Servanda Francos, mis padres y Natalio Rodríguez Francos. Parece increíble que aquellas dos señoras pudiesen hacer tal recorrido, que asusta a los cazadores.

Dice una muy conocida leyenda que en la Vega del Palo se reúnen, por las noches de los sábados, las brujas de este occidente astur; vienen montadas en escobas, dando alaridos o cantando unas coplas macabras:

Por encima de los artos,
por encima de los carbayos,

vamos a la Vega del Palo
en compañía de mil diablos.

Hailos que las oyeron, pero nosotros no damos con ninguna. Será que no es sábado o que estamos a media mañana. ¡Virgen, Virgen! ¡No quiero ni pensarlo...! ¡Jesús, qué miedo si hoy damos con las *bruxas*! Pues si llegamos más allá, más miedo todavía, ya que en Valdecuélebre, según se dice, están los dragones guardadores de las moras encantadas. Joaquín Costa y [*Félix*] Aramburu dicen que estos *cuélebres* son de la mitología celtohispana, los guardadores de las Ayalgas en las pantanosas riberas del Caspio.

Desde el collado de Valciervo, regresando hacia la izquierda, nos hallamos en la braña de Chauchina, braña hoy abandonada, pero que debió de ser muy importante, a juzgar por las ruinas que allí se ven de unas sesenta cabañas. No acierto con la etimología de este nombre, que me intriga desde que vi otro igual en el ferrocarril de Sierra Nevada. ¿Podrá sacarse de aquí alguna relación alpujarreña?

Chauchina es una extensa campera vecina a la braña de La Feltrosa (de *feles*= comadreja). La limitan dos ingentes mogotes cuarcitosos y desnudos, en cuyas cumbres divisamos dos rebecos y dos cazadores que los persiguen. Al final comienza el arroyo de Riomolín. No hay bosque. La gran campera está cubierta de un césped alto y duro que oculta pequeños e innumerables *chamarcales* [*terrenos encantados*]. En uno de estos, en el más alto, nace humilde, miedoso y misterioso, un hilo de agua que lanza muy débiles susurros: son los primeros vagidos del que luego será proceloso y celeberrimo Narcea.

No me descubro para saludar al recién nacido, porque está muy fría la mañana, pero bebo un *papadín* del agua virginal y le devuelvo la mitad que he cogido, para que desde ahora lleve el Narcea el gusto de mi boca, el de la sal que me dio Dios, el taste de un beso que luego le doy a morro, saludándole con efusión canguesa. «Corre hacia el mar —le digo—, arroyuelo mimoso, que vas a recibir mil límpidos afluentes, gemelos tuyos en estas serranías; ellos te entregarán aguas

parleras para darte vigor y hacerse tuyas, y con ellas, tus murmullos se trocarán en rugidos de monstruo apretado entre pétreas tenazas. Regando miles de prados, vas a dar riqueza a este país, que, agradecido, acaba de apellidarse con tu nombre³³. Ubérrimo de truchas y salmones, te saludarán en los festines, y en tus riberas serás espejo de las caras más hermosas que da el género humano. No te detengas en la villa que acaba de bautizarse con tus aguas, que allí, por puras que esas sean..., mejor es el vino que el agua. Vas a encontrarte ya pocos rodeznos, pero toparás con turbinas, que deben ser tu orgullo, ya que en ellas vas a dar la luz a estos pueblos, un tanto a oscuras todavía; en los términos de Tineo escucharás los ecos de unas églogas que te dedicaron inspirados poetas, y en todo tu camino besarás huesos de héroes de las grandes epopeyas astures. Corre saltarín y alegre por los rabiones y duerme en plácidos remansos a la sombra de los alisos, y, cuando llegues al Nalón, muéstrate altivo, pues eres bien nacido y has apagado la sed y has limpiado los sudores de un pueblo trabajador y honrado».

Y, a todo esto, estamos sin traducir el nombre del Narcea. El padre [*Luis Alfonso de*] Carballo lo deriva del hebreo, con la significación de río impetuoso, pero que será preferible traducir la inicial *nar* como raíz *sánskr*, que significa río; de haberlo sabido así Jovellanos, no se hubiera extrañado de que los nombres de varios ríos de Asturias comiencen con esa sílaba. Escandón lo trae del pueblo de Narciandía, de Narcius, Ulises. Roso de Luna lo hace ligur. Rato, disparatadamente, busca relación del nombre con el de la arcea zancuda. Aramburu lo deriva de la mitología india: de Wisna Narayana. En antiguos documentos figura con el nombre de Narceján o Narceia; Risco le llama Narceya. Sabido lo que es la raíz *nar*, será cosa de averiguar lo que significa Cea, nombre de un río leonés.

Solo hay un árbol en toda la pradera, un enclenque abedul. Mordero se entretiene arrancando algunas raíces de genciana, *gentiana*,

³³ En 1927 Cangas de Tineo pasó a denominarse Cangas del Narcea.

llamada así de Gentius, rey de Uiria, que descubrió sus virtudes medicinales. Fue esta planta una fortuna para el país cuando la guerra europea [1914-1918], pues se pagaba a 2,50 pesetas la arroba [11,5 kilos] de raíz, y había hombre que sacaba veinte arrobas diarias. Cosa parecida pasaba con la corteza del *xardón*, que se pagaba a 3,50. ¡Qué lástima que no tenga ahora tan buen valor la *carquexa* (*Helianthemum alypoides*), tanto como abunda por aquí! Asoman ya algunas flores de cólchico (quita-meriendas).

Comemos en la llamada *veiga* del Narcea, y ¡vive Dios que lo hacemos bien!, y concluimos con la bota. Seguimos el descenso, y a las cuatro de la tarde tomamos un riquísimo café y gran coñac en la casa de nuestro amigo don Carlos, donde hacen exquisitamente los honores su señora y su hermana. Tiene don Carlos un verdadero palacio, que es la renombrada casa de Elvira. Es digno de anotar, como ejemplo de prosperidad en los emigrantes cangueses, el abuelo de nuestro amigo. Con una confitería en Madrid dio rumbos a nueve hijos, y el que menos de ellos contó con una fortuna de doscientas mil pesetas. Uno de ellos era coronel; otro, el dueño del café de Levante, y otro, del de San Millán; otro era Pepe Elvira, muy conocido y querido en Cangas cuando allí estaba de escribano. De esta familia era el laureado pintor Luis Álvarez [1836-1901], director del Museo del Prado; de él es el célebre cuadro *La silla de Felipe II*, que hoy vemos reproducido en los billetes de cien pesetas.

Después del café nos acompaña nuestro amigo a recorrer el pueblo. Son en él treinta vecinos, y unos con otros tienen treinta cabezas de ganado vacuno. Don Carlos llegó a tener cuarenta; en sus extensos cortinales cosechan suficientes patatas. Este pueblo perteneció íntegro al Monasterio de Corias, que lo aforó por ochenta años; luego compró el dominio directo un señor Villarreal, de Luarca, foro que redimieron los vecinos hace un año.

Al pasar por delante de la nombrada casa llamada de Ramiro, hago recuerdo de mi respetable y querido amigo D. Venancio López,



Billete de 100 pesetas con el cuadro *La silla de Felipe II*, de Luis Álvarez Catalá, en el reverso, 1925.

el que acaso libró a Cangas de un día de luto cuando la carlistada. Estando él de encargado en el café de las Columnas, de la Puerta del Sol, era allí camarero el que luego había de ser cabecilla de una partida carlista llegada a Cangas. Aquellas relaciones influyeron en el correcto comportamiento de los facciosos.

La parroquial, bien cuidada, no tiene cosa que ver: un arco de cantería peraltado y restos, en el ábside, de unos frescos, tan borrosos que apenas se perciben³⁴. No hay señales de que estuviese aquí el primitivo monasterio de los obispos Sebastiano y Ariulfo. En una pequeña lápida se lee que la fachada fue reconstruida en 1875. Hace años que Monasterio está sin párroco; como el de Gedrez es muy viejo, sube el de Larna.

Desde la parroquial vamos a ver la escuela, que están terminando ahora y que es legítimo orgullo de los vecinos. Yo siento una gran satisfacción al ver cómo este país se va poblando de esos templos de la inteligencia; pero al entrar hoy en esta, me hago una triste consideración viendo que cuando llega maestro a Monasterio, Monasterio se queda sin párroco. Yo veo con dolor que ahora en estos pueblos lo que va hacia la escuela se aleja de la parroquial, y que toman los alumnos, al salir, un camino divergente al de esta. Y no debiera ser así. Acaso la luz que recibieron los infantiles cerebros en la escuela es débil como la de un candel, que solo alumbraba a los términos más inmediatos en los caminos del saber y de la vida; habrá que esperar a que esa luz se acreciente y sea cual la de un poderoso reflector que alumbraba hacia lo lejos; que un grado superior en la mentalidad permita ver otra vez la espadaña de la iglesia, donde converjan los caminos, el de la lucha por la vida y el del cielo, que no han de separarse más. A propósito de esto, yo les mostraría una frase de Huxley a los que, engreídos de una instrucción elemental, piensan que el humano saber está reñido con la fe:

³⁴ En la actualidad, estas pinturas murales, de finales del siglo XVI o principios del XVII, decoran parte de las paredes de la nave y el presbiterio de la iglesia; fueron descubiertas y restauradas entre 1997 y 2007.

«La verdadera ciencia y la verdadera religión —dice el sabio— son dos hermanas gemelas a quienes no puede separarse sin producir su muerte. La ciencia se eleva a medida que es religiosa; la religión florece a medida que echa raíces en las profundidades de la ciencia».

Pero estoy viendo que hoy le he robado la sobrepelliz a mi hermano para meterme a predicador en *La Maniega*, y es cosa de continuar nuestro viaje. Antes de salir, Modesto hace negocio: le encargan puertas, ventanas, marcaciones y una masera. ¡Es mucho carpintero Modesto! Pero es el caso que, pensando siempre en la carpintería, van a salirle las hijas traviesas y los hijos listones.

Cae la tarde cuando llegamos a Gedrez, y hemos de detenernos poco. Los latinistas traerán el nombre de *girum*, y los buscadores en el griego lo traerán de *gelata*. Murguía traduce el nombre de la Sierra de Gedrez, en Orense, del *sánskr.gire* = montaña. Es esbelta y elegante, con la fachada de mármol, una ermita, en la que el pueblo celebra su fiesta al Santo Cristo. Sé que en la parroquial no hay cosa artística. Pasamos por junto a una casona moderna que construyó el militar D. Félix López de Prada, casado con una hija de este pueblo, pero el matrimonio se fue a vivir a Barcelona y vendió todas las fincas que aquí tenía. Gedrez es, en su mayor parte, propiedad del conde de Toreno.

Lo más notable de Gedrez son sus dos grutas de Sequeras, palabra que, según Philipón, procede de *seiqui* = agua que brota. Yo entré hace años en una de ellas, y buen chapuzón me di al caer a un pozo que hay dentro. No supe hallar señales prehistóricas, pero sí las que dejó un rebuscador, sin duda muy entendido en esos estudios. Como no ha de tardar *La Maniega* en publicar íntegra la *Memoria* que acerca de la otra gruta publicó el conde de Toreno en 1781, me creo dispensado ahora de describirla. Transcribiré, sí, por lo fantástico, algo de lo que le dedica Roso de Luna.

Dice el festivo teósofo que allí sintió huecas sus pisadas y se llenó de pánico y religiosidad. Caminando guiado por una deidad invisí-

ble, sintió detrás de sí a los *trasgos*. Llega a la sala de un trono; cruza un pozo, donde no puede resistir un escalofrío, más astral que físico. Luego, una grieta de azufre...; siente calentura, le castañetean los dientes y flaqueánle las piernas. ¡Cómo no!, si se encuentra en una gruta circular, rodeada de otras más pequeñas, que fueron dormitorios de unos monjes primitivos; y ¡oh pavor!, a lo lejos de un pasadizo brilla una lámpara funeraria, de oro, mantenida por aceite alquimio desde hace siglos; allí está un cadáver embalsamado e insepulto y envuelto en un sudario de lino; a su lado hay unos papiros egipcios. La momia viste el sayal benedictino; es, según una inscripción, la de Froilanus, *episcopus ovetensis*. ¡Qué cosas creyó soñar en Sequeras Roso de Luna!

Al salir de Gedrez nos encontramos con un animado juego de bolos, presidido por el párroco, D. Juan Romano, el que cuenta alrededor de noventa años y con tela cortada para otros muchos. Es un santo señor, cuyo nombre atrae los respetos en todo el país cangués. Es todo caridad, y muchas veces se queda sin pan para su cena por haber dado a un pobre el mendrugo que le quedaba. Sin despreciar a nadie, cual decimos en Cangas, este es el párroco modelo; al mentarle recuerdo al actual párroco de Robledo de Tainás.

El juego de bolos es buena distracción y un ejercicio muy higiénico; algunos grandes hombres hicieron de él su solaz. Boileau y Lutero eran muy aficionados. Danton era un gran jugador. Y es espectáculo placentero el ver a este moralista y santo cura regir la bolera de Gedrez. No sé si D. Juan Romano presidirá también los respingo y *sondarriba*, creo que sí; y si en los bolos oye alguna palabra picaresca o algún *ajo*, hará de oído sordo. «¡Bah —dirá él—, cacareos de gallos majetones!» Si en el baile sorprende algún furtivo pellizco o cosa así entre cortejos, volverá la vista, pensando, condescendiente: «¡Bah! Jugueteos del amor, que da la vida». Y si en el juego de bolos sacan unas pucherías, catará el vino, diciendo con el libro de los *Proverbios*: «Da cerveza a los que están afligidos, y vino a los que están en amargura

de corazón». «Beban y olvidense de su necesidad y no se acuerden de su dolor». Recordará también al *Eclesiástico*, cuando dice que «el regocijo del hombre es la longura de su vida, y que a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella». «El vino fue dado al hombre para su regocijo, mas no para embriaguez». Tal vez recuerde a San Pablo cuando recomienda a los efesios no beban agua sola, sino con vino.

Es para congratularse de este cura de Gedrez, que toma parte en las correctas distracciones de la mocedad feligresa. Muchos párrocos de estos pueblos creen acabada su misión en el altar, en el confesionario, llevando el viático o enterrando los muertos, y eso repele a la juventud alegre y bulliciosa, a la que el cura debe dar una impresión más grata, más atractiva de su persona. Que esa juventud, al emigrar, lleve entre sus recuerdos gratos del país, de la familia, de la escuela, la figura del párroco, accesible, austera y placentera, sin mando y sin dominio, porque esos son laicos, del *vistor* o del pedáneo, pero amiga del pedáneo y del *vistor*, todos velando a una por estos vecindarios.

¡Y cómo divago yo, sin concluir la relación de este viaje! No dije que en la falda de Gedrez, arriba, arriba, están Los Heiros [Los Eiros] y San Martín de los Heiros [Samartinu los Eiros]. He oído que a Los Heiros se le llamó en otro tiempo los Iberos; he indagado en Madrid acerca del nombre de una calle llamada de Martín de los Heros, y solo he podido averiguar que lleva el nombre de un concejal de grandes méritos en la urbanización madrileña. También está allí cerca Piedrafita, nombre que llevan otras varias poblaciones españolas, que significa piedra plantada o mojón. Piedrafita fue un gran escritor del siglo xi.

En las vecindades está también Jalón [Xalón], cuya etimología no habrá que buscar, con Jiménez Soler, en el dios fenicio Jalo, sino en la voz *xalo*, significando roca (Jubainville). Piedrafita celebra la fiesta de San Cristóbal. San Martín de los Heiros celebra a Nuestra Señora de Las Nieves, el 5 de agosto. Si alguno de mis lectores me pregunta por mi obstinación en señalar los santuarios y romerías de estos pueblos,

le diré que tengo una novia avellanera y otra rosquillera, y como las pobres pierden muchos días de fiesta por no saber las fechas, de ahí este calendario.

Y ya estamos en la confortable casa de Segundo, a la que he de volver muchas veces para estudiar algo muy interesante etnológico que he notado en el Pueblo de Rengos. También debiera hablar de las canteras de mármol, pero eso queda para mis pinitos de geólogo.

Y ahora, al Luiña.

La Maniega, n.º 35, noviembre-diciembre de 1931



Casa de Don Joaquín, Cibuyo.



Virgen de la La Pasquecha, en la iglesia de Castanéu.



Iglesia de Castanéu.



Venta de La Ponte, La Pescal, donde Mario Gómez es obsequiado por sus dueños en 1930. Fotografía de Antonio Álvarez.



La Venta o Ventanueva, propiedad en 1930 de Saturno Martínez, «verdadero genio comercial».



Iglesia de Larna.



Puerta de una panera de Larna, de 1913. «¡Qué paneras pintadas!», escribe Mario Gómez sobre este pueblo.



Capilla de San Luis del Monte.



Fonda de Casa Segundo, en El Pueblu de Rengos, en la que se alojó Mario Gómez en 1931.



Lápida de Lucius Valerius Postumus.
Museo Arqueológico de Asturias.



El pueblo de Vidal visto desde Gillón.



Gillón con el Pico Canielas al fondo.



Escuela de Gillón, que está casi terminada cuando la visita Mario Gómez en 1931.



Iglesia de Monasterio de Hermo.



Casa Bernabé, Monasterio de Hermo.



Casa Elvira, Monasterio de Hermo.



Casa de Ramiro, Monasterio de Hermo.



Fachada de mármol de la Capilla del Cristo de Xedré / Gedrez, construida en 1795.

RUMBOS DE LUIÑA

I

Como Puenticiella [Ponticiella] pertenece a la parroquia de Límés [L.lumés] y esta pertenece, en nuestros itinerarios, al grupo del contorno a la villa, comenzamos nuestra excursión, Luiña arriba, en el puente de Las Mestas. El nombre de Mestas, Ambasmestas, Entrambasmestas, como los de Ambasaguas, Entrambasaguas, son muy comunes en la toponimia española para señalar la confluencia de los ríos.

Yo recuerdo que cuando se construyó este puente, siendo un chiquillo, hice una escapatoria para ver las obras. Creo que entonces no había aquí casa alguna; hoy pueblan el paraje un soberbio molino y serrería de mi amigo D. Joaquín Rodríguez, más conocido por Juaco las Mestas, y una casa o casas de este don Joaquín, que se posan gayas y curiosas sobre un acantilado, al nacer la carretera de Carballo [Carbachu].

Debo decir, al iniciar este viaje, que hoy es día 6 de enero de 1932, día de Reyes y día de *albadíu*, en el que se funde mucha nieve de la que habían aplastado y endurecido unas fuertes heladas; diré también, aunque importe muy poco, que estoy convaleciente y muy débil después de una dolencia gripal que me agobió un mes largo; que hoy vengo en auto, *feito un señor*, y que viene conmigo, dispuesto a laborar con su mágico objetivo, nuestro amigo el infatigable D. José Bueno Cosmen. Digo nuestro, porque este señor se ha caído en *La Maniega* y va a costarle trabajo el salir de ella.

Rompamos la marcha, fijándonos primero en el nombre del río cuyas orillas vamos a seguir. Será perder el tiempo, pues yo no sé cosa alguna referente a esta etimología. En las crónicas y escrituras anti-

guas se le llamaba Luigna o Luisna; pero hoy es más conocido por el nombre de río Naviego. En Asturias hay un concejo llamado de Luiña; probablemente allí sabrán mejor de ese significado. Roso de Luna quería confundir este nombre con el del río Limia, o Letheo, llamado río del olvido, porque todo aquel que lo cruzaba perdía la memoria.

Mas, ya que no sepa descifrar el nombre del Luiña, vamos a dar otro tanteo al nombre del Narcea, del que habíamos quedado muy dudosos. Será o no será un acierto esto que voy a indicar, pero yo empiezo por apuntarme cuatro tantos. Nació la sugerencia, como ahora dicen los atildados, al tomar notas del apellido García: en ellas vi los nombres ibéricos de Arcius, Arciana, Arcea, Horse, Arceiz, Garsea, todos con el significado de oso, traduciéndolo así del eúscuero. Ahora bien: sabiendo que la raíz *nar* significa río, el nuestro pudo haber sido Nar-Garsea, Nar-arsea, Nar-arcea, con el significado de río del oso o de los osos. Cuando en el batir de estas aguas suenan hoy día rugidos de esas fieras, puede calcularse las que habría en los siglos prehistóricos y que justificarían el nombre.

Pero volvamos a Las Mestas. Poco más arriba del puente hay cuatro o cinco casas que parecen inacabadas, que dan la sensación de un poblado que comienza y del que no se pueden hacer comentarios todavía. Hacia estas casas y hacia el Puente de Piñera dirigió la mirada, hace algunos años, el sabio sefardista, doctor y senador, D. Ángel Pulido [*Madrid, 1852-1932*], buscando aquí su ascendencia. Se alojó en casa de mi padre e hizo algunas visitas a los archivos parroquiales de Villatejil [Vil.latexil] y Piñera, pues él creía que su padre, antiguo capataz, había nacido en estos términos. Todas las indagaciones fueron vanas.

Cuatro pasos más arriba y estamos en el Puente de Piñera, case-rón con el tipo de antigua posada, aunque nunca lo fue, ni aun cuando las recuas del puerto, en el verano, tomaban allí el camino a San Loao. ¡Como que fue edificada cuando la carretera!

Don José empuña su máquina y sube camino de Piñera a ver si

enfoca desde allí los pueblos de Villatejil, Morzón [Morzón] y Labayos [L.lavachos]; yo quiero también ver algo desde aquella ladera e intento pasar el puente, que está hoy pavimentado a todo lujo: un grueso cristal, un témpano alisado, sedimento de nieve y hielos. En vano medito cada paso que doy y pongo mucho tiento al posar la madreña; al fin doy un resbalón y hago el Cristo. ¡No sé cómo no me he roto la crisma! ¡¡Quién me mandará a mí meterme en estas andanzas!!

Mientras regresa nuestro amigo, charlo con los hijos del dueño de esta casona, D. José García. No pueden ir a la escuela de Villatejil porque está a dos kilómetros, cuesta arriba y muy pendiente, y por eso tienen en casa un maestro babiano, que cobra 24 duros por los tres meses de invierno que les da escuela. En Piñera tienen dos babinos, ya que la escuela de Bimeda les cuadra demasiado lejos; hoy son muchos, muchos los pueblos del concejo que tienen contratados maestros de estos. Tengo entendido que nuestro Ayuntamiento concede algunos auxilios a los pueblos más alejados de las escuelas para que puedan contratar a esos simpáticos pedagogos. El municipio puede sumar este entre sus otros éxitos. ¡Lástima que la temporada escolar no sea de seis meses, en vez de tres, como es ahora!

Está visto; está visto que mientras no haya cantinas escolares no habrá aquí solución al problema de la enseñanza, y aun me parecen poco las cantinas, pues hará falta que los vecinos a las escuelas faciliten albergue a los niños de los pueblos distantes, y con otro régimen más intenso de faena escolar, durante cuatro días a la semana, la instrucción sería más llevadera y de mejores frutos.

Regresa D. José algo mohíno, pues su excursión hasta Piñera ha sido en balde: los pueblos que él buscaba para su objetivo se ven demasiado lejos y, además, han aparecido unos celajes que merman mucho la luz. Dice que se ha orientado para otro día y se promete escogida labor por estos vericuetos para su máquina.

Cruzado el puente de Las Mestas, la carretera va a la derecha

del río, hasta Bimeda; río y carretera parecense a dos sierpes que se deslizan rivales para salir pronto de estas profundidades, de las oscuridades de esta larga sima, sobre la que parecen desmoronarse, para cegarla, enormes peñascales.

Hoy adelanta el deshielo; pero a lo largo de la carretera quedan largos *trabes*, en los que rascan y chirrían frenéticas las ruedas del auto. Las árgomas han soltado ya sus blancas moñas, pero quedan parduzcas, amarillentas, sucias; van quedando al descubierto algunas tierras, que ahora parecen más negras. Todo está en el paraje acobardado, triste, muerto. Los manchones de nieve parecen harapos de un sudario, por entre los que asoman las carnes puercas de un cadáver; los grandes manchones de musgo son los renegridos; los *barderos* son la roña.

¡Qué diferencia de este árido, de este frío panorama a los que hemos visto en las otras excursiones! Pero hay que ver, y hay que anotar, y hay que retratar lo bueno y lo malo del país: los días de fiesta y los días de luto; y hay que oír las campanas de estas iglesias cuando tocan a gloria y cuando tañen a agonía; hay que esconderse aquí del sol cuando amante besa a la tierra y fertiliza los campos, y hay que buscarlo en días como hoy, cuando pasa oblicuo, displicente y esquivo, sin dejar un hálito de su aliento vivificador.

No sé si la tinta con que escribo hoy es demasiado negra y acaso haya cangueses que no gusten de que se pinte así al país; diré, como disculpa, que este invierno está siendo excepcional. El mes de diciembre fue tan crudo que, más de una noche, bajó el termómetro a nueve grados bajo cero. Las terribles heladas *caltrizaron* bajo tierra: se helaron los nabos y las patatas, se secaron las berzas, se quemaron los prados; tras las heladas cayó gran capa de nieve, y luego, vuelta a helar, y toda la leña era poca para las concurridas cocinas, y hasta el ganado sentía frío en las cuadras. ¡Qué invierno, cielo santo! ¡Qué tiene de extraño que haya tantos enfermos y que estos parajes estén tristes!

Arriba, arriba, cuando la ladera abre, y no mucho, aparecen algunos prados, y más arriba, algunas tierras, y entre tierras y prados

están los pueblos de Villatejil, Morzó y Labayos. El primero que se encuentra, subiendo por el camino principal o único, amplio, pero muy pendiente, que nace en Las Mestas, es Villatejil, pueblo aseado y bienquisto, con algunas casas revocadas, en el que asienta la parroquia. El nombre antiguo tuvo que ser Villateyil, como son todavía *teya* y *teyera*; pudo hacer referencia a un nombre propio visigótico, que hiciese el genitivo en *il*, en vez de hacerlo en *iz* o en *ici*, que era lo usual; pero será más acertado buscar la traducción en el diccionario vasco de Azkue, donde dice *tegi* = paraje cerrado, por lo general cubierto, en el que se cobija el ganado.

Avanzando en la ladera, y más alto, está el pueblo de Morzó, con algunas casas blanqueadas, pocas, y del que me dan buenas referencias; sin embargo, desde Bimeda parece un pueblo árido. Más alto está Labayos, que me hace mala impresión, pues no se ve en él casa alguna revocada, y sus afueras parecen pobres. Será que las heladas han quemado la pradería y que los árboles están desnudos. Parece que la riqueza del pueblo debe de estar en los pastos de la sierra, pues, eso sí, la sierra la encuentran los ganados a la misma puerta de las cuadras. El nombre de Labayos parece vasco; acaso de lavajos, charcos o pantanos que se forman en los deshielos; acaso de *lau* = cuatro y *buru* = cabeza, que dio *lauburu* y también *lábaro*. Hubo un notable escritor vasco llamado Labayru [1845-1904].

No me atrevo a hacer conjetura alguna respecto a la etimología de Morzó, y siento no poder subir hoy a ese pueblo, pues sé que había de ser agasajado por mi amigo y condiscípulo de bachillerato Claudio Alfonso, dueño y señor de la casa de Alfonso de Morzó, única rama que queda de aquellas de tanpreciado y antiquísimo apellido. Y, hablando de esta casa, viene a cuento una anécdota, cuyo protagonista recordamos los viejos de Cangas: un viejecito de más de ochenta años, llamado D. José Alfonso, que era el abuelo de Claudio.

Erase allá en el primer tercio del siglo XIX, cuando un día, de la noche a la mañana, y con gran disgusto de sus padres, se escapa de

Morzó a Madrid un rapazuelo, Pepe, mayorazgo y heredero de la casa de Alfonso. Sabía que en la Guardia de Corps del rey Fernando VII tenía dos tíos coroneles (llamados en palacio los Coroneles de Morzó), y en busca de ellos iba solicitando carrera, destino o lo que fuese.

Llegó el rapaz a la corte y, ni corto ni perezoso, mal trajeado, sucio y abollado del largo viaje, se presentó en el Real Palacio preguntando por sus tíos. Los de la guardia no querían creer que aquel desastrado fuese sobrino de tan linajudos coroneles y costó trabajo que pasasen recado a uno de ellos, que estaba de servicio, el que mandó pasase a su despacho el atrevido demandante.

Allí no ardió Troya, porque Troya ya había ardido ha muchos siglos; pero aquello fue uno de los mayúsculos escándalos que registran los anales del Real Palacio. ¡Qué atrevimiento de muchacho! ¡Qué descaró! ¡Qué facha! ¡Qué pretensiones! ¡Cómo había de dejar el hogar solariego y buscar rumbo por el mundo el heredero, el mayorazgo, el que había de perpetuar en Morzó el apellido, el vínculo, el señorío de los Alfonso!

Mohíno estaba el chicuelo; mas no por eso se calmaba su tío, que con sus voces llamó la atención del rey, que pasaba por aquellas vecindades. Entró Fernando VII en aquel despacho y se enteró de la contienda, comprendiendo que el chico tenía que volver a la casa matriz para continuar el árbol genealógico; pero habiéndole hecho gracia la travesura y viveza del rapaz y el demasiado incomodo del tío, preguntóle a aquel qué cosa le agradaría más de lo que él pudiera regalarle. «¡Un caballo!», contestó el chicuelo; y Fernando VII, queriendo obsequiar al tío en el sobrino, le regaló uno de los mejores ejemplares de sus caballerizas.

En el caballo aquel regresó Pepe a Morzó, y en Morzó vivió el animal, regalo del rey, hasta que murió de muy viejo.

Siguiendo nuestro camino vemos que a cien metros, talud arriba, asoman, curioseando hacia la carretera, unas casitas blancas, coloca-

das sobre una pequeña cresta, entre dos barrancales; parece que se acaban de bañar en el torrente y se han puesto a secar. Son las del pueblo de San Martino [Samartinu], pueblo que será muy frondoso en el verano, pero que es muy poco soleado en el invierno. Detrás de él, pero recatándose de nuestra curiosidad, está el pueblo llamado Valle de los Humeiros [El Val.le los Umeiros], que mejor pudo llamarse el Humeiral, al modo que La Aliseda, célebre balneario, que significa valle de los alisos, que son los *humeiros*. Más alto, en la misma ladera, y ocultándose también a nuestras miradas, está el pueblo de San Juan [San Xuan del Monte].

No hemos mentado a ninguno de los pueblos situados en la ladera que trajimos a la izquierda. En primer lugar están Fondos de Villa [Fontesdevil.la] y Piñera, que desde Cangas parecen una gran población. Hacia Piñera se hacen las referencias en Cangas cuando el temporal es sur o suroeste. «Hay cerrazón en Piñera»; «llueve en Piñera»; «está la nieve en Piñera», cosas que significan las amenazas de esos cuadrantes, así como los carices de Santa Ana [Santana] anuncian lo que trae el norte.

Piñera viene de *Pinnarius*. En este pueblo tengo yo un buen amigo, Manuel Marqués, el primer asistente que tuve en la milicia y que peló conmigo la novatada en Melilla. De Piñera era el padre de mi respetable amigo y jefe Excmo. Sr. D. Ángel Rodríguez Vázquez, general inspector de Sanidad Militar.

Valle arriba, y arriba, está el pueblo de Villaoril [Vil.louril de Bimeda], que trae el nombre de Auriolos, que dio Aurelius, Aurel, Aural y Auril. Este pueblo tiene nombradía en la lingüística, pues en él, y en 1886, para estudiar nuestro subdialecto, entabló conversaciones con una pastora, llamada Carmen González, el sabio catedrático de la Universidad de Upsala (Suecia) Ake W: son Munthe, el que publicó como resultado de estos estudios un folleto *Anteckningar om folkm:aler i en trakt ar vestra Asturien*³⁵.

³⁵ *Anotaciones sobre el habla popular de una zona del occidente de Asturias*, 1887. Pu-

Más arriba está el pueblo de Villar de Bimeda [Villar de Bimeda], grande, rico, con casas revocadas y con una colonia muy escogida en Madrid. Creo recordar que de este pueblo había una nutrida colonia en las islas Carolinas. Más bajo, y muy cerca de Bimeda, de aspecto rico y señorial, está el pueblo de Murias [Murias de Paronche], del que hemos de ver cómo figura en los anales políticos de Cangas. Creo que *urias* eran las parcelas de un terreno comunal; pero Santiago Alonso dice que *urias* se llaman a montones de cantos, especie de mojonos de piedras recogidas en las tierras labrantías y colocadas en los linderos.

Y ya estamos en Bimeda, pueblo del que hay mucho que hablar; pero es tarde, pasa ya de la una; nuestro amigo D. Manuel Rodríguez nos invita a comer en su suntuoso chalet, y ante esa bella perspectiva y la gazuza que traemos será mejor dejar la visita al pueblo para otro día.

La Maniega, n.º 36, enero-febrero de 1932

RUMBOS DE LUIÑA

II

Seguimos en día de Reyes y quedaba yo diciendo que estábamos invitados a comer en el chalet-palacio —la casona— de nuestro amigo don Manuel Rodríguez. Y allá vamos, y no hay que decir, sabiendo cuál es la casa, cuáles serán las suculencias. Huelga ponderar lo ameno de la mesa diciendo que a ella se sientan don Manuel, su distinguida señora, doña Marcelina Gómez, de los Gómez de Miravalles, sus hijas, las bellas Maruja, Carmina y Josefina, y sus hijos Pepe y Paco. A la hora del café Josefina nos proporciona gran solaz con su maestría en el piano.

Este enorme chalet lo construyó en 1884 el muy acaudalado señor don Juan Rodríguez [*Pérez*], más conocido en el país con el nombre de Juanito el Maduro, pues era de la casa de los Maduros de Sonande. El ambiente en que se educó don Juan y lo árido, luego, de sus faenas en la Bolsa no eran propicios a las exquisiteces del arte, cosa que igual pasaba a otros acaudalados del concejo, de ahí que en esta casona de don Juan no haya cosa artística que admirar, como no la hay en ninguna de esas otras que descuellan en estos valles.

Don Manuel ya pudo gustar de lo bello superfluo, y pica tan alto en ello que posee en su casa de Valladolid un *Cristo* de Benvenuto Cellini. Los hijos de este han dirigido unas elegantes reformas: zócalos de tallado roble o de bellos mosaicos, y techos y decorados que dan valor suntuario a los espaciosos interiores.

De buena gana me entretendría ahora en consideraciones acerca de la pobreza de espíritu en que se movían los antiguos señorones de la villa o del concejo, en sentimientos de ornamentación, de belleza plástica en sus casas o en sus muebles. Cierto que cuando el

absentismo marchó algo, pero es que no había, no dejaron cuadros, ni tallas, ni repujados, ni cosa apenas que sirva para el rebusco de los chamarileros.

Y a esa pobreza de sentimientos artísticos responden ahora todavía muchas de nuestras casas aldeanas, sin una estampa siquiera, sin una superflua bagatela, sin un pequeño espejo en la sala o en el dormitorio; acaso sin marco los retratos de los hijos ausentes en Madrid o en América. ¡Qué diferencia con las casas aldeanas que yo vi en otros países! En el más pobre cortijo andaluz o extremeño, en la torre aragonesa más modesta o en las barracas de Levante, se ven mesitas con tapetes de punto, vasos o jarrillas pintados, adornos, baratos, sí, pero que demuestran que hay gusto y cariño al hogar, pues que se le mima con esas delicadezas.

Pero dejémonos hoy de florituras, y vamos a visitar las cuadras de don Manuel Rodríguez. Veinte cabezas tiene de ganado holandés, y a cual mejor. La visita a estas cuadras despierta en los aldeanos la afición a cebar bien y a seleccionar la raza, cosa esta para lo que aquí hallan facilidad, ya que don Manuel se esmera en tener siempre escogidos sementales.

Claro es que para sostener con lujo este ganado hacen falta grandes tierras y grandes prados, y de todo ello hay en esta hermosa posesión. La casona tiene como dosel una grande y rica viña; a su vera, una gran pumarada, y a sus pies, una vega, donde se recogen más de cien toneladas de remolacha; más de veinte toneladas se le helaron este invierno, aun bajo los tendejones... Uno de los prados de don Manuel, el llamado «de Bouciello», es de los más grandes del concejo.

Pues tampoco en esto podemos entretenernos, pues para ello necesitaría yo la pluma de nuestro amigo y colaborador don Francisco Cosmen³⁶. Salgamos por el pueblo.

El nombre de Bimeda procede de *vimen*, *viminolia*, *Sáliz viminialis*, la mimbre, que en gallego se llama *bimeira*. Hay señales de que

³⁶ Francisco Cosmen Meléndez de Arvas era veterinario militar.

este pueblo fue habitado por los romanos. Suárez Cantón en 1864, hablando de algunos descubrimientos arqueológicos, escribíale así a don Emilio Carrizo:

«Otro ha habido en el pueblo de Bimeda en un desmonte de la nueva carretera, en el que se halló un gran número de monedas romanas del siglo IV³⁷, de las que pude recoger algunas y entre las cuales pareció una victoriola, que me facilitó para copiarla el ingeniero de caminos señor Casariego y que creo pudo haber sido el remate de alguna enseña o estandarte romano».

Bimeda fue de los primeros pueblos del concejo que tuvieron sólida iglesia y vamos a entrar en ella; en lo que queda de un templo románico del siglo XII. Al entrar levantamos un bando de chiquillos, a los que está poniendo catecismo el párroco don Leonardo Pertierra. Bien se ve que este señor tiene atractivo sobre la patulea parroquial, pues hay una nube y todos le atienden con atención cariñosa. Tiene este celoso párroco verbo fácil y cálido. Hace años le oí un buen sermón en La Espina, su pueblo natal.

La iglesia apenas conserva recuerdo alguno de su construcción primitiva, y menos ahora, después de un buen revoque. Quédale la bóveda de cañón a todo lo largo; ábside bajo, semicircular, y arco toral ojival; puerta de entrada semicircular, con tornapolvo, que termina en borlas, cerca de la imposta, y un campanario de espadaña. No hay imágenes, retablos o talla de valor alguno.

En Bimeda había una casa señorial con torre, en la que moraban unos señores llamados los Alfonso de Llano de la Torre de Bime-

³⁷ En la actualidad, 192 de estas monedas de bronce del siglo IV, que aparecieron en 1864 durante las obras de desmonte para la construcción de la carretera La Espina-Ponferrada, forman parte de la colección del Museo Arqueológico de Asturias. Según parece, el «tesoro» estaba formado por muchas más monedas. Las que han llegado al museo fueron acuñadas en Francia e Italia; las más antiguas pertenecen a la época del emperador Constantino I y las más recientes son del mandato del emperador Graciano. C. M. L. y E. G. D., «El probable tesoro de Bimeda (Cangas del Narcea) y su relación con otros hallazgos asturianos», BIDEA, 47 (1962).

da, que figuran ya en 1543 con un Luis Alfonso casado con María García, sobrina del licenciado de Salas, quien les fundó un mayorazgo. Esta casa ganó auge cuando Nicolás Alfonso de Llano casó con Bernardina de Sierra, que llevó gran dote, y con ella «un jarro, una porcelana y un salero de plata». Nicolás, que murió en 1684, dejó un hijo que casó con Francisca Gómez Buelta, de Laciana, que trajo tres mil ducados de dote; sucédele otro Nicolás, que muere en 1781, pero que no deja hijos varones y sí una *mayoraza*, Teresa Alfonso de Llano, que casa con Diego Flórez Valdés, señor del palacio de Carballo. Por reveses de fortuna, don Fernando Flórez Valdés tuvo que vender aquellas haciendas ha medio siglo y fue el comprador don Juanito el Maduro. He aquí el historial de esta hermosa posesión de que antes hablábamos, la que heredó y disfruta nuestro amigo don Manuel Rodríguez.

Como los señores de aquellos tiempos, cuando no cazaban o bebían o cortejaban, muchas veces adulterinamente, no tenían cosa mejor que hacer que andar a la greña unos con otros, ahí andaban los Alfonso de Llano, y sabemos de un pleito muy ruidoso que hacia 1596 sostuvo Alfonso de Llano con Alonso Blanco, salido de Vegapope y que vivía en San Martino. Venció el señor de la Torre, y para vengarse, Blanco, que era juez noble empadronador, hizo inscribir a su enemigo como pechero. ¡Qué escándalo! ¡Como pechero un señor de la Torre de Bimeda! Y he ahí un largo proceso para recuperar el título de nobleza.

Otros señores figuran de los pueblos vecinos a Bimeda, de los que siento no poseer anotaciones. Sé que en 1745 figuraba como juez noble de Cangas Lázaro González Vallero, vecino de Villaoril. Los Flórez Uría, de la renombrada casa de Murias, de la que salieron descollantes personajes en el gobierno de Cangas: de ellos sabemos que Antonio Flórez Uría (1699), Ignacio Flórez Uría (1748) y Francisco Flórez Uría (1771) eran jueces nobles de Cangas.

En los historiales de Bimeda figura como documento interesante

una paulina³⁸, publicada en aquella iglesia parroquial a petición del señor de Omaña. Es posible que algunos curas del concejo y algunos curiales de la villa no conozcan documento alguno de estos, ni lo terribles, lo espeluznantes que eran aquellas excomuniones, y por eso vamos a transcribirla, aunque su lectura en estos tiempos resulte dura y repulsiva.

Es el caso que cuando los aldeanos ganaron derechos y personalidad (antes eran cosas vendibles con las fincas), se crecieron en demasía y muchos de ellos, ladrones y perjuros, negaban a los señores la propiedad de las fincas que ellos llevaban en arriendo, y como en aquellos tiempos había curiales que a sabiendas del robo defendían a los aldeanos, los señores no contaban con otro recurso que acudir a la gran fuerza que entonces tenía la Iglesia, buscando en la justicia divina lo que en la justicia terrena se les negaba, y de ahí el solicitar de las autoridades eclesiásticas aquellas maldiciones.

No creo que fuesen muy frecuentes; pero yo sé de algunas publicadas a petición de los condes de Peñalba contra María de Llano, de Sonande; Suero de Llano, de Cibeá, y Juan Ferreiro Álvarez, de Sorrodiles. A la puerta de la iglesia de Cibeá se leyó otra contra María Valcárcel, que también llevaba usurpadas algunas haciendas de aquellos condes.

He aquí una copia de la paulina publicada contra los vecinos de Bimeda y pueblos comarcanos en 1564:

«Nos, el licenciado Gerónimo Ladrón de Guevara, provisor y vicario general de este obispado, hacemos saber a los vecinos moradores, estantes y ausentes de las iglesias de San Pedro de Bimeda en el concejo de Cangas de Tineo, cómo compareció la parte de D. Ares de Omaña diciendo que no sabe ni puede probar cómo se le ocultan muchos bienes raíces, por habérsele perdido los papeles y apeos que

³⁸ «Carta o despacho de excomunión que se expide en los tribunales pontificios para el descubrimiento de algo que se sospecha haber sido robado u ocultado maliciosamente» (DRAE).

tenía de su hacienda, ni tampoco sabía de testigos para presentarlos en juicio, y para que los que lo supiesen o parte de ello lo declare ante el cura, damos la presente, por cuyo temor os amonestamos y mandamos, primero, segundo y tercio en virtud de santa obediencia y so pena de excomunión, que siendo leída y publicada esta nuestra carta en un día, domingo o fiestas en la iglesia parroquial a la misa mayor y como de ella supiéredes en cualquier manera de esta falta seis días siguientes primeros que vos damos y asignamos por tres términos y canónicas moniciones y término perentorio que el derecho, que a la persona o personas que así tomasteis lo volváis a restituir sobre el dicho y justo valor y precio, y siendo pasado el dicho término (lo que Dios no permita), ponemos y promulgamos sentencia de excomunión de las tales personas y por tales descomulgadas vos declaramos en estos escritos y por ellos y en caso que en estos seis días primeros siguientes la persona o personas que así lo tomaren o llevaren no lo dieren o restituyeren, como son obligados, mandamos a vos, los dichos curas y clérigos que sabiendo quiénes son no los absolváis, mandamos a vos los dichos curas y clérigos, so pena de excomunión, que en las vuestras iglesias y parroquias diciendo los oficios divinos amonestéis a vuestros feligreses y parroquianos no hablen ni participen con las dichas personas directamente y los alejen y aparten de sí como miembros apestados de la religión cristiana. Si por ventura (lo que Dios Nuestro Señor no quiera) los sobredichos excomulgados, dentro de otros seis días, no haciendo la restitución se dejaren estar con gran peligro de sus ánimas como miembros del demonio, mandamos a vos dichos curas y clérigos que en vuestras iglesias, repicando las campanas, matando las candelas en agua bendita, digáis así: «Malditos sean de Dios y de Santa María, de San Pedro y de San Pablo y de todos los santos y santas de la Corte del Cielo. Maldito sea el pan y el vino y el agua y todas las viandas y frutas que comieren y bebieren y la lumbre y la leña con que lo guisaren. Huérfanos se vean sus hijos y viudas sean sus mujeres, y vengan sobre ellos todas las

plagas y maldiciones que están escritas en el salmo *Deus lauden meam metacueris*. Sumidos sean sobre la haz de la tierra, como Sodoma, Gomorra, Datán y Arinón, y así como se mataron estas candelas, así sean muertas sus ánimas. Sólo a Judas el traidor respondan todos los presentes. Amén».

Dice el cura de Bimeda, don José Flórez, que, consecuente a la orden, dio cumplimiento el 20 de agosto de 1684 y que:

«Ante las terribles amenazas, no fue del todo malo el resultado, pues se le presentaron algunos vecinos diciendo que habían oído a otros que algunos bienes de Piñera, Bimeda, Valdefuentes, Villar de Bimeda pagaban renta a la casa de Omaña y húbolos que entregaron algunos que llevaban, aunque alguno de ellos sostuvo que eran suyos y muy suyos».

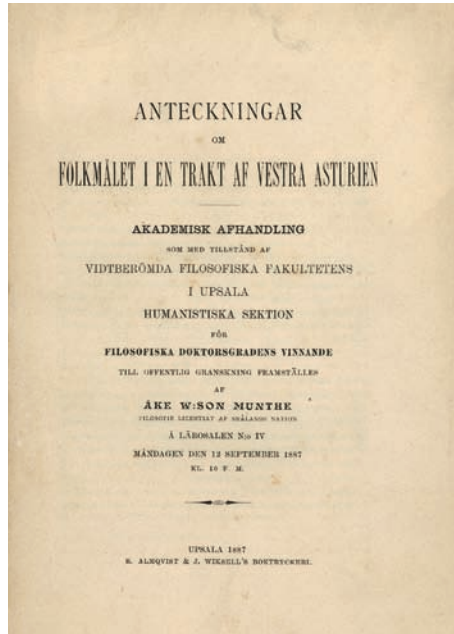
Mal comenzó este viaje y termina un tanto tétrico. Ya oscurece; caen algunos *falopos* [*copos de nieve*]; fosco el tiempo, enfermo yo y mohíno don José Bueno, que no pudo sacar las fotos; no nos faltaban más que los comentarios a la paulina para regresar a Cangas friolentos y cabizbajos. Es seguro que otro día, hacia Naviego, hemos de encontrar notas más placenteras³⁹.

La Maniega, n.º 37, marzo-abril de 1932

³⁹ Mario Gómez falleció el 26 de abril de 1932, tres meses después de este último «rumbo» por el concejo de Cangas del Narcea.



La Casona de Bimeda, construida en 1884 por Juan Rodríguez, en la que comió Mario Gómez el día de Reyes de 1932.



Portada del libro de Åke W:son Munthe, citado por el autor.

BIBLIOGRAFÍA

Y FUENTES HEMEROGRÁFICAS CONSULTADAS

- AGEE, J. y WALKER, E. (2008). *Elogiemos ahora a hombres famosos*. Barcelona: BackList.
- AA. VV. (1992). *Antología de la poesía clásica en asturiano*, 2 volúmenes. Gijón: Silverio Cañada.
- COSMEN, F. (1932). «Mario Gómez en el Ejército», en *La Maniega. Boletín del Tous pa Tous. Sociedad canguesa de Amantes del País*, julio-agosto, pp. 1-2.
- DÍAZ MORODO, G., Borí. (2009). *Alrededor de mi casa: crónicas canguesas (1910-1928)*. Cangas del Narcea: Ayuntamiento de Cangas del Narcea.
- FERRERO Y BLANCO DE QUIRÓS, M. (1967). *Linajes asturianos I. Padrones de la villa y concejo de Cangas de Tineo (hoy Cangas del Narcea)*. Madrid: Hidalguía.
- GARCÍA, A. (2007). *Xeneraciones y dexeneraciones. Sobre lliteratura asturiana. Volumen I: D'Antón de Marirreguera a Fernán-Coronas*. Uviéu: Trabe.
- GARCÍA RENDUELES, E. (1925). *Los nuevos bablistas*, Gijón.
- GÓMEZ, M. (1903). *Seiscientos sesenta y cinco reclutas. Estudios físico-psíquicos para oficiales instructores*. Vitoria.
- (1907). *Entre dos fuegos*. Oviedo: Imp. La Minerva.
- (1908). *Reclutas y reclutamiento*. Pamplona: Imprenta y Librería de la Vda. de R. Velandia.
- (1909). *Entre la masa*. Manresa.
- (1910). *Reclutamiento militar. Estudio histórico*. Manresa: Imp. de la Viuda e hijo de Torrella.
- (1915). *De bogayo*. Oviedo: Imprenta La Carpeta.
- (1919). *A Pin el ajustador*, segunda edición. Madrid: Editorial Reus.
- (1920). *Los siglos de Cangas de Tineo. Primera parte*. Madrid: Editorial Reus.

- (1923). *De corripia*. Madrid: Imprenta del Ministerio de Marina.
 - (1925). *Los siglos de Cangas de Tineo. Edad Media*. Madrid: Imprenta del Ministerio de Marina.
 - (2012). *Memorias de un cangués*, edición digital. Tous pa Tous. Sociedad canguesa de Amantes del País.
- GÓMEZ LÓPEZ-BRAÑA, J. (2022). *Diario de un viticultor de Cangas del Narcea (Asturias), 1902-1907*. Estudio y edición de Juaco López Álvarez. Gijón: Muséu del Pueblu d'Asturies.

FUENTES HEMEROGRÁFICAS

La Maniega. *Boletín del Tous pa Tous* (1926-1932)

Para el resto de fuentes hemerográficas citadas:

<https://touspatous.es/prensa-html/>

<https://prensahistorica.mcu.es/es/inicio/inicio.do>

<http://hemerotecadigital.bne.es/index.vm>

<https://www.ayto-cnarcea.es/toponimia-oficial>

SE REMATÓ ESTE LIBRO
EL DÍA 28 DE NOVIEMBRE
DEL AÑO 2022.

Hay muchos tipos de viaje, y el que se nos cuenta en *Rumbos* no es especialmente exótico ni épico, pero es de los que nos ayudan a conocernos mejor porque se produce alrededor de casa, en el radio corto del concejo de Cangas del Narcea: comienza en el Partido de Sierra en el verano de 1928, con el general Miguel Primo de Rivera en el poder, y termina adentrándose en el Río Luiña en enero de 1932, con la Segunda República en pleno Bienio Reformista y Manuel Azaña como presidente del Gobierno. Son salidas programadas y desenfadas por los pueblos del concejo con el fin de atraer nuevos integrantes a la asociación Tous pa Tous y suscriptores a la revista *La Maniega*. Salidas en las que se anda y se cuenta, hay risas y diversión, se come y se alza la bota de vino, y donde el autor habla con la gente de los pueblos por los que pasa, para en casas de amigos, describe el paisaje, insiste en el valor de los árboles frutales, ensalza la construcción de una fuente o la importancia de la buena convivencia entre vecinos, analiza el estado de los pueblos y pone énfasis en las escuelas y la necesidad de realizar comedores escolares para hacer posible que los niños de las aldeas sean alfabetizados como es debido. En estos viajes se conjuga el *carpe diem* de las fiestas: «Son todos estos pueblos muy *festexeros*, y hacen bien, pues los días de fiesta son lo único en limpio que aquí se saca de la vida y esos son los que dan alientos para el trabajo»; pero más importante que eso es que Mario Gómez lo hace desde su forma de entender la vida, el periodismo y la didáctica, que no es otra que la de enseñar deleitando: «Si yo hablo en broma siempre, es para que se me lea con agrado, y así, con agrado, se aprenda».

TOUS PA TOUS